NACIÓN E IDENTIDAD. EL NOSOTROS COLECTIVO EN LAS VOCES DE LOS COLOMBIANOS

UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

Tesis de grado para optar por el título de: Magister en Investigación Social Interdisciplinaria

Andrés Mauricio Páez Ochoa

Director: Dr. Héctor Lara Romero

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Facultad de Ciencias y Educación
Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria
Bogotá
2021

RESUMEN

El siguiente texto recoge algunos de los signos que indican la existencia y el accionar del concepto de colombianidad como fundamento de la nación, el nacionalismo, la identidad cultural y la identidad nacional; desde las formas de representar, decir y hacer, instituidas en los discursos y los sistemas de creencias de los sujetos nacionales. Asimismo, sus retóricas que reproducen los entramados simbólicos presentes en el yo y el nosotros colombiano.

Lo anterior, un rastreo que enuncia diversas posiciones teóricas que dan cuerpo a estas categorías desde aportes psicosociales, antropológicos, políticos, lingüísticos, geográficos e históricos. Ante tal hipótesis, se plantea una articulación metodológica con la aplicación de una encuesta con preguntas abiertas, dirigida a sujetos de diferentes orígenes sociales, raciales, edades, regiones y posturas políticas, en la que se indaga por la identificación con los conceptos de patria, región, país, nación y Estado; y a partir de un análisis sistémico, describe en las comunidades y sus territorios, elementos periféricos que han sido persistentemente invisibilizados o distorsionados, hechos cotidianos que enuncian los lazos que unen a los sujetos desde el lenguaje, rasgos anónimos y étnicos que surgen de lo inconsciente, como también actitudes primarias o equívocas de la cultura ciudadana en Colombia.

El objetivo fundamental entonces, se centra en descubrir los fenómenos culturales y comunicativos existentes en las realidades regionales y nacionales, que explicitan los imaginarios y las formas de la cultura popular.

Palabras clave: Colombianidad, identidad nacional, imaginarios sociales, cultura popular, territorio.

TABLA DE CONTENIDO

PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN 1

INTRODUCCION 2

Objetivo general 9

Objetivos específicos 9

CAPITULO I 10

1. NACIÓN E IDENTIDAD. UNA PERSPECTIVA INTERPRETATIVA DEL CASO COLOMBIANO 10

1.1 El papel de la sociedad en la constitución del yo 10

1.2 El mestizaje como condena y posibilidad 15

1.3 ¿Es posible una identidad horizontal en oposición a unos regímenes verticales de colombianidad? 18

1.4 ¿Es Colombia una institución imaginaria? 24

1.5 La urgencia de una nación moderna 28

1.6 Una identidad nacional primitiva e inconsciente 32

1.7 Una precaria cultura política 41

1.8 La identidad colombiana en las narrativas mediáticas 45

1.9 Contra una identidad sin asidero 49

1.10 Dos naciones intrincadas: Argentina y Colombia 55

1.11 El origen y las formas de la identidad nacional 60

1.12 La fragmentación territorial, cultural e histórica en Colombia 68

1.13 ¿Es Colombia una nación imaginada? 73

1.14 De las mediaciones comunicativas a la producción de identidad nacional y cultural 79

CAPITULO II 85

2. LA NACIÓN IMAGINADA Y REPRESENTADA. LOS HALLAZGOS DE LA ENCUESTA 85

2.1 Análisis de resultados 87

2.1.1 ¿Qué factores nos identifican como colombianos? 87

2.1.1.1Ética individual y social 87
2.1.1.2 Entradas conceptuales 92
2.1.1.3 La Cultura en torno a la gastronomía, el baile, la fiesta y la música 96
2.1.1.4 Entradas conceptuales 98
2.1.1.5 La Identidad nacional y regional con relación al territorio, la geografía y la raza 102
2.1.1.6 Entradas conceptuales 104
2.1.1.7 El Lenguaje con relación a la Comunicación, Expresión, Dialectos y Formas de decir 105
2.1.1.8 Entradas conceptuales 108
2.1.1.9 Memoria histórica, política y social 109
2.1.1.10 Entradas conceptuales 112
2.2.1 ¿Se siente más identificado con su región o con el país? 112
2.2.1.1 Identidad de país 113
2.2.1.2 Entradas conceptuales 115
2.2.1.3 Identidad Regional 118
2.2.1.4 Entradas conceptuales 120

CONCLUSIONES 124
Identidad y alteridad nacional 124
Los imaginarios de la violencia en Colombia 126
La nación desde la cultura popular 128

BIBLIOGRAFÍA 130
Anexos

PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

¿Es posible confirmar la nacionalidad colombiana a partir de los imaginarios sociales y de las categorías de identidad nacional, colombianidad y nación?

Con base en la anterior pregunta-problema, que se formula como marco de la necesidad de nombrar a Colombia como una nación viable, moderna e imaginada; se propone responder a las diferentes dudas que existen sobre la identidad nacional y los modos en que esta funciona desde criterios subjetivos, individuales, colectivos, culturales, inconscientes y territoriales. De tal modo que, a partir de perspectivas teóricas críticas y de un ejercicio de indagación a un número considerable de colombianos, se pretendió describir en un análisis interdisciplinar y heterogéneo, las diversas formas de la colombianidad, teniendo en cuenta aspectos que distan de otras investigaciones en torno a la violencia política estatal y al conflicto armado.

En este sentido, y a partir de un modelo exploratorio-descriptivo, la investigación discurre en escenarios contemporáneos e inmediatos, que intentan visibilizar elementos de la cotidianidad anónima de los sujetos, en espacios concretos que se activan en territorios periféricos, urbanos, íntimos y públicos del sujeto colombiano, siempre articulando el análisis historiográfico, político, antropológico y sociológico en esas configuraciones conceptuales.

INTRODUCCIÓN

Esta investigación pretende acercarse a la concepción de colombianidad. Un término que no ha sido lo suficientemente visibilizado ni discutido, debido a diversos factores de tipo histórico, académico o político que han aparecido en el tiempo. Así y teniendo en cuenta que frente a las condiciones de atraso, guerra y pobreza en los que se ha sumido el país, y en el intento permanente por resolver la situación endémica de violencia política, a partir del diálogo y el discernimiento, surge la urgente necesidad de entender esta nación como cultura particular.

Es desde ahí que se hace ineludible rastrear, definir y resignificar para las necesidades de este ejercicio, los aspectos más relevantes de las ideas de Nación, Identidad, Estado y Memoria, pues es a partir de estas que se soportan en contexto, las posibilidades de confirmar la nacionalidad colombiana, como una categoría real y territorial, permitiendo así entender un pueblo que se aglutina alrededor de elementos todavía incomprendidos y con diferencias de todo tipo, vaciados en una cotidianidad de la intolerancia, y en una historia de la barbarie a todo nivel.

Por tal razón, es útil recuperar algunas tesis de Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000), con relación a los orígenes del recuerdo como motor del constructo individual y la cultura colectiva, bases de la identidad nacional de los pueblos, pues reafirman líneas claves en torno a los orígenes de la memoria en el sujeto y su ulterior desarrollo psíquico en dirección a los modos de lo social, comprendiendo así una articulación de fuerzas que se retroalimentan para coexistir en el territorio y que abriga las bases de la nación.

Particularmente en el rastreo de la colombianidad, es imperativo reconstruir los ejercicios de memoria, no sólo a través de los momentos de violencia política, historia oficial o exclusión social, sino de la estructura familiar, personal, anónima y cotidiana de las distintas comunidades. En síntesis, el reconocimiento de una cultura popular, olvidada o invisibilizada por demás y, en consecuencia, la pretensión se extiende a mirar otros aspectos, desde una perspectiva heterogénea e interdisciplinar.

De este modo, es vital desentrañar elementos psicogenéticos y psicosociales como ya se mencionó, relacionados con las actitudes, los comportamientos y los dispositivos comunicativos de esta cultura, y en esa vía, los elementos que conforman su aparato simbólico, a saber: ritualidades, lenguajes, mitos, entre otros.

De ahí que sea pertinente aseverar que, se tiene en cuenta la semblanza de saberes y costumbres periféricas, sumergidos en unas subculturas relegadas o menospreciadas en el tiempo y que, con relación a lo expresado sobre lo psíquico, influyen y diseminan los rasgos sociales e identitarios de este pueblo. Por tales motivos, se incorporan las observaciones de Yunis (2003), que revela la intención eufemística de la categoría de mestizaje, al catalogarlo como el proceso de violencia más brutal y antinatural ocurrido en la historia de este hemisferio.

Adicionalmente, atribuyendo toda la carga primitiva de regionalismos y caracteres parroquiales a esta mezcla racial infausta, producida en tiempos hispánicos con la sangre, la cruz y el fuego, y refiriéndola como la prolongación en el tiempo del desprecio por lo propio y la adoración irracional por lo foráneo, que de contera fue instalada con toda la crueldad posible. Yunis (2003), define a través de un análisis biológico e historiográfico, una desalentadora radiografía que dibuja la exclusión, el conflicto de clases sociales y la desigualdad tan aberrante, normalizada por gobernantes y ciudadanos.

Las anteriores, disertaciones claves para comprender las trazas que definen también al país en torno a lo político, lo económico y lo sociológico, a la vez que implica observar de cerca, las partes más aisladas del conjunto de piezas que componen la cultura colombiana, y que se presenta como un enorme y complejo rompecabezas.

No en vano, urge examinar críticamente algunos aportes hechos en el tiempo, desde la historia y la política, en los que se evidencian ausencias, sesgos y limitaciones que han desviado o dejado incompleto el estudio de la identidad nacional, en contraste con otras contribuciones no divulgadas, ni visibilizadas como debiera ser.

En esa vía, es útil revisar el trabajo académico desarrollado por Castro y Restrepo (2008), quienes sostienen la imposibilidad de hablar de una nacionalidad homogénea y con una identidad únicas, más bien afirman unos regímenes de colombianidad que pugnan por el establecimiento de un lugar y un tiempo determinados, donde la influencia de lo regional ha cobrado un peso histórico sin lograr hablar del país como unidad. Así, es preciso afirmar que esa lucha por establecer una cultura sobre las otras, ha tenido origen en una disputa por el poder en el tiempo, configurada en las guerras civiles del siglo XIX y, en consecuencia, la confrontación bipartidista del siglo XX.

Castro y Restrepo (2008), consideran que esta lucha de imaginarios y representaciones no ha cesado, y aunque desde el discurso oficial, se apela al hecho de la identidad nacional como una realidad fáctica en los devenires cotidianos y territoriales, se hace imposible hablar de la construcción de colombianidad, con ejemplos demostrativos en las luchas por la tierra de afrodescendientes o indígenas.

En esta medida, es pertinente incluir desde los imaginarios sociales, el interés por esclarecer cuál ha sido el sistema de representaciones y creencias en la genealogía, el desarrollo y la consolidación supuesta de la nación colombiana, antes y después de convertirse en república. Por tales motivos, las concepciones de Castoriadis (2007) son útiles para entender la constitución del pueblo, la nación y el Estado en Colombia, en contraste con las afirmaciones de Castro y Restrepo (2008).

Siendo así, se intenta definir cómo y con cuáles intenciones han sido instituidos esos imaginarios desde fuera, pero también cómo se han hibridado con otras actitudes no instituidas y qué nuevos imaginarios se han reproducido allí, en la conformación de la cultura colombiana. De ahí que la observación y descripción de las subculturas emergentes, que alimentan otra de tipo hegemónico, es fundamental para este objetivo.

Desde estas dinámicas, es importante subrayar a partir de los conceptos de nación y nacionalismo, las ideas de Beissinger (2000), pues implican cuestionar si en Colombia existe realmente un proyecto de esta denominación y si en algún momento o quizás nunca, se ha enraizado una ideología basada en el nacionalismo, sustento asimismo de una identidad territorial propia.

En este sentido, el autor confirma que, para la materialización de la idea de nación es necesario la consecución de un proyecto moderno, en el cual se establezcan unos vínculos de progreso, ciudadanía y conciencia colectiva. Vale interrogar, si en Colombia se han dado esos procesos para insertarse en tal escenario, más allá de ser una cultura particular con elementos propios.

En esta lógica, y al considerar el funcionamiento de estas categorías en torno al sustento de la colombianidad; es importante profundizar en los argumentos que soportan la identidad nacional, no sólo como confirmación de unos hechos históricos en el espacio y el tiempo de las comunidades, para su existencia, desarrollo y decadencia; sino como soporte fundamental de un nacionalismo

vital, a través de elementos que evidentemente son plausibles en unas actitudes y acciones de tipo individual y colectivo, y a su vez atravesadas en este territorio por la geografía y la cultura.

Asimismo, es necesario entender su devenir desde la capacidad de contrastación y sentido crítico, pues así como es factible afirmar sin suficiente sustento, que la identidad nacional es una especie de abstracción ontológica o esencialista y no se compadece con las dinámicas concretas de las comunidades en los territorios, sería erróneo y conducente al sesgo, convencerse de su existencia per se, como categoría vacía que se llena con la movilidad social, política y cultural de los colectivos humanos.

Es pertinente insistir que son los pueblos mismos y los sujetos, de forma endógena y exógena quienes edifican nación, generan identidad y producen las marcas culturales particulares que, aunque se surtan de las demás, persisten, sobreviven y resisten en su propia singularidad.

Por tales motivos, en este seguimiento realizado a partir de rasgos dispersos o poco claros en el tiempo y el espacio, es perentorio revisar cuáles son los mitos fundacionales de la nación, cuál fue el soporte cultural que surtió efecto hasta hoy para que se sientan identificados los colombianos entre sí y, de qué modo, esos elementos surgidos en la psique del individuo, socializados en la comunidad, hechos simbología y aparato cultural; han persistido como auténticos o han sido disueltos por ilegítimos y superfluos en el tiempo.

Es así como, en la necesidad de demostración que debe hallar la identidad nacional, se hace útil el discurso de Melo (2006), que por demás desvirtúa la posibilidad de dicha categoría en la vida real de los pueblos, ya que, en la incesante producción de tipos de identidad individual, grupal y nacional, esta termina por diluirse sin especificar su posibilidad de duración y persistencia en la cultura.

Melo (2006) arremete contra esta posibilidad, pues insiste en su antinaturalidad teniendo en cuenta que es un esfuerzo de los estados autoritarios y anquilosados, por sostener a sus habitantes presos de tradiciones, rituales y expresiones que deniegan de cierta forma, el inevitable intercambio multicultural que existe entre los distintos pueblos del mundo y que han contribuido a los procesos de progreso, innegables en el presente. Tales procesos de desarrollo serán inalcanzables para Melo (2006), sin la existencia de la mezcla, el sincretismo y el mestizaje, persistentes en toda la historia humana.

En ese mismo orden, Múnera (1998) coincide en algunos aspectos con Melo (2006), a partir de intenciones poco probadas e insostenibles que pregonan la unidad nacional como virtud general y popular, cuando no ha sido más que un interés de origen hegemónico y vertical, como también lo sostienen Castro y Restrepo (2008). Múnera (1998), particularmente asevera la imposibilidad de la nación, desde la incapacidad de imaginar una comunidad integrada, planteando como origen de esta falencia, intereses económicos, causas raciales y la mezquindad de las élites criollas, entre otras.

Con relación a otras tesis de similar alcance, escruta el concepto de región en Colombia como escenario de la fragmentación social, cultural y geográfica, trayendo como consecuencia, el abandono de las periferias por parte del Estado, así como la discriminación y sojuzgamiento de sus habitantes. Puntualmente en lo referente a la Costa Caribe colombiana.

En efecto, Anderson (1993) afirma que las comunidades imaginadas deben integrar las diversas culturas populares y ancestrales que los pueblos poseen y así, poder aspirar a ser naciones y en esa medida, predicar un nacionalismo auténtico. Sin olvidar que, las formas, los límites y las velocidades con que se edifican, dependen de su propia autonomía y voluntad popular como bien lo refiere Castoriadis (2007).

Asimismo, es imperativo establecer, si en otras latitudes también existe la necesidad de nombrar la actividad de una cultura particular, tal como se busca con la categoría de colombianidad. Laguado (2004), asume el reto entonces de comparar no sólo los procesos que generan la identidad nacional en Argentina y en Colombia, sino el vislumbrar hasta dónde es factible, afirmar la argentinidad y la colombianidad, desde el desarrollo de esta idea generada en el siglo XIX.

Dentro de esta configuración, también comprende que la categoría de Estado-nación es de origen moderno y en esa medida, halla necesario entender los orígenes de la modernidad latinoamericana, con particularidad en los casos colombiano y argentino, pues afirma, sólo en ese lugar histórico se hace posible hablar de identidad nacional.

De modo análogo, Smith (1991) recurre a las bases mismas de la idea de nación, realizando un complejo ejercicio historiográfico que da cuenta de las bases étnicas, culturales, sociológicas, antropológicas y políticas del origen de la identidad nacional, que dejan para el análisis y la

discusión, nuevas respuestas e interrogantes sobre el devenir de las comunidades territoriales en la historia.

Así, las premisas fundamentales que aportan su obra, confirman la necesaria emergencia de las identidades nacionales, como también la conciencia de la idea de nación, en una mirada comparativa a partir de un efecto espejo, que permite comprender los procesos de identidad internos de las comunidades y su relación con los otros pueblos, plataforma fundamental de la comunidad internacional. Confirmando a la vez, la imposibilidad de homogenizar a los pueblos en torno a una nación global, pues cada emergencia nacional posee interpretaciones, velocidades y desarrollos infinitamente diferentes, en consonancia con los planteamientos de Anderson (1993).

Por otro lado, sirven de estribo teórico las ideas de Gutiérrez (1966), quien pone en duda los supuestos imaginarios consolidados hasta este momento, alrededor de un país sostenido en los pilares de altos valores culturales y éticos.

En su obra, por demás desconocida, se ponen de presente todos los complejos psicológicos que aquejan a los individuos de esta latitud, que reproducen entre otras, distorsiones de tipo lingüístico que inciden en comportamientos oprobiosos y primitivos. Como ningún otro autor, Gutiérrez (1966) hace una descripción desgarrada del sujeto colombiano a partir del lenguaje y la acción diaria.

Asimismo, es pertinente atender a las reflexiones de Perea (2009) que, como otra gama de autores, ha estudiado los orígenes de la violencia en Colombia desde matices interdisciplinarios, no tenidos en cuenta en otras investigaciones e indispensables para el análisis de la cultura colombiana.

En su caso, el autor desvela los motivos que generaron un escenario de sangre y muerte sin precedentes en el país, a la altura de la década del 40, señalada como la época de la violencia. Esos orígenes, son explicados a partir de la disposición en la sociedad de imaginarios de tipo emocional y religioso, que reprodujeron un accionar basado en lo sectario, lo violento y lo pasional. De este modo, deconstruyendo la tesis dual basada en la oposición del discurso del progreso al del atraso y, en consecuencia, el de los buenos al de los malos.

En este mismo escenario, es perentorio reconocer y discutir el rol de los medios de comunicación en el tiempo, a partir de la configuración de imaginarios sociales en los colombianos

de todas las características socio-políticas, sexuales y raciales. Es por eso que, más allá de recabar en la banalidad de sus contenidos, los intereses de sus propietarios o la alienación con la que conducen la mente de los consumidores, los medios cumplen una función que permite como otras categorías, definir la identidad, la nación y la cultura.

Rincón (2006), demuestra cómo las distintas narrativas mediáticas poseen un enorme poder de difusión en las diversas pantallas y plataformas tecnológicas, no sólo construidas en un sentido unidireccional en el que el consumidor es un agente pasivo y vaciado de reflexión, incorporando una incesante cantidad de información y entretenimiento que circula por estas, sino también dispuestas desde los deseos individuales y colectivos de los consumidores. Así, como se advirtió, las estructuras psíquicas juegan un papel fundamental en la construcción de cultura y, en resumen, la sociedad es lo que ve, escucha y lee en los medios.

Asimismo, Schlesinger (1989) asegura en la misma concepción de Rincón (2006), que los medios de comunicación no sólo se necesitan para complementar un potente aparato difusor de la cultura y sus derivaciones, sino que implican el ejercicio democrático y liberal del derecho a la comunicación y la información. Certezas modernas que deben superar el ánimo mercantil de los propietarios y deben insistir en los valores identitarios de los pueblos, para reforzar los lazos de solidaridad y conjunción de los habitantes de la nación.

Como consecuencia, todo el anterior bagaje conceptual que se amplía en los apartes posteriores, confluye en el ejercicio metodológico y ampliado de una encuesta con carácter abierto, que se aplica a un número aproximado de 160 personas de diversas características y orígenes. De tal modo que, en la presunta sencillez de 2 preguntas básicas, los indagados intentan responder a las implicaciones de la nacionalidad, la identidad, la región y en general, el sentido de pertenencia que surge al ser integrantes de la cultura colombiana.

La aplicación de este instrumento de recolección de datos, propone auscultar y describir el funcionamiento de los imaginarios, las creencias y las representaciones que un número significativo de sujetos anónimos poseen sobre sí mismos con respecto a la nación y lo que asumen de los demás, con relación al devenir de las prácticas de la colombianidad.

En conclusión, esta investigación espera convertirse en un aporte para escenarios académicos y no académicos y, en efecto, para la comprensión de una nación que aún se pregunta

si es viable y puede entenderse en los términos de la razón y el diálogo, bajo las premisas del estudio de la cultura política, las líneas de lo interdisciplinar y la descripción de sus imaginarios sociales.

En dichas perspectivas, la indagación que se pretende formuló los siguientes objetivos:

Objetivo General:

Realizar una interpretación historiográfica acerca de la nación colombiana y sus características identitarias**.**

Objetivos Específicos:

1. Problematizar en la experiencia colombiana, las características de la nación y sus perfiles identitario-colectivos.

2. Desde el campo de estudio de los Imaginarios Sociales, establecer el anclaje de las representaciones de la Identidad nacional en textos seleccionados, a través de la metodología interrogativa de la encuesta.

CAPITULO I

1. NACIÓN E IDENTIDAD. UNA PERSPECTIVA INTERPRETATIVA DEL CASO COLOMBIANO

Este primer capítulo de la indagación, pretende recoger, analizar y contrastar distintas posiciones teóricas y narrativas sobre las implicaciones de la identidad nacional en general y con mayor precisión en Colombia, encaminada a su vez a establecer las prácticas de la colombianidad y la nacionalidad en el territorio, al tiempo es constructo de la cultura popular local que nos habita como colombianos.

Asimismo, este cruce y diálogo de posiciones diversas e interdisciplinares, sirve de soporte para comprender desde otras miradas, las causas del devenir histórico de la nación y sus variadas y dolorosas consecuencias, entre otras, la corrupción pública, la violencia endémica, el atraso intelectual o la imposibilidad de acceder a la Modernidad.

De este modo, y desde la diversidad conceptual propuesta, este aparte permite comprender el complejo universo de imaginarios y representaciones sociales que se diseminan en el territorio a través del lenguaje, las creencias y las tradiciones que elucubran la cultura colombiana.

1.1. El papel de la sociedad en la constitución del yo

En principio, afirmar que las sociedades y las civilizaciones en el tiempo, se han edificado a fuerza de los lazos culturales y la interacción únicamente, es una tesis incompleta, pues toda representación colectiva en términos de lo religioso, lo económico o lo político proviene en principio de unas necesidades de tipo personal e individual, originadas en terrenos de lo inconsciente y alimentadas a su vez por lo que ocurre fuera de sí, en la lógica de las formas simbólicas, cimentadas en el entramado cultural de los pueblos y en el mundo de la autoconservación natural.

Los intereses más íntimos, en lo afectivo o en lo biológico, son cruciales en la interpretación del mundo construido, a saber, la escritura, la tecnología, la familia, el arte, entre otros, intervienen para ello. De acuerdo con Freud (1988), los estímulos y pasiones se canalizan en la cultura y a través del dispositivo para tal fin, el lenguaje, el individuo es capaz de definir lo que ocurre dentro sí, a la vez que lo hace colectivo.

Siendo el lenguaje, el vaso comunicante entre la intimidad del individuo y su dimensión socio-cultural, es preciso aseverar que la constitución de civilización, nación e identidad, parten del entramado de intereses personales-colectivos más primitivos y animales alrededor de la supervivencia, la protección y la búsqueda del bienestar físico y/o afectivo.

Con relación a lo anterior, Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000) catalogan la memoria individual como sustento primordial de la identidad personal y cultural de los pueblos, para tal axioma, se hace imprescindible la activación del mecanismo del recuerdo en lo afectivo, lo cognitivo y lo social. De ahí que las remembranzas personales conformen la movilidad de la cultura, haciendo posible que el lenguaje deslice las evocaciones del pasado al presente, renovadas en forma de memoria histórica.

Afirman los autores la oralidad, la autobiografía y las memorias colectivas como baza de la memoria simbólica y la voluntad personal de recordar, suprimiendo a la vez las instituciones sociales y sus formas de coerción; ratificando ese proceso natural en el desarrollo subjetivo del individuo, y generando así la interacción entre cultura pública y privada para el surgimiento de la realidad objetiva.

¿Cómo se materializa la cultura pública desde la intimidad del sujeto?

La comunicación entre el yo pensante y el yo hablante la viabiliza el lenguaje, como ya se ha dicho, propiciándose una incesante red de relaciones con el mundo, que a su vez implican la analogía entre identidad y alteridad, pues lo que el sujeto ha trazado sobre sí, se revela en el diálogo con los demás. Sin embargo, la conformación de la identidad personal, sólo es plausible a través de ese reflejo proyectado en doble vía con los otros.

La mejor expresión para representar ese acontecer, es la activación de las estructuras narrativas desarrolladas en otros tiempos, a partir de la oralidad y consignada después en la literatura escrita. El contar lo que ocurre en el interior humano, con sus innumerables expectativas, deseos y temores, implica no sólo la identificación de esa narrativa con otras de semejante dimensión, sino la liberación y la catarsis que reproducen cultura colectiva.

De esta forma, por ejemplo, la recuperación del relato para la consecución de la verdad en el envejecido conflicto armado en Colombia, ha sido una herramienta que no sólo ha permitido a millones de víctimas acceder a unos mínimos de justicia y reparación simbólica, sino que, desde

una amplia gama polifónica, se comprende el grado de sevicia en la guerra y una opción de perdón desde los violentados. Pero también, consiste en asimilar a los perpetradores con sus propios relatos como víctimas en el tiempo y preguntar, cómo desde hace muchas décadas en Colombia, se ha prolongado un aberrante lastre de sangre que amenaza con no terminar.

Las numerosas historias de vida, crónicas y narraciones de las diversas víctimas de la violencia, garantizan finalmente la existencia de un enorme acervo de pruebas vivientes, anónimas, individuales y colectivas, que se convierten en un sustento para la exigencia a los gobiernos y al Estado, en su obligación de proteger la población, la garantía por comprender las causas de esos crímenes y la premisa de la no repetición de tales actos.

Adicional a lo anterior, Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000) afirman que la interacción del individuo y la sociedad se hace sistémica, interviniendo lo cultural, lo biológico, lo espiritual, lo ecológico, entre otros aspectos; proyectando identidad individual, social y nacional desde todos los elementos vitales del sujeto, en su interior y fuera de él, siendo así como lo étnico toma forma en la identidad colectiva que genera un proceso nuevo cuando se habla de nación. Desde la posición de los autores, el concepto de nación se alimenta de otro tipo de características surgidas en la egida de la política, pues en términos de la supervivencia comunicativa, identitaria y cultural, los colectivos humanos tienen garantizada su existencia.

De este modo, es necesario que los pueblos puedan reafirmarse para su subsistencia en el territorio, pues sólo así darán el paso a ser naciones, pero esa categoría es factible cuando existen unas condiciones jurídicas y legítimas que la aprueben, por eso la idea de nación se fundamenta desde el poder político que le da cabida y el reconocimiento en el pacto social denominado constitución. En resumen, es la acción del Estado-nación moderno, reproducida en el nacionalismo como conjugación político-jurídica y la doctrina cultural como labor interior de los pueblos.

Es en el nacionalismo que subyacen las otras categorías modernas como razón y ciencia, dándole sentido a la idea de nación, pues sólo de esa forma se elabora una doctrina cultural que genere una conciencia popular, sustento a la vez de las relaciones con las otras culturas y de la autodeterminación: el marxismo, el nazismo o el liberalismo son la representación fiel de ese fenómeno, en la medida que previo a ser ideologías globales de tipo político, económico y social, tuvieron que desarrollarse en territorios específicos y en contextos étnicos locales y particulares.

Así, en el nacionalismo se interrelacionan los discursos públicos, los ideales morales, los sentimientos privados y los intereses materiales, creando unas nuevas categorías que dan las formas de civilización y ciudadanía a las naciones, por ejemplo, la historia, la voluntad popular y los partidos políticos que aspiran a administrar el Estado.

En Colombia, se podría precisar que lo étnico subiste de forma fragmentada en una dinámica de lo regional y lo regionalista, combustible letal de las guerras civiles del siglo XIX, sin embargo, es posible afirmar que también existen mecanismos de apropiación, identificación y pertenencia que catalogan y dan vida a la etnicidad colombiana.

Claramente existen unos signos de arraigo al territorio desde lo regional, pero también una filiación a la abstracción de país, muestra de ello es que la única secesión ocurrida en la historia del país, se causó más por motivos geoestratégicos y políticos movidos por Norteamérica, y agenciados en la guerra de los Mil Días respectivamente, siendo clara la inexistencia de un ánimo consistente en el tiempo, como causa de la separación de alguna región específica por motivos raciales o culturales.

La legitimidad y legalidad que se le debiera dar a la categoría de nación en Colombia, ha sido defenestrada por los intereses personales, caudillistas y guerreristas de hombres y partidos políticos históricamente, pues han sido incapaces de construir un proyecto de Estado y nación, bajo las premisas de unos universales básicos en el tiempo.

Paralelamente las guerras: civiles, bipartidistas, del narcotráfico, de la insurgencia y la contrainsurgencia, han instalado en la conciencia colectiva la imposibilidad de unir a la población bajo un mismo norte cultural, y sin duda, este escenario ha sido profundizado por consignas como la violencia genética del colombiano, la polarización perpetúa en escenarios como la paz, la política o la economía, y la presunta tendencia a ser indiferentes ante la tragedia. Todas, afirmaciones funcionales para la élite política, sin la capacidad de construir un proyecto vivo, diverso y múltiple.

Sin duda, la administración del Estado ha sido tan precaria por la clase dirigente, que dividir al país desde siempre e introyectar en su mentalidad, la resignación y la intolerancia como formas de comunicación, fue la única herencia como práctica del nacionalismo. En consecuencia, la respuesta de la población ha sido la sumisión, la idolatría y la aquiescencia ante tales embates

históricos, además de soslayar desde la individualidad cualquier opción de transformación, como más adelante lo anotan Gutiérrez (1966) y Perea (2009).

Con relación a estos hechos, Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000), concuerdan en que los sentimientos patrios sólo aparecen cuando todas las anteriores categorías se han correlacionado: el recuerdo individual, la etnicidad, el constructo de nación y la protección del Estado; pues la idea de patria es simplemente la confirmación de una cultura simbólica, reforzada constantemente en el espacio y el tiempo a través de ritualidades, prácticas sociales, el ejercicio de la ciudadanía y la arquitectura de la historia nacional.

Particularmente en este último escenario, la historia es susceptible de falsearse o distorsionarse a conveniencia de unos intereses políticos que deterioran la conciencia colectiva, divorciando al pueblo de sus símbolos nacionales. Es así como Castoriadis (2007), asegura que la reconstrucción del pasado sólo puede nacer de la voluntad popular, asegurada a partir de un acuerdo convencional entre los sujetos, a su vez representados en un relato común llamado memoria social y edificada a través de los aportes populares de tipo individual y colectivo.

Ahora bien, los autores insisten en que la cultura simbólica de los pueblos permanece en el tiempo a pesar de los ánimos de aculturación, violencia o colonización de otras fuerzas, pero advierten que la permanencia de las identidades y de las naciones, no puede darse sin el sustento de una memoria social, siempre alimentada por el consenso colectivo.

Cuando se hace referencia al caso colombiano, es preciso insistir en la riqueza étnica y el dinamismo constante de una cultura popular que bebe del mestizaje, de lo regional, de lo territorial y de mitologías complejas que permanecen en el tiempo o que han mutado para ampliar el vínculo entre los habitantes del país, de variadas formas, a partir de otras prácticas extendidas en los medios de comunicación, el deporte, el arte y otras expresiones.

Sin embargo, es el falseamiento del pasado y la distorsión del presente a partir de una versión espuria del país, lo que ha implicado la invisibilidad de todo ese aparato cultural que existe y se disemina en todas las clases y grupos sociales.

Como lo manifestó Gutiérrez (1966), en un tiempo se creyó que la herencia europea y erudita se plasmaba en Bogotá como “La Atenas suramericana” o que tal vez acá se hablaba el castellano más “perfecto”. En otro momento, se consideró que en este país vivían los habitantes

más “felices” dentro de la “democracia” más antigua y duradera, y también, en otra etapa, que sólo en esta latitud se podía reproducir cocaína, narcotraficantes y prostitutas, en parte porque los medios masivos y la versión oficial así quisieron promoverlo, en una narrativa repetida mil veces.

Es necesario para las siguientes generaciones advertir, exigir y movilizarse en torno a una memoria social popular, sólo así podrá establecerse esa conexión deseada entre el Estado, la nación, la cultura y la identidad; pues mientras la nación sea moldeada desde la imposición a partir de otros intereses, la vergüenza y la “pena” de ser colombianos persistirá como una letra escarlata perpetua.

1.2 El mestizaje como condena y posibilidad

Ha sido complejo para intelectuales y académicos de todas las tendencias, exponer las causas de la violencia, la corrupción moral y su naturalización por parte de todos los estamentos que componen la nación colombiana: el Estado, la cultura, los medios de comunicación, el ejercicio político y lógicamente la población.

Todos estos fenómenos degradantes, han llevado a establecer que Colombia es una democracia fallida, analizados por propios y ajenos extrañados al observar, para no ir tan lejos en el tiempo, que una sociedad vulnerada y mancillada tantas veces, ha decidido dividirse en una premisa sagrada e inalienable para cualquier pueblo, la consecución de la paz.

Así, mientras en otras latitudes la gente se moviliza masivamente por el asesinato de cualquier ciudadano, aquí, en este lado del mundo, la población le dio la espalda a algo que es derecho inviolable, después de décadas de desplazamiento forzado, masacres, desaparición violenta de partidos políticos, secuestros y toda una gigantesca gama de los peores crímenes contra la humanidad.

Por tales motivos, Yunis (2003) propone un estudio desde su competencia como biólogo y genetista, en el que intenta establecer si a fin de cuentas los colombianos poseen el gen de la “maldad”, engendrada en los comportamientos delictivos descritos antes y la tendencia a la corrupción moral en todos los cimientos sociales. De ser así, al menos se hallaría una explicación determinista para comprender en parte, el grave problema de ser una de las naciones más abyectas del planeta.

La guía que propone el autor y que indicará un recorrido espacio-temporal, para vislumbrar algunas características de la personalidad colombiana, implica el desglose del concepto de

mestizaje, adjetivado y sobrevalorado tantas veces por la historia oficial sin fundamento alguno. Este proceso que, en los términos más veraces e infortunados al mismo tiempo, significó la violación en masa más grande de la historia, sobre todo de mujeres amerindias y africanas traídas como esclavas, se convierte en la base racial y cultural de la población colombiana, origen de la estructura social, jurídica y política que regirá los destinos del país hasta el presente.

Yunis (2003) califica como nativa, a una sola de las sangres mezcladas en la llamada "raza cósmica", mientras que las otras dos, negra y blanca, las considera como invasoras, reflejo de lo antinatural de esta mezcla racial, que por demás fue violenta, excluyente y sanguinaria. La pirámide social promovida en la colonia a raíz del mestizaje, demuestra a su vez el resentimiento y la opresión atravesadas por los siglos, sin ninguna modificación estructural.

Atrapados en otros atavismos, los colombianos sienten vergüenza por dos de las razas que componen su sangre e intentan exaltar el blanqueamiento de su ser, que realmente es superficial, pues prepondera lo amerindio en la genética del colombiano, carácter oculto, mimetizado y despreciado, pero presente sin remedio.

Sin embargo, y en la búsqueda desesperada por hallar la conexión consanguínea con el mundo hispánico, los colombianos han ignorado que de allá vino lo peor en términos de la filosofía, la ciencia, la visión del mundo, la idea de progreso, el humanismo, las leyes y la organización política, pues atrapados en el dilema de lo medieval y lo moderno, trajeron consigo a América la improvisación, la burocracia legislativa y la sumisión a la corona católica, rasgos hereditarios y predominantes hasta hoy.

La violencia religiosa, representada en el santo oficio de la Inquisición, fue el elemento fundacional de las violencias futuras que se establecieron en el dogmatismo, la intolerancia, el racismo y la exclusión, sin olvidar que esa institución fundamentalista cometió los más horrendos crímenes en nombre de los valores católicos del Vaticano, una virulenta contrarreforma contra el naciente protestantismo.

En ese mismo camino, los españoles se encontraron con un grupo de etnias aborígenes sin gran desarrollo organizativo y militar, lo que permitió el expedito dominio sobre sus tierras y sus cuerpos para la esclavitud y en palabras de Yunis (2003), representó el origen del servilismo clásico colombiano y de la cultura ladina, cuna de todos los males enraizados en una precaria

ciudadanización. De paso, los recién sometidos africanos tuvieron que enfrentar hasta hoy, una doble existencia dibujada en la servidumbre al blanco y la mimesis de su ritualidad, prohibida y perseguida sin cesar.

Con la extensión de la pirámide racial por toda la geografía conocida, se estableció un sistema de relaciones sociales en el que la misma segregación operó, para privilegiar a unas regiones sobre otras, donde derechos ciudadanos y acceso al bienestar se repartieron de manera diferenciada. Tales hechos, siguen ocurriendo sin consideración alguna en todo el territorio nacional.

Yunis (2003) asegura que, a toda la catástrofe nacida en la conquista y la colonia, se sumó la conspiración geográfica, pues un espacio difícil, escarpado y exuberante propició otro de los males endémicos en la historia del país, el aislamiento, crucial en el origen de subculturas infestadas del resentimiento regionalista, la sempiterna ausencia del Estado, los cacicazgos políticos y la consabida corrupción, práctica deleznable extendida por todas partes del territorio en el tiempo.

Esa corrupción que fue traída por los españoles, capitalizó la fragmentación social producida por el aislamiento, la inoperancia de la justicia y el sostenimiento intencional de un atraso en todos los niveles: educación, salud, acceso a los servicios públicos, falta de infraestructura y la expansión de la violencia como forma de vida. Al respecto, violencia y corrupción coexisten, necesitándose desde siempre para permanecer.

Hasta hoy, el problema habitual de la ausencia de infraestructura en el país sigue siendo manifiesto, ya que todavía una gran proporción del país sigue incomunicado, sosteniendo el atraso y la pobreza generalizada en las comunidades ubicadas en esos territorios, las cuales continúan condenadas a observar el desangre de sus recursos, la construcción de obras mal planeadas, "elefantes" blancos sin función o simplemente el desvío de capitales a las cuentas privadas de los caciques políticos, reposando en el extranjero a través de paraísos fiscales, al unísono que los pobladores persisten en verlos como líderes sociales, falsos semidioses o quizás, sujetos que hacen de la función pública una labor de caridad y expoliación a la vez.

Este escenario parece eternizarse sin compasión y, a la vez ha sido tierra fértil de las guerras viejas y nuevas en el territorio nacional, pues el aislamiento y la miseria de las regiones excluidas

desde épocas coloniales, han conllevado al reemplazo de un Estado inexistente a través de la justicia privada y violenta de todos los pelambres: narcotraficantes, subversión y paramilitares se disputan estas tierras, que prometen el florecimiento de actividades ilícitas de todo tipo.

Simultáneamente, en el centro del país, se han firmado todos los acuerdos comerciales que enriquecen a unos cuantos a espaldas de las mayorías e implantan la defraudación de los recursos restantes, por parte de las multinacionales mineras extractivas. Cohabitan la pobreza, la exclusión y la incomunicación, en medio de un modelo económico que destruye la nación, en palabras de Yunis (2003).

De esta forma, campea la cultura de lo ladino en cada rincón íntimo y público del país, donde los individuos de cualquier estirpe, intentan arañar algo de lo que les pertenece por supuesto derecho, atravesándose, salteando, matoneando a los demás sin compasión. Frente al pésimo ejemplo de una dirigencia infame, el ciudadano apela al pillaje de menor cuantía para rebasar las normas, relativizar la ética que le es deber y naturalizar la corrupción a través del "deje así".

La astucia o la mal llamada viveza, se apoderan de la convivencia cotidiana en medio de la desconfianza por el otro, hacia al vecino o el de al lado, al tiempo que paradójicamente se delega la conciencia colectiva a la credulidad por encima de la credibilidad y así, sin reflexión, recomienza el espiral de la degradación social, donde llegarán las soluciones mágicas del dinero fácil, de la superstición y de la lejana esperanza por el arribo de un mesías que resolverá los más elementales problemas.

Desde tan nefasta descripción del panorama nacional, Yunis (2003) concluye que no es genético el mal disperso en todas las dimensiones de la nación colombiana, tan sólo hace parte de una historia de 500 años que es perentoria reconocer para modificar, desde algún lugar y con un pequeño principio en la intimidad de cada sujeto, generando al tiempo la potencia de irradiarse en las diversas comunidades a través de la urgente y consabida cultura popular, dispersa y negada por todo el territorio.

1.3 ¿Es posible una identidad horizontal en oposición a unos regímenes verticales de colombianidad?

La retórica de Yunis (2003) implica la imposibilidad de una nación vigorosa, que contenga otros signos populares y demostrativos de una identidad nacional vital; en ese orden, como

desolado y apático se describe al sujeto colombiano, sin norte y sin los faros que alienten el salir adelante del naufragio histórico al que se ha conducido el país, durante largos siglos de oprobio e injusticia.

En esa dirección, el grupo de Estudios Culturales de la Universidad Javeriana, encabezado por Santiago Castro Gómez, genera una propuesta divergente que revisa los imaginarios de la identidad desde una configuración de lo deslocalizado, evitando dejar en manos de las ciencias específicas y delimitadas, la labor de comprender la historia colombiana con relación al presente, y de ahí ubicar el acceso a una categoría denominada, todavía desde lo tácito e intangible, como colombianidad.

Desde esta perspectiva, esa búsqueda se incluye en una metodología de lo genealógico, en la cual la historia se mira en torno a unos aspectos de lo anónimo, lo cotidiano y lo eventual, y a la vez se visualizan las dinámicas de poder y confrontación entre posturas hegemónicas y resistentes desde diversos escenarios que se revisan en esta investigación. Así, afirmando con certeza que, se han enfrentado en disímiles espacios y tiempos unos regímenes de colombianidad sin lograr conciliar una matriz de diálogo y consenso, donde se conjuguen lo dominante, lo subalterno, lo periférico y lo central.

Planteado el escenario en el cual discurren estas ideas, Castro y Restrepo (2008) concuerdan en afirmar que esa pugna de regímenes se ha dado en lugares y momentos distintos de la historia, pues aparecen, desaparecen y reaparecen en el tiempo.

Es decir, aunque parecen superados ciertos discursos que luchan por imponerse, sobre todo inmersos en la tradición, estos se hacen vigentes en momentos coyunturales y cruciales del país. Y siendo muy posible que en otros lugares del mundo y de Latinoamérica, se den estos fenómenos de la circularidad histórica, es manifiesto que en Colombia no se ha podido superar la dualidad entre colonialidad y modernidad, dos caras a su vez de la misma moneda.

Recurriendo a patrones puntuales, si se revisa la crisis que atraviesa el país, es fácil encontrar discursos políticos que circulan en los medios masivos y en los que se apunta a revivir episodios reservados para el envejecido siglo XIX, añorando los preceptos fundamentales de la Constitución de 1886, en la cual lo premoderno, lo feudal y lo confesional, abundan en una argumentación que retrotrae la sociedad a la colonia.

Así, aunque mucho de liberal posee la Constitución de 1991 e incluso otras fuerzas políticas progresistas, insisten en la incorporación de nuevas posturas que aglutinen las realidades del siglo XXI, algunos sectores sociales niegan la modernidad de sus contenidos y avalan dichos discursos sumergidos en una nostalgia del pasado que parecía superada.

No en vano, otros elementos que reafirman esa confrontación de los regímenes de la colombianidad, consisten en extender esas visiones culturales hegemónicas a contextos políticos y jurídicos, así como a la constante subalternización de otras alteridades, que cabe decir, coexisten en la pobreza, la periferia y la invisibilidad, como lo refieren Castro y Restrepo (2008).

En esos términos, el enfrentamiento entre estas dinámicas culturales se establece aparentemente, en un juego de conceptos binarios que se oponen, pero en el fondo coexisten y se necesitan. Así, en el escenario de la unificación y la diferenciación para la conformación de la nación, juegan un papel fundamental lo racial, lo regional y lo étnico, pues sin esas distinciones exteriores no sería preciso establecer un modo de identidades y, en consecuencia, de confrontaciones que devienen alteridad.

En efecto, mientras las formas de etnicidad se disputan lo territorial y lo político, en lo internacional surge la supuesta dualidad entre modernidad y colonialidad, en la que intervienen las tecnologías de poder para el control del espacio y los sujetos, como lo sustentan Castro y Restrepo (2008). De este modo, la biopolítica que inspecciona cuerpos y territorios, se combina con la geopolítica que lidia con las estructuras de modernidad y colonialidad en el sistema-mundo.

En particular con lo estrictamente étnico, hay que caracterizar la hegemonía de la raza blanca extendida a todos los imaginarios políticos, sociales y cotidianos del territorio, y que se establece como la directriz para intentar unificar las diversas poblaciones desde el manifiesto de lo mestizo, pero en el fondo latente siempre el valor de lo blanco y en esa vía, su potestad de gobernar, difundir el conocimiento y establecer un dominio omnímodo.

Colombia, en su incesante doble moral, ha edificado una falsa democracia y un inexistente Estado social de derecho, en el que los mestizos y las otras tendencias raciales han flotado y observado con fascinación, y desde abajo, la blancura de sus gobernantes, de los actores de televisión, de quienes dirigen la economía y de quienes dicen la “verdad” en los medios masivos. Pero esa blancura no está en la piel únicamente, habita en el espíritu de algunos afros, amerindios

y mestizos que han tenido el privilegio de compartir el poder o la fama de vez en cuando con sus amos, y a su vez, saber actuar como blancos.

De otro lado, a partir de la instalación de una tardía modernidad en el país, el capitalismo industrial llegó de forma incipiente, posterior a la transacción hecha por Panamá, garantía del auge de la industria del café y de otros monocultivos, además de la inversión en infraestructura que ocurría después de más de cien años de independencia y de la profundización del concepto urbano e industrial. Sin embargo, explican Castro y Restrepo (2008), el impacto real en la sociedad se sintió con el establecimiento de los imaginarios capitalistas.

Con base en ello, la otra tecnología de control social, la noopolítica, cumplió su papel de alimentar los deseos de los recién ingresados al mundo de la modernidad, a través de las narrativas de la medicina, la ingeniería, la economía, la higiene, lo agroindustrial, el transporte público, entre otras.

Sin embargo, una cosa fue el imaginario supuesto desde el atrio del sistema-mundo y otra la dinámica de la realidad, en la que ninguna de esas expectativas se pudo cumplir a plenitud, al menos en términos de la mayoría de la población. Es decir que la estructura de atraso y estancamiento de la colonia, terminó siendo operativa en la posibilidad de concretar esos proyectos modernos.

Dentro de este desplazamiento, pero no desaparición de lo tradicional, ha de afirmarse que se combinaron las subjetividades coloniales y capitalistas recreando una mitología moderna en torno a lo espacial, lo emocional y lo estético, siempre sosteniendo latente el espíritu colonial, a través de la noopolítica del deseo. Bien lo define Gutiérrez (1966), al expresar que la población interiorizó la espuria tesis de creer que Bogotá era La Atenas suramericana, cuando ni siquiera se sabía definir lingüísticamente el significado de cultura.

Castro y Restrepo (2008) sostienen que, en las concepciones de nación y diferencia se consolida la riqueza cultural de los pueblos, pues la homogenización no conduce sino al estancamiento y al bajo nivel de interacción y aprendizaje entre las divergencias existentes en las comunidades. Pero en el caso del país, esa diferenciación ha sido estigmatizada en pro de una unificación violenta, que surge de la imposición de los imaginarios de industrialización, civilización, orden y patria, simplemente se han eliminado las visiones distintas y subalternas.

Así, desde la norma oficial, se han organizado parámetros verticales para establecer un proyecto de nación excluyente, que suprime las diferencias y no tiene en cuenta la etnicidad, de tal forma que sólo el diálogo podría dejar de oponer con violencia, las nociones de diferenciación y homogenización, yuxtaposición instalada desde la élite blanca para posicionarse jerárquicamente. Por ejemplo, los sucesivos gobiernos habilitan los títulos mineros expoliando los recursos naturales, al mismo tiempo que criminalizan la minería artesanal que en todo caso no contamina, ni genera el impacto ambiental producida por la minería a gran escala.

Los autores, describen tres regímenes de poder que han funcionado en el país, desde la institución de una noción de lo moderno-colonial: el control de los cuerpos y las mentes, el control de las poblaciones y el control macro político de los grandes territorios. De ahí que en estos se atraviesan para su funcionamiento; el disciplinamiento, la regulación y la modulación en función del capital, confirmando la modernidad en el país como una aplicación bajo el código colonial.

Desde esta postura, es preciso aseverar el origen de la colonialidad como concepción liquida y de larga duración, a partir del colonialismo que sencillamente consistió en la explotación y tráfico de mercancías. Transversalmente a la colonialidad están ubicados lo racial, lo cultural y lo cognitivo, reproduciendo un imaginario que incluso procrea lo poscolonial, simplemente una estructura novedosa basada en la colonialidad.

En Colombia, país que surge de la dinámica moderno-colonial, los regímenes de pensamiento hegemónico funcionan simultáneamente con la conectividad, la globalización y un discurso progresista que ha permeado todas las dimensiones del sujeto, representado para la sociedad en su conjunto en la Constitución de 1991.

De este modo, persisten en los espacios públicos y privados la diseminación de violencias de tipo simbólico que configuran conductas discriminatorias, sexistas y racistas que superan las violencias de tipo material, muestra de ello es que todavía se considera a los amerindios o afrocolombianos inferiores para desempeñar ciertas funciones académicas o públicas y, aunque el rechazo se sutiliza o se mimetiza, en el interior del sujeto blanqueado aún no se supera esa estructura colonial de segregación.

Es claro para los autores la producción de identidad, a la par del surgimiento del concepto de diferencia, pues sin una no existe la otra. En esa vía, siendo las identidades categorías históricas

que se ubican en tiempos y lugares específicos, generan entonces diversidad, multiplicidad y pluralidad y de paso características de género, generación, clase, localidad y nación.

Así, las identidades son categorías móviles y variables transformadas de manera conflictiva en el tiempo, por lo cual sería improcedente afirmar una única identidad o una identidad singular y de ese modo, a un mismo individuo le caben múltiples y contradictorias identidades persistentes en los discursos, activadas a través de experiencias, prácticas y relaciones expresadas en un aparato simbólico y complejo de narraciones.

De acuerdo a lo anterior, las identidades son colaterales a las relaciones de control que surgen en la corpo-politica, la noopolítica, la bio-política y la geopolítica, por lo cual están en constante tensión en las disputas por el poder que allí se instaura, donde se visibilizan por ejemplo la desigualdad, la dominación y la injusticia. Por tal motivo, es correcto afirmar que surgen en la diferencia y en la lucha entre hegemonía y resistencia, al mismo tiempo mediadoras entre las confrontaciones sociales.

Es acertado corroborar que, en la producción de identidades se fundan otredades y en esa interpelación de uno y otro lado, la interacción juega un papel activo de reconocimiento e intersubjetividad. De ahí que surjan las identidades marcadas y naturalizadas, que se encuentran en constante lucha por sostener o hallar un lugar.

Cuando se aterriza tal discusión en contexto, es claro que las identidades naturalizadas están ligadas a estructuras raciales, urbanas, cognitivas y de género que proceden de la colonia, en las cuales hay una confrontación hecha a fuerza de lucha y generando un escenario más equitativo con las identidades marcadas. A saber, la necesidad de valorar el campesino como productor del alimento para el individuo urbano, la capacidad que tiene la mujer para producir conocimiento por encima del mismo hombre o la instauración del saber ancestral amerindio, como alternativa al obsoleto modelo occidental de la medicina.

Todo lo anterior, infiere una necesidad de superar la narrativa moderna de las identidades, que es demasiado reducida para un escenario actual donde es imperativo incluir unas nuevas, diversas y potentes para un discurso amplio, democrático e incluyente.

Castro y Restrepo (2008) refieren, en conclusión, no sólo una metodología distinta a la inductiva porque la hallan reducida para hablar de los regímenes de colombianidad y dejan entrever

una posibilidad que debiera ser más unificadora, pero dialogante. Una alternativa que al fin permita reconocer la infinita heterogeneidad de voces, identidades, saberes y cosmovisiones que habitan estas tierras y conectada desde lo horizontal, para dejar de ver esta nación como un conjunto violento de fragmentos en disputa a muerte, por lo que debiera unirlos.

Sin la ilusa premisa de romper el paradigma de la resistencia y lo hegemónico, al menos es considerable hablar de las causas de esa lucha perpetua en una identidad naturalizada, blanqueada e impuesta frente a otra perseguida, invisibilizada y condenada al ostracismo.

1.4 ¿Es Colombia una institución imaginaria?

Hasta este punto, se presupone lo imaginario como una categoría que surge afuera, desde las imposiciones de hegemonías poderosas y basadas en la aculturación o a partir de instituciones verticales, autoritarias e introyectadas en la conciencia individual y colectiva, con unas ideas rígidas por seguir o en su defecto obedecer.

Aunque lo imaginario en parte cumple esas condiciones, es preciso afirmar que su origen se establece en la dimensión psicológica del sujeto a través de creencias, afectos, miedos, resentimientos y emociones, comunicados con los elementos institucionales que se representan en los contextos culturales. Por tal motivo, el imaginario es un espejo reproducido en términos individuales y colectivos, psíquicos y sociales.

De este modo, Castoriadis (2007) es un teórico caracterizado por darle sentido a este concepto, como una categoría desplegada en las diversas dimensiones del sujeto, de forma transversal e interdisciplinar, y en la cual subyacen los motivos suficientes para afirmar que las sociedades y los colectivos humanos, pueden construir sus propios imaginarios, dando cuenta de su capacidad de organizarse y autodeterminarse.

En este sentido, en la búsqueda de una categoría de la colombianidad a partir de la identidad nacional, la hipótesis de la institución imaginaria puede ser útil para comprender el devenir de los imaginarios instituidos y promover la posibilidad de otros instituyentes. En otros términos, la instauración de una cultura popular, propia, que permita dialogar con los paradigmas impuestos a la fuerza y verticalmente.

El autor despliega sus reflexiones realizando una crítica al marxismo, pues en tanto que ha sido el único y verdadero proyecto revolucionario de la historia, han sido muchas las distorsiones

sufridas por este sistema de ideas, incluso desdibujado su valor contextual e implicando a la vez, que cualquier sistema ideológico deba ser visto y juzgado en relación al tiempo en el que actúa. Siendo así, es el entorno cultural y particular de los pueblos, el único capaz de darle sentido a un proyecto de largo aliento como el marxismo.

Sin el diálogo necesario entre las ideas y las realidades, los sistemas conceptuales terminan tergiversando en la acción, la razón que les da sustento y quedan condenados a repetir, como en el caso de los estados socialistas, errores profundos como el totalitarismo, el autoritarismo y la violencia, así la idea que origine tales aberraciones se base en la revolución, y al igual que en los sistemas históricos que engendraron la lucha de clases, el marxismo aplicado termina contradiciéndose y justificando el divorcio entre Estado y colectivo, llevando a cabo los más crueles crímenes sobre la población que supuestamente defendían.

Castoriadis (2007) aclara que, si cada momento histórico posee unas contingencias propias basadas en la cultura particular, los hombres ejecutantes y la temporalidad que los envuelve, es inaceptable la ruptura entre el hecho y el sentido, lo que se dice y lo que se hace, entre hombre y naturaleza, materia y categoría, y en términos lingüísticos, entre significado y significante.

De ahí que, una de las causas profundas para la no consolidación de Colombia como una nación desarrollada, en el sentido más amplio de la palabra, ha consistido en la imposición de modelos sociales y económicos aplicados a espaldas de las necesidades de la población, y que han funcionado en otras latitudes y tiempos, pero no tienen que ver con el entorno local, ni mucho menos con las afujías de los sujetos localizados.

De hecho, el sentido del marxismo ha sido confundido por las acciones de quienes se han hecho llamar revolucionarios, y en nombre de lo soviético, lo chino o lo cubano, culturas por demás distintas a esta, han generado las agresiones más brutales y el rechazo generalizado de quienes se suponen son el centro de la trasformación que pretenden realizar. Capitalismo y Comunismo por igual, han sido traídos al país con los elementos y soluciones más extrañas para los habitantes del territorio.

De todas formas, es urgente aclarar que, Castoriadis (2007) no imposibilita al marxismo como el único aparato capaz de trasformar las realidades de los pueblos, más bien, desde una

metacrítica social, afirma que sus postulados esenciales deben actualizarse y reivindicarse en torno al espíritu cambiante de los tiempos y las culturas.

Así, sin negritudes, amerindios, obreros, mujeres excluidas y en general las minorías, las líneas fundantes de esta ideología, no pasan a ser más que unas imposiciones alienantes que nada tienen que ver con los contextos y realidades particulares de latitudes como la colombiana. Siendo claro que, su esencia persiste en ser un sistema de ideas que se encarna en las acciones de una subsecuente revolución, confirmando que el sistema capitalista envilece la vida y la creatividad de los hombres, Castoriadis (2007) insiste en la economía sólo como una de las múltiples dimensiones humanas, que debe trascender al hombre y sus necesidades.

De esta forma, la producción no puede limitarse a la riqueza o la satisfacción de necesidades laborales y materiales, es ante todo la búsqueda constante de la felicidad a través de una gama de actitudes emancipadoras, relacionadas con el puesto que el hombre tiene en la historia y de ahí, sus múltiples conexiones con la realidad, comprendiendo asimismo que se halla en constante movimiento. En esa medida, se intuye que los contextos con su inacabado proceso de normas, reglas de juego y significaciones, crecen desde diferentes velocidades y progresos, pues la cultura es irreductible a un marxismo ortodoxo.

Es lógico aseverar que los imaginarios instituidos sobre la población, no sólo proceden de un modelo blanco-colonial, sino que los intentos de repensar estos destinos también provienen de ideas funcionales en otras épocas y lugares, implicando que no necesariamente podrían ser aplicables en esta geografía. Ante todo, la emancipación de un proyecto de nación, debe basarse sin duda en el rescate de la cultura popular que recoge la existencia multidimensional de las diferentes etnias, historias y símbolos recorriendo el territorio a lo largo del tiempo.

A saber, la desenajenación del país, no pasa únicamente colocando en la cima de la producción a un elemento como la educación, regresando a la economía local que se arruina todos los días por los tratados de libre comercio, conservando el valor de una cultura auténtica a través del mantenimiento de los patrimonios materiales e inmateriales. Pasa también por la comprensión de fenómenos como los medios de comunicación, las actitudes de una ciudadanía pobre y fragmentada, y otros elementos obviados como la emoción ante el deporte, la fiesta o la música popular.

Desde esta perspectiva sistémica e interdisciplinar, Castoriadis (2007) considera que lo primero a tener en cuenta para observar los imaginarios sociales, es la eliminación de los determinismos científicos e históricos implicados en lo causal, como esencia de los procesos de conocimiento y de gestación de hechos políticos o sociales. De esta forma, es necesario incluir lo no causal, lo casual, el hecho desencadenante, la pulsión inconsciente y el hecho accidental en los estudios históricos.

En esa vía, no existe una única esencia racional, total y verdadera, mejor coexisten muchas que chocan y se interrelacionan entre sí, por lo cual en los procesos históricos hay también una marcada presencia de lo irracional e incognoscible, que no es tenida en cuenta por las teorías estrictamente academicistas.

Y es así que, la pertinencia del marxismo se refiere al desentrañamiento de la realidad en todas sus facetas, siendo posible afirmar que la revolución es un proceso histórico y político, hecho por los trabajadores y no diseñado para los trabajadores. Así, es posible una historia particular de los pueblos, basada en la comunicación horizontal entre clase intelectual y clase obrera.

En síntesis, obviando o excluyendo cualquiera de los elementos pertenecientes a la cultura e historia singular de los pueblos, las posibilidades de una verdadera emancipación son pobres, pues el riesgo de la discriminación, la injusticia y la explotación siempre será alto, debido a la tentación por lo vertical y lo violento. Es factible un marxismo real, cuando está atravesado por todas las dimensiones humanas del sujeto.

Pero esa transversalidad es únicamente plausible cuando el marxismo se hace práctico y cotidiano, si se rompe la división entre saber y hacer, y se hace consciente a la sociedad que el asunto pasa primero por lo individual y en consecuencia por lo colectivo, donde no existe una teleología del sujeto, pues este siempre está en constante trasformación y cuestionamiento.

Colombia, está lejos de llevar tan siquiera a mínimas prácticas la opción de un proyecto revolucionario de larga duración, que conste de incluir todas las manifestaciones estéticas, sexuales, políticas y culturales transversales en el territorio nacional. Esa instancia tan precaria, se debe entre otras razones, a la actitud de creer en una verdad única y monolítica, y no en una múltiple y flexible.

Esa inflexibilidad intelectual e intercultural, hace parte de aquella herencia escolástica que proviene de la colonia y que trata no sólo de ver lo diferente como peligroso o inexistente, sino de anular las responsabilidades propias frente a las dificultades simples y complejas de la vida. Tal como lo refiere Castoriadis (2007), la historia de los pueblos tiene una gran proporción de eventos casuales y no causales, en el estricto sentido del poder político, que obedecen más a lo anónimo o accidental.

De esta forma ¿Cómo condenar únicamente a las viejas castas de políticos que apelan al pillaje, la corrupción o las prácticas criminales, si la población en su ejercicio anónimo lo ha permitido? Y muy seguramente, en las grandes disquisiciones históricas o económicas figuren los personajes que han contribuido a ese malestar social y al atraso general, pero ¿Dónde queda la contribución mínima del ciudadano en su labor íntima, cuando resuelve para mal situaciones tan poco determinadas como lo afectivo? o ¿Cuál cohesión social hay en los momentos álgidos del día, en escenarios violentos como el transporte público?

1.5 La urgencia de una nación moderna

A partir de las disertaciones de Castro y Restrepo (2008), sobre cómo la categoría conceptual de nación-modernidad surge en la colonia, se hace fundamental en la explotación de los recursos y la división internacional del trabajo en América, y a la vez, fue el soporte del esplendor europeo del progreso, mientras acá se padeció de todas las formas posibles; es preciso advertir que los imaginarios de la modernidad en Colombia alcanzaron cierto auge, aunque en condiciones mediocres y bajo las premisas de la industrialización y el desarrollo, lo que posibilitó una nación abrazada por un Estado que pretendía hacerla florecer, en torno a las categorías culturales de lo blanco y lo vertical. En principio, se producían las circunstancias para la enunciación de un Estado-nación colombiano.

Es así como Beissinger (2008), apela a Gellner en un discurso crítico sobre la conformación de los nacionalismos modernos e intenta resolver la pregunta sobre cómo los sujetos tienden a pertenecer a una nación y, en consecuencia, a sostenerla y defenderla. No en vano, los nacionalismos son más que acciones colectivas de los pueblos para identificarse unos entre otros, pues se contienen de sitios concretos y territorios que demarcan un espacio vital, el uso de los recursos, la interacción cultural y las delimitaciones en donde puede ser administrada la acción

social de la nación. Por tales motivos, los nacionalismos persisten, aunque mutan y cumplen ciclos en el tiempo.

Para poder clasificar las características de los nacionalismos en la historia y en el espacio, Beissinger (2000) afirma que la política es la columna vertebral de su razón de ser y en esa medida, el surgimiento de una lengua, el sistema educativo y la complejidad de la cultura, terminan dando forma a la estructura de nación y a su accionar en los diversos pueblos del mundo.

De ahí que los sentimientos de cohesión social, identificación con los demás y puesta en práctica de unos rasgos de semejanza en los comportamientos colectivos, dan norte a las acciones políticas que esos nacionalismos han demostrado en su origen y maduración. Ante ese empuje material de las comunidades, se activan emociones y expresiones que se enfrentan al Estado, como aparato catalizador y racionalizador de estos sentimientos.

Dentro de la lucha incesante entre las manifestaciones de la población y el control del Estado, los primeros aspiran a verse representados en sus demandas y los segundos a modelar los sentimientos nacionalistas, a través de mecanismos coercitivos, de persuasión o de consenso, quedando clara la actividad humana como la fábrica de naciones y nacionalismos, aunque el Estado y las élites que lo administran intenten subordinarlos.

A lo que Beissinger (2000) se pregunta ¿Cómo se llega a ser nacional y a pertenecer a una nación? Y al parecer, la respuesta se halla en la constante tensión que en muchos momentos confronta a la población nacional con el Estado, aunque en otras ocasiones se una a este para enfrentar amenazas externas.

La pregunta cobra sentido cuando se relaciona el fenómeno con Colombia, pues existiendo unos regímenes de colombianidad en constante lucha simbólica y material a través de la historia, como lo demarcan Castro y Restrepo (2008), es factible hablar aún de la construcción de una colombianidad que logre aglutinar y hacer dialogar esos regímenes hegemónicos, violentos y radicales, con otros aislados, subalternizados e invisibilizados.

Es la propuesta de una colombianidad que expresa el nacionalismo a través de la premisa de un Estado amplio, los idiomas, las formas de ser y la identidad cultural, por encima de las gigantescas y dolorosas diferencias reproducidas a lo largo del tiempo, desde tiempos coloniales y que atraviesan el territorio y la nación.

Y aunque es patente que, ese diálogo común de factores próximos entre los habitantes y subculturas se puede dar, todo aquello queda reducido a buenas intenciones cuando la disputa por el poder político, se delega a quienes han administrado el Estado desde siempre, alrededor de sus intereses particulares de clase y raza.

Es así como se les ha enseñado a los habitantes del país, que el ejercicio del poder y la administración de la riqueza producida no es una función de toda la comunidad, a través del trabajo, la participación, la movilización, la discusión, la propuesta y la vigilancia; sino que por el contrario es una labor delegable y sempiterna en manos de las élites y las hegemonías del poder, a espaldas del conjunto de la sociedad.

Así, surgen desde este contexto particular nuevos interrogantes ¿Cómo subsiste la idea de nación, territorio y cultura colombiana al unísono que sus recursos más básicos son robados y expoliados? y ¿Quiénes se atreven a enfrentar a un Estado gobernado de forma criminal, cuando tienen el riesgo de ser perseguidos, asesinados o desparecidos?

Por miedo o complicidad, la población en su conjunto no ha sido capaz de enfrentar bajo signos de nacionalismo real y complejo, a una clase dirigente que no pretende modelar a los habitantes, ni plantear una idea de nación, aunque parezca nacer desde las élites, sino tan sólo saquear el erario, vender barato los recursos, corromper las ramas del poder y en muchos casos, asesinar a quien se oponga a sus fines. En consecuencia, los que se han atrevido a retar ese poder delictivo han terminado sometidos, exterminados o haciendo gala de las mismas prácticas deleznables, para no desentonar con los que otrora atacaban.

Bessinger (2000) insiste en que las pugnas entre nacionalismo y Estado, generan formas de cohesión e identidad entre los pueblos, sea para defender el Estado-nación o bien sea para intentar atacarlo y destruirlo. No obstante, el nacionalismo que se opone no prepondera por una anarquía del poder o la disolución de los territorios, sino por la propuesta de otras formas de gobierno, acordes a las expectativas de la población inconforme.

Muchos estados, apelan a la confrontación internacional para unir a sus habitantes en torno a las causas del miedo a una invasión o a la esclavitud y, por tal motivo, la guerra interestatal no es más que una guerra nacionalista. En esa dinámica, las fracturas locales de la nación terminan por solventarse u olvidarse temporalmente.

De otro lado, internamente subyacen como necesidad de los estados modernos, los movimientos sociales que se encargan de recordarle a quienes administran el Estado, su función de cumplir con lo pactado en el acuerdo social, sin recaer en la asimilación ciega de los elementos estatales. El movimiento social será siempre una postura de oposición y debate que se potencia, cuando surgen las crisis institucionales que pueden derivar incluso, en el derrocamiento del gobierno.

Particularmente Colombia nunca ha vivido una confrontación interestatal, más allá de la insipiente confrontación bélica con el Perú en los años 30 o la ya tradicional disputa territorial con Nicaragua en el mar Caribe, y con Venezuela por delimitaciones marítimas y terrestres. De ahí que el nacionalismo del país, nunca se ha puesto a prueba por estas cuestiones.

Pero si se tiene que describir la situación interna del país, y afirmar la modernidad desde la consecución del Estado, el pacto político y los movimientos sociales, es pertinente decir que en Colombia el tercer elemento está en permanente discusión, pues aunque la división de poderes existe en un equilibrio al menos teórico y de allí en adelante se ha logrado establecer una carta magna, que plasme los deberes y derechos de todos los colombianos, la posibilidad de disenso frente al Estado y quienes lo gobiernan ha sido tan precaria, que sólo la violencia más brutal ha sido el argumento de sus administradores para eliminar la posición contraria y el debate emanado en los movimientos sociales.

En consecuencia, la represión del debate político y el desacuerdo sobre las formas de gobierno, trajeron consigo la aparición de virulentas facciones que han sembrado de terror el territorio a través de guerrillas, paramilitares o bandas de delincuencia común, desdibujando el escenario necesario de pugna política entre sociedad y Estado. El resultado ha sido el fraccionamiento de un proyecto de nación, el miedo generalizado a disentir y la tendencia a resolver todo conflicto a través de la agresión.

En síntesis, como lo afirma Bessinger (2000), se puede evitar el surgimiento de minorías violentas cuando la lucha entre los nacionales y el Estado está garantizada por la legalidad y la legitimidad, y los nacionalismos se aglutinan en torno a reforzar el Estado en términos de la democracia participativa, impedimento permanente en Colombia teniendo en cuenta que esa concepción, vista desde el poder de los gobernantes, se reduce a la aquiescencia, indiferencia o resignación por parte de la población.

El consenso cultural, democrático, político y económico entre el Estado y las fuerzas sociales, es la única forma permanente de evitar el escalamiento de las violencias de un sector u otro. En el país, sólo podrá ser posible ese acuerdo, si en la administración del poder hay otras visiones que tengan la oportunidad de gobernar.

1.6 Una identidad nacional primitiva e inconsciente

Es hasta acá claro que, la posibilidad de una colombianidad no se nutre únicamente de los elementos culturales, proveídos por la interacción de los sujetos instalados en un territorio y que devienen identidad y alteridad, también es evidente que los elementos individuales y psíquicos juegan un papel fundamental en esa construcción y que, a su vez, reproducen los imaginarios, concepción descrita en otros apartes de este texto, a partir de las construcciones simbólicas y lingüísticas de los sujetos en contextos determinados.

A partir de los imaginarios instituidos de historia, progreso, desarrollo y en general de modernidad, como reitera Castoriadis (2007), es improcedente confirmar una nacionalidad colombiana sin incluir la relación con el Estado, la economía y la política, y en este último aspecto, la elucidación de la colombianidad ha tenido unos caracteres complejos, enmarcados en los fenómenos de una precaria ciudadanía y una equivocada cultura política.

Así pues, se incluyen en este aparte otros aspectos de la personalidad del colombiano que, denotan las responsabilidades contenidas en la cotidianidad anónima para poder construir país y nación.

Trasegando por esos vestigios, son importantes algunas reflexiones con relación a dos aspectos fundamentales de la idea de Colombia como nación, por un lado, las reflexiones psicogenéticas y psicosociales que José Gutiérrez realizara en el amanecer de la década del 60 sobre el país y, en segundo lugar, las relaciones de estas disquisiciones con el presente, que han abarcado casi cinco décadas después de publicada su obra.

Por tales motivos, la obra original y poco difundida del escritor, se hace vigente cuando apenas se empiezan a comprender cómo son las dinámicas de la globalización cultural, que no contempla fronteras de ningún tipo, se interioriza a la fuerza la necesidad de apagar los fusiles de la guerra, después de medio siglo de sangre y fuego (el conflicto armado contemporáneo comienza

después de ser escrita la obra de Gutiérrez) y el deber social como imperativo, al conformar la memoria histórica colectiva e individual, que erradique la posibilidad de una nueva escalada bélica.

En síntesis, la academia y la sociedad en general, están en la obligación ético-política de ir tras las huellas de la colombianidad, para empezar por fin a tejer la identidad de una nación desmembrada tantas veces.

Así, es preciso articular las afirmaciones tanto de Gutiérrez (1966) como de Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000), que reconocen la necesidad de activar la voluntad interior en el sujeto, para reconocerse como integrantes de una familia, una sociedad, una nación y en general de una cultura de la cual se depende y se es depositario para subsistir, aportando a su estructura y engranaje.

Asimismo, los recuerdos personales que afloran en la intimidad y se alimentan de las experiencias contextuales de los sujetos, como lo atestiguan los autores, hacen parte de una memoria personal que se identifica con otras memorias particulares y edifican una incesante red de recuerdos, que integran la memoria colectiva, fundamento esencial en la construcción de civilización y cultura. Y como afirma Gutiérrez (1966), en la pobreza creativa de los colombianos, en cuanto al arte y los mecanismos que poseen para definirse, existe una enorme responsabilidad sobre la forma en la que se ven a sí mismos como individuos.

Es así como la intervención de la psicología, a partir de sus diferentes vertientes y metodologías, es necesaria para la comprensión de los sujetos en estado de individualidad y, en consecuencia, desde las relaciones establecidas con el espacio natural donde se desarrollan e interactúan y reproducidas con los otros que están allí. Es decir, la definición de los lazos sociales, económicos y políticos a partir de lo que son.

En este sentido, Gutiérrez (1966) ataca con dureza la distorsión que el colombiano tiene de sí, a la postre será la génesis de todos los males enraizados y cultivados desde hace siglos, simplemente agravados y vestidos con nuevas ropas.

En esa desviación se valora lo fútil y se desprecia lo esencial, las ideas farragosas de los interlocutores demagógicos, permiten fantasear en torno a una sabiduría espuria y el lenguaje se convierte en el primer vehículo que ensancha la frontera entre las clases sociales, permite el engaño del aristócrata falaz a través de su retórica pueril y admite extender hasta los confines más lejanos, la doble moral que siempre caracterizó al país, ayer y hoy.

De este modo, quienes se apropian arbitrariamente de formas y figuras inútiles en lo que redactan y vociferan, van eternizando las injusticias y la inmoralidad contenidas en un discurso que naturaliza la negación de la equidad, la exclusión y la discriminación rampantes. Mientras servilmente las masas desposeídas, asienten y reiteran su posición subordinada con otros discursos de admiración a quienes, por designio divino y nobiliario, detentan toda la estructura del poder.

La belleza de una disertación vacía, sólo puede ser desplegada por quien bien define su ancestro hispánico desde el atrio que le da el poder omnímodo, al ser propietario de los puestos públicos, de los latifundios, de la economía y por haber construido las relaciones herméticas y mafiosas con la gente "de bien", que posee las mismas características.

De ahí que en la relación cómplice entre desposeídos y poderosos, se hayan creado los mitos más absurdos en torno a la fortaleza de una democracia de papel y la sabiduría de una capital griega, abrigada por las montañas y no por los mares, derruida a pedazos por la ignorancia. No en vano, habrá otra nación con una nueva identidad, una verdadera, en la medida que se derrumben esos mitos y la población se enfrente a la realidad para proscribir a falsos sabios e intelectuales mentirosos.

Gutiérrez (1966) también es claro en describir la participación religiosa, como motor del atraso y estulticia, pues en la memoria amnésica que se padece como sociedad, no es permitido olvidar que la iglesia fue cultora de esa doble moral y a la vez fabricante de estereotipos sociales, al unísono de la discriminación y exclusión. Entonces el colombiano se "apena" por hablar, por exigir y se convence de la dirigencia política y pública como una extensión del favor divino, al cumplir con abyección y mediocridad lo que debiera hacer con prontitud, hacer llegar el Estado a cada habitante del territorio.

La iglesia católica como lo afirmara Vallejo (2007,) tiene una enorme deuda histórica con el mundo y con Colombia, pues el daño ocasionado es tan enorme que hasta hoy, parece imposible reponerse de signos tan perniciosos como la doble moral, la hipocresía social, la discriminación y el odio combinado con miedo, al contrario, al que es diferente. La iglesia enseñó a ver la vida y su metamorfosis con cobardía criminal, confirmando que la pirámide social implantada en la colonia, persiste de forma inmaterial en los espíritus y conciencias.

Adicional a lo anterior, es pertinente afirmar que la condición colonial persistente hasta hoy, en el espacio público y en el pensamiento, adora con esnobismo lo de otras latitudes, desde la cultura hasta la educación, pasando por lo social y lo íntimo, lo de afuera siempre resultó mejor, pues como afirmó Gutiérrez (1966), se enseñó a odiar lo propio y se terminó aceptando con docilidad los modos de vida siempre extraños, adaptados a vidas y contextos locales.

Permitir que lo hispánico y lo anglosajón en esta historia, fueran los paradigmas para construir la existencia, derivó en implantar modelos educativos fracasados en otras partes, hablar como los mexicanos, europeos o norteamericanos, adoptar el atuendo de otros y leer los libros de los extranjeros, rematando con la importación de los productos agrícolas y textiles que arruinarían a campesinos y trabajadores.

El desprecio a la cultura popular, a esta esencia y modos de ser, impuesto con facilidad por oligarquías y aristocracias, no sólo reproduce la distorsión de una población descompuesta, sino que amenaza con la condena a la perpetua relación colonial.

En resumen, el extremo pesimismo que devela Gutiérrez (1966) en su obra, confirma las tesis del marxismo clásico en torno a la crítica tanto teórica como práctica, que indica la construcción de las transformaciones necesarias en un sistema social decadente y así revelar las profundas fallas de una organización que se destruye, desde lo particular hasta lo estructural. Es así como no hay cambio posible en la interioridad como sujetos, ni como componentes de la nación colombiana, sin reconocer las enormes miserias que atraviesan esas vidas privadas y públicas.

Las profecías de Gutiérrez (1966), se hacen aterradoras en torno a una descripción de los individuos como sujetos de relaciones sociales, donde el lenguaje como principio comunicador se expresa desfiguradamente, el egoísmo criminal invade la existencia, el imaginario social se hace en extremo pobre y se adora primitivamente eso que viene de afuera, sin reflexión, con pasión y en un instinto basado en la abyección.

En ese orden, sin olvidar que Gutiérrez (1966) antecedería el camino sin saberlo, de la más profunda y larga tragedia sufrida por el país, dibujada en un sangriento conflicto armado que se alimentaría por la sevicia de guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes, se deformó aún más la imagen del país en el mundo y en la sociedad, elaborando una cultura (que ya provenía del pasado) de lo criminal y definiendo para mal, la forma en que se produce nación.

El relato desalentador del autor no sólo es congruente, sino que se queda corto en lo que vendría después para Colombia y dejaría al país muy lejos, de unos mínimos básicos de convivencia y bienestar. Y así, en este complejo conjunto de creencias y costumbres que exaltan al extranjero y al dueño del poder a un nivel de seres divinos, simultáneamente se empobrece la autoestima como individuos y componentes de una cultura colectiva que posee unos símbolos rescatables, pero que se invisibilizan desde arriba y se menosprecian en la base.

Ya Gutiérrez (1966) lo advertía con elocuencia, sin la afirmación de una cultura popular que emane desde sus principios la autenticidad en la forma que comunica, en la que elige a la dirigencia, en la cual diseña un sistema educativo con base en necesidades propias y su identificación como comunes, es imposible un proyecto viable de nación.

En esa vía, sin destruir la pirámide social que existe en la psiquis, será más difícil desmontar la existente en las instituciones. De ahí la necesidad de horizontalizar las relaciones con los otros, incluyendo al Estado, posibilitando la elevación de la cultura popular como política pública en la definición de país.

Sin embargo, en la vida política existe, desde la supuesta evolución republicana hasta hoy, la idea rígida del caudillo como fin último a la solución de los problemas cotidianos, que tienen relación con los poderes públicos, la vida en sociedad y la distribución de la riqueza. Una figura colosal y religiosa configurada en torno a toda superioridad, para destruir al enemigo interno y transitar hacía el estado etéreo de felicidad, la metáfora más cándida e imposible que reemplaza la credibilidad por la credulidad como lo reitera Yunis (2003).

Como afirma Gutiérrez (1966), el caudillo autoritario no sólo encarna la consumación del poder político, sino que tiene la potestad de descargar de responsabilidad política al ciudadano de a pie, posee la capacidad mística de reconocer el pensamiento de los otros y entender lo que requieren, necesitando sólo de la fe ciega y el fervor para el paso al Edén terreno, un paraíso que comunica con las otras deidades que se hallan en un nivel celestial, prometido por el discurso vacío de la iglesia católica.

El caudillo celebra con los otros fetiches cristianos posados en el santoral, enarbola las mismas banderas de la redención, miente y aleja de la realidad, promete con vehemencia lo que no podrá cumplir e infla de pasión violenta los corazones de sus seguidores hasta la locura.

Así, el líder deja como herencia, las bases del más cruel e intolerante ideario cimentado en un nacionalismo sectario. Los "pájaros" de ayer supieron interpretar el mensaje materializado en masacres, cortes de franela, violaciones, descuartizamientos y una y otra ola de desplazados. Otros se adueñaron del criminal testamento, enviando en clave a los paramilitares de hoy a cometer los mismos desmanes y vejámenes. El caudillo sólo se vistió de otros atavismos, pues sometió a la hemorragia moral, a una nación en nombre de los más elevados fines, la historia no cambió.

Y en ese horrendo escenario, los fanáticos de ayer y de hoy justifican los más desviados delitos en nombre del fin último, el cuidado del trono cristiano, la extinción del fantasma comunista y el resguardo de este retorcido sistema moral.

Esa felicidad primitiva, religiosa y pobre en últimas, debido a lo egoísta y plana de su forma y contenido, no sólo adquirió la sevicia de los integrantes de un bando y otro, sino que trivializó los más básicos valores que cualquier comunidad debiera tener; la preservación de la vida, el respeto por el otro y la convivencia como líneas básicas de entendimiento. De esta forma, la cultura violenta que ya adivinaba Gutiérrez (1966) en su obra, simplemente llegó a unos niveles de sevicia insospechados, tanto en los seguidores de los caudillos, como en los que se les oponían, igualmente fanáticos y violentos.

Durante décadas el país vivó el surgimiento de "creativos" fenómenos criminales, los nuevos superaron a los viejos, y en consecuencia hasta el día de hoy, no se ha podido reponer de una creciente actitud y beneplácito hacia la fechoría y el relajamiento moral en todos los campos de la vida. Gutiérrez (1966) no lo sabía en su obra, pero subversivos, paramilitares y narcotraficantes hicieron gala de la más desgarradora innovación en sus prácticas delictivas, ya fuera para eliminar, al contrario, para aterrorizarlo o simplemente para imponer su poder fatal en la sociedad.

Toda esta implacable gama de sufrimientos sociales padecidos y que se alimenta de forma cómplice, ha sido potenciada sin cesar por los canales mediáticos que sostienen intrínsecas relaciones con quienes tienen el control político y económico. El papel de los medios de comunicación, también ha sido determinante en esta degradación cultural, social, ética y política.

De este modo, es necesario ampliar otros aspectos fundamentales de la obra de Gutiérrez (1996) sobre las implicaciones individuales y colectivas de la colombianidad. De ahí que sea

importante articular elementos como la cotidianidad, la estructura del deseo y la visión interior que el colombiano tiene de sí. Por eso las intenciones del autor, al definir un estudio psicoanalítico del colombiano son útiles, pues en la medida que se reconozca lo que es el sujeto identitario, es factible rehacer los lazos sociales que definan la alteridad para la construcción de nación y nacionalidad.

La manifestación primitiva del deseo en Colombia, se relaciona con los estudios generales sobre cultura política, la ciudadanía y el origen de la violencia, pues se han definido variados elementos que dan cuenta del origen de un conflicto armado sostenido, no sólo en cimientos de tipo político, sino también cultural, social, jurídico e incluso biológico.

Sin embargo, la obra de Gutiérrez (1966), por demás desconocida y poco divulgada, apunta a desentrañar elementos que se relacionan con las interacciones simbólicas y lingüísticas, pero que demuestran también las formas en las cuales se percibe a sí mismo el colombiano, sus expectativas frente al mundo y el modo en el cual edifica trascendencia como individuo y en comunidad.

Es por ello que, el lenguaje sin duda es el dispositivo que aproxima la dimensión psicológica del sujeto y su exterioridad, léase, los demás sujetos, la naturaleza y el conjunto social o, en otras palabras, la comunicación entre individuo y cultura. Y en esa dirección, con Gutiérrez (1966) se confirma la deformación generada al nombrar las acciones o las cosas por parte del colombiano anónimo, implicando también la distorsión de sus relaciones sociales y una equivocada construcción de la escala de valores, que conforma el código ético de las sociedades.

¿Es posible entonces afirmar que la relatividad moral del colombiano, parte de la incomprensión de su realidad y de su distorsión lingüística?

Sin lograr responder tajantemente, Gutiérrez (1966) asevera que al confundir los conceptos con los que se nombran acciones y objetos, se demuestra el contenido primitivo y poco amplio que habita la estructura de deseos y expectativas. El “provocar” como expresión de un apetito y no como producción de un acontecimiento, no sólo demuestra la tergiversada forma en la que el colombiano observa la realidad, sino el límite animal en el cual se proyecta lo que quiere y el lugar a donde pretende llegar. Confirmación expedita y desafortunada, de una de las más elocuentes carencias, la ausencia de una educación del instinto, extendida a la falta de educación sexual, estética y política.

Ante una psicología del placer tan pobre, como lo afirma Gutiérrez (1966), la satisfacción del instinto y la pasión violenta con la cual se rige el destino individual y social, degenera en las peores violencias que ya se conocen, pues el apetito rebasa los valores espirituales, basados en el discernimiento, la exaltación de lo diferente, la validación de las otras culturas y el diálogo como manifestación social.

Sin embargo, en la doble moral del colombiano y en su desconocimiento de los placeres más elevados, estos terminan siendo reprimidos por los más básicos, defendiendo entonces la forma y la buena apariencia ante otra distorsión que compone el código ético de la interacción social, la obligación del acto, desprovista de la legitimación interior y anteponiendo la obediencia al miedo, antes que al deber ciudadano como norma consensuada. El colombiano anónimo trabaja, vota, tiene familia, compra vivienda, paga sus impuestos y vive en comunidad porque le "toca" y no porque debe hacerlo.

En síntesis, sin actuar bajo el signo de la autonomía y la voluntad propia, la violencia del instinto primario aflora, en los momentos en los que el sentido crítico debe imponerse como mecanismo de resolución de elementales y complejos conflictos; en el transporte público, la celebración del partido de fútbol, la fiesta del día de la madre (el más violento en Colombia), la elección de los poderes públicos y en un sinfín de actividades anónimas y cotidianas, que nos devuelven a los más bajos grados de incivilización, y aún peor, a los niveles más altos de deshumanización e indiferencia por fenómenos aberrantes como el desplazamiento forzado, las masacres, las ejecuciones extrajudiciales, la desnutrición infantil y la corrupción en todos los sectores y niveles.

A esta distorsión del lenguaje, a la exaltación de los placeres primarios y violentos, y a la incapacidad de elevar la mirada, le compete una responsabilidad central al sistema educativo, castrante e impuesto, pero también a los medios de comunicación que han contribuido a reforzar tal desfiguración, desde los escenarios de la ficción y la producción de información como ya se dijo.

Ante todo, el escenario de los medios de comunicación es crucial en el entendimiento de la nación colombiana y en la generación de colombianidad, pues ajustados a su tiempo, la prensa, la radio, la televisión y la internet, han cumplido un papel fundamental para mal y para bien, en la modelación del sujeto individual y social.

Al trasegar de los años, los medios masivos se han construido y han visto agigantar su poder a partir de la sociedad misma, de ese modo, existen con todas sus fantasías banales, la consolidación de estereotipos y reproduciendo una infinidad de violencias que no nacen del atrio omnímodo del propietario del medio, sino de lo que se solicita a gritos desde la cotidianidad para que aparezca en el programa radial o televisivo.

Al afirmar a Colombia como un país de emociones mal canalizadas, Gutiérrez (1966) asegura que en este ser social e individual, habita una patología de unas complicaciones profundas y por tal causa difícil de nombrar, de diagnosticar y de hallar una cura. Aunque también confirma que nace en la psiquis social de este país y se extiende a los cuerpos, como no reconocido y en consecuencia imposible de tratar. De tal modo, al negar la dolencia, esta permanece allí, se extiende y se hace potente ante cualquier antídoto.

Esta depresión que nace en los albores de la historia moderna europea y que implica comprender los innumerables vejámenes, a los que fueron sometidos los habitantes de estas tierras, ha sido acallada por distintos motivos en el tiempo, a tal punto que, en la negación de su presencia, se asegura su inexistencia y se autonombra cínicamente como el país más feliz del mundo.

Ante tales padecimientos de tipo emocional y psicosocial, se acude a la respuesta fácil del servilismo y el esnobismo, pensar que las soluciones externas vendrán para la salvación incluso de sí mismo, es una reacción permanente en todas las dimensiones del ser colombiano, no en vano se explica que la figura del caudillo y la adoración a todo lo que venga de afuera, son representaciones no sólo del descrédito a lo propio, sino muestra de la solución externa que se compadece con este carácter confesional y beato, aunque este se mimetice en otros atavismos.

Por tales motivos, aunque la fiesta es una posibilidad de aglutinamiento en una sociedad tan rota por dentro, donde las fronteras entre todos están a la orden del día, esa configuración de la celebración que pertenece a su vez a un constructo latinoamericano general, posee unos componentes que no permiten la amplitud del jolgorio como manifestación del alivio o la catarsis, sino como extensión del dolor que aqueja y es exteriorizado con violencia en medio del espectáculo.

Así, Gutiérrez (1966) describe la exacerbación de lo hedonista a través de la “llenura” que no contempla la alimentación, sino el abotagamiento que conduce al displacer. La brutalidad de la

“jinchera” etílica que no permite el goce, sino la exaltación de lo más primario y, en consecuencia, el hartazgo como representación del vacío interior, produciendo como colofón el guayabo, clave de la depresión interna y colectiva que se carga a cuestas. La fiesta se hace lúgubre y trágica en medio de las victorias pírricas de la nación, apropiadas en el deporte, la política y la cultura.

La deformación del lenguaje y lo que este activa en la cotidianidad, demuestra que en el fondo se busca el dolor y ese masoquismo diario, acomete el placer con prácticas en realidad ascéticas, conformando la existencia en torno al miedo y la culpa, para exaltar al líder autoritario, para despreciar el conocimiento y abandonar lo propio.

Entendiendo que el estudio de la psiquis colectiva del colombiano, realizada por Gutiérrez (1966), es un avance significativo en la comprensión de lo que son los sujetos individuales y colectivos, es preciso estipular las patologías más agobiantes y crónicas, pues sin ese diagnóstico no será posible volver a rehacer el tejido social, que asegure al país como nación y cultura autóctona en el futuro.

Estas enfermedades psicosociales consisten en primer lugar, en la distorsión naturalizada del lenguaje en el tiempo y activada en todos los escenarios públicos y privados, sin mayor reflexión y de manera inconsciente. Palabras que nombran acciones y objetos de forma arbitraria o contraria a lo que significan, implican sin medida una distorsión ética de las acciones también normalizadas en la cotidianidad, degenerando en vicios terribles y no reconocidos como la doble moral, la reacción violenta y apasionada ante la dificultad, la reverencia al extranjero, la sumisión al caudillo y el desprecio por lo propio.

Es preciso también, establecer las causas de la exaltación de valores equivocados en la configuración de este pueblo, la pobreza de los objetivos como país y la equivocada manera en la que se comprende la celebración y la fiesta. pues al parecer, todos estos son signos que comprueban una represión del deseo y, en efecto, un agravamiento de una depresión histórica no aceptada y mucho menos tratada.

1.7 Una precaria cultura política

En el mismo cauce, sobre la comprensión correcta de los comportamientos individuales y sociales del colombiano, surge la necesidad de analizar los orígenes y los entresijos de la formación política en el país, asumiendo que de su fuente provienen los primeros y más terribles vicios de la

dirigencia gobernante y que sin duda, han permeado al individuo común, extendiéndose a las otras esferas vitales de este proyecto de nación: la cotidianidad, la familia, la educación y en general, la cultura.

De ahí que Perea (2009), intenta analizar no sólo una de las épocas más crueles y de mayor descomposición moral en el país, sino que desenmascara las raíces culturales que dieron paso a una supuesta dualidad que escaló hasta el éxtasis, el odio de dos bandos en clave de destrucción absoluta, y aún peor, exponiendo en el frente de batalla a los fanáticos anónimos de dos sectas peligrosas y asesinas, liberales y conservadores, pero no a sus líderes tradicionales que siempre se repartieron el poder clandestinamente.

Hoy como nunca, los colombianos se preguntan si es posible superar la espiral sangrienta de violencia, en la que se han instalado y acomodado como pueblo durante toda su historia. Es deber ahora, porque ante la impavidez e indiferencia repetidas, se observa a través de las pantallas cómo se desmorona la única posibilidad de reconciliación, al menos en lo que se refiere a la destructiva violencia política generada hace mucho por el mismo Estado, el bipartidismo, la insurgencia, los narcotraficantes y los paramilitares.

Los acuerdos firmados en la Habana, fueron hasta muy poco, una esperanza real que dejaba atrás no sólo un conflicto armado con una de sus fuerzas principales, sino un hecho sincero del Estado que también dejaba en el pasado las numerosas traiciones a la insurgencia, que frustraron un verdadero diálogo y potenciaron la guerra hasta sus límites más obscenos.

Sin embargo, teniendo en cuenta que para alcanzar tal sueño es imprescindible el compromiso de toda la sociedad, se ha revelado que algunos sectores poderosos detestan la posibilidad de la paz política, mientras el gobierno de turno se queda perplejo y con intención o sin ella, incumple los pasos más sencillos, pero también los más complejos del acuerdo e infortunadamente, la sociedad civil se paraliza al no manifestarse con determinación para que la quimera no sea arrebatada. Así, simplemente en su ignorancia e indolencia violenta, la población se posa incólume a la espera de las fuerzas reaccionarias y poderosas del pasado, en su retoma del viejo camino de la guerra.

Es en esta medida que Perea (2009) apunta con certeza hacia la sociedad civil, componente fundamental de una cultura política, aunque sería más apropiado denominarla sociedad anónima,

siempre a la espera de las soluciones fáciles y externas, para que le sean resueltos los más sencillos y complejos problemas.

Una sociedad dividida en torno al tema vital de la paz, devela un carácter contrafáctico y es la revelación de una nación condenada al fracaso y al ostracismo, a raíz de la locura bélica en todos sus niveles, pues reafirma a diario que la sangre es espíritu y que la extinción del contrario es lo que resta como fin último.

La herencia perversa de una personalidad confesional, como origen del desangre y la fragmentación civil, es una de las líneas discursivas fundamentales en la investigación de Perea (2009), estableciendo así tres categorías conceptuales para definir el accidentado avance de una cultura política en Colombia hacia la década del 40: religión, sangre y desciudadanización.

En esa dirección, es preciso aseverar al fervor religioso como la premisa básica que degeneró en las más crueles violencias de tipo partidista, pero también convocó la desconfianza en los demás para la construcción del tejido social y de ahí, se definió la sangre como el vehículo de comunicación y destrucción del oponente, del que era diferente.

Este legado arcaico que, contempló la evangelización de los territorios americanos a sangre y fuego, y que legalizó el genocidio de 30 millones de indígenas, además del saqueo general y la violación en masa que conllevo al más profundo mestizaje de tres razas tan disimiles, es la base antropológica e histórica fundamentada en el fervor parroquiano, que permitió los más terribles crímenes en los 40 y 50, y que aterra con regresar con toda su fuerza en el siglo XXI.

Es así como una modernidad integral, no implica únicamente la incorporación como país a un proyecto económico que reproduzca las libertades de tipo comercial, la educación como motor de desarrollo de toda la sociedad, el fin de la guerra permanente o la actualización de la vieja infraestructura vial, comercial y portuaria, que comunique todas las regiones del país. Esa modernidad, como afirma Perea (2009), implica el establecimiento de una ciudadanía diversa y aglutinante a la vez, que permita el direccionamiento de una cultura política inclusiva.

Pero para permitir la modernidad cultural, es preciso establecer las causas del atraso que se enquistan al parecer en un arcaico carácter peregrino, germen de todos los miedos y violencias reproducidos a lo largo de la historia, siendo así como la defensa de la tradición desconecta con lo nuevo, lo heterodoxo y lo cosmopolita. Cuidar la tradición en Colombia, significa poner en el

centro de la discusión al Dios medieval que castiga y reprime, involucra la intolerancia y la justificación de distintos vejámenes, como medios para salvaguardar la cristiandad como fin.

De este modo, se permitió ayer y hoy en los púlpitos, se ordenara la masacre de los liberales o que los curas de ciertas zonas del país, bendijeran la labor paramilitar para extirpar el "cáncer" comunista y ateo. Es sin duda, ese carácter religioso un elemento originario del odio y la violencia en contra de lo diferente y lo diverso. No en vano, aunque el extremismo católico ha mutado a otras manifestaciones religiosas de tipo protestante, el sectarismo es esencial en el análisis de la colombianidad como fenómeno cultural.

Es claro entonces el dualismo establecido por lo religioso, como elemento básico en las guerras desarrolladas por los partidarios enfurecidos, que defendieron las banderas azules o rojas sin igual en aquellos tiempos, cuando en los manteles del palacio presidencial o en los recintos ocultos del congreso, acordaron los jerarcas de uno y otro bando para disentir en la razón, mientras sus partidarios se mataban insuflados por el odio.

Así, la estigmatización del contrario fundamentó las ideas de Estado, comunidad, país y mundo, desde la plataforma del partido político, categoría codificada en las viejas bases de lo doctrinario y que potenció la alienación hasta los límites de asesinar a niños, mujeres y ancianos en nombre del partido y de Dios.

Las hordas liberales gritaron una y otra vez que los conservadores atrasaban al país y lo condenarían a una eternidad colonial, al unísono, los conservadores imprecaban a sus enemigos rojos bajo el epíteto de ser hijos de Satán y de llevar a la nación al apocalipsis ateo.

No distando mucho, después de casi un siglo, tal sectarismo se hace anónimo y cotidiano en el accionar de los barristas adolescentes que pierden su vida en la defensa del estandarte de su equipo de fútbol, los sicarios que bendicen sus balas frente a la estatua de la virgen antes de cometer un homicidio, las madres de familia que justifican la pedofilia del párroco del barrio, en nombre de su fe o la añoranza de la vuelta al poder por parte de los delincuentes más infames de la historia nacional, so pretexto de la defensa de la familia. Todas las anteriores, demostraciones de unas ciudadanías arrojadas a la deshumanización, la fragmentación y el miedo por el otro.

1.8 La identidad colombiana en las narrativas mediáticas

Teniendo en cuenta que, es necesario desarmar los discursos binarios en la historia colombiana, consistentes en oponer soluciones infalibles a males indestructibles, el bando de los mártires al de los abyectos o las influencias benignas a las nefastas, ha de comprenderse la responsabilidad histórica de todos los participantes, individuales y colectivos, en la construcción del proyecto de nación. En consecuencia, haciendo más viable edificar los puentes que lleven a los diálogos necesarios y las aproximaciones a la verdad histórica, no sólo en las bases de la violencia armada, como ya se dijo, sino en los cimientos de una cultura ubicada en unos territorios, acciones y tiempos específicos.

Por tales razones, se asume como un análisis que surge de la observación y comprensión de los sujetos en estado de intimidad, su interacción simbólica y lingüística; en el comportamiento cotidiano, y en los signos tradicionalmente olvidados y dibujados, de una incesante gama de subculturas periféricas que se esconden detrás de una hegemónica, rota y obligada a escuchar.

Así, es justo incorporar otros elementos que hablan muy seguramente con mayor precisión de esas culturas subalternas, halladas en entornos rurales, urbanos, escolares, públicos, laborales y en otro sinfín de lugares por estudiar.

De tal forma que esa cultura de masas, invisibilizada unas veces y trivializada otras, aparece con fuerza en todos los contenidos que fluyen con incansable perpetuidad, en los medios de comunicación. Y si se requiere esa aproximación a la verdad, que identifique política y culturalmente a este pueblo, es cierto que los medios de comunicación tienen una responsabilidad directa en el desarrollo del conflicto armado, como otra serie de deudas con la sociedad que consume sus contenidos a diario.

Asimismo, es innegable que su crecimiento económico y legitimación parte del aval constante que la misma sociedad les ha proveído. Por eso es necesario recurrir a Rincón (2006), quien no sólo emite un juicio claro sobre el papel ético, mercantil y cultural de los medios, sino que también posiciona el rol de los consumidores frente a estos, quienes deifican su existencia y les delegan un creciente número de funciones que le competen al sujeto; la educación, la ética, una visión estética, una posición política y la composición de cultura. Así, como ya se dijo, la sociedad es lo que consume en los medios y son los sujetos quienes definen qué aparece y circula allí.

En este sentido, es claro que este fenómeno no se puede imputar a un solo factor, ya que muchos de los comportamientos primitivos, violentos o simplemente pueriles que poseen los colombianos frente a lo que ocurre en su país y en el mundo, por lo menos en los últimos 30 años, esa entretención del pensamiento, la subordinación a lo trivial y el escape a lo fundamental; ha de atribuírsele en parte a los medios masivos, que contrario a lo requerido, vacían de significados existenciales, emocionales y culturales los contenidos que circulan en las pantallas y plataformas.

De ahí que, se debe adicionar el dominio de los medios a los poderes omnímodos del Estado, hoy en constante crecimiento y con una posición político-económica clara, al establecer una visión unidireccional y con función de reproducir al infinito el sistema de mercado. Aunque con una potente competencia en el universo de la Internet.

Una dinámica que nació con otros intereses hace décadas y con la intención de vigilar la trasparencia de los otros poderes públicos, pero que hoy ante la concentración del capital y la corruptibilidad de la política, se une al ejercicio de la distorsión de la verdad, el tráfico de influencias, la privatización de los recursos públicos y la disuasión de la movilización, haciendo muy difícil el ejercicio de verdaderas democracias en el mundo y con especial gravedad en Colombia.

En ese orden, Rincón (2006) afirma que fundamentalmente existe una dependencia a las pantallas y a los medios, porque existe una constante búsqueda del relato, la narración de sucesos definida desde las vidas de los sujetos, máxime cuando en tiempos contemporáneos los otrora relatos orientadores de la ciencia, la religión o la modernidad, han caído al vacío de las promesas incumplidas y en reemplazo de esa frustración, la narración mediática emerge como aliciente al consumidor-ciudadano.

Esas significaciones que no pueden ser ubicadas en la realidad, bien sea porque no interesa buscarlas o porque no están presentes, son recreadas en los contenidos mediáticos hoy incrementados con la movilidad de internet. De esta forma, aunque la telenovela o el reality se hallen lejos de la profundidad de emociones o razones, proveen la capacidad de entretener y hacer soñar, castrando al sujeto de su ser político, estético y ético.

Los consumidores de telenovelas, seriados y realityes en Colombia, aún aspiran a encontrase con la fortuna y buena suerte de los protagonistas de esos relatos, aunque en la realidad

los códigos que dirigen el ascenso social estén cerrados y negados para ellos. Sin embargo, el crecimiento exponencial del relato narco y la sicaresca en la literatura, el cine y la televisión, significantes opuestos a los contenidos de la telenovela clásica, implican en la realidad y en la representación, que esas clases oprimidas o excluidas tiene una oportunidad de acceder al "bienestar" inalcanzable antes. Las dudas surgen cuando los medios de comunicación condenan el delito o la corrupción en el noticiero, pero la aprueban y legitiman en la ficción.

No obstante, Rincón (2006) es preciso en afirmar que es insuficiente develar las intenciones de los dueños de los medios, en el constante proceso de alienación y de distorsión de la realidad que sufren los ciudadanos, en el relativismo ético-político originado en la opinión de los que informan y en los contenidos de ficción, en la puerilidad ideológica de los discursos y en un sinnúmero de anomalías más, pues la relación entre sujetos y medios es aún más compleja.

Es necesario, desde su perspectiva, entender por qué el relato mediático da sentido a las necesidades comunicativas del consumidor, deconstruir la sociedad del entretenimiento, sin deducir su eliminación; cuál es el trámite que se da allí al sistema de signos, símbolos y deseos, y entender que, a fin de cuentas, los individuos contemporáneos son sujetos mediáticos.

A través de las narraciones periodísticas, publicitarias y ficcionales es posible comprender cómo los medios producen colombianidad, implicando en ello toda la escala de valores negativos que se diseminan en esa interacción medios-sociedad, pero también cómo se potencian elementos de identidad, etnicidad, nación y nacionalidad. Aunque en esa interpelación, siempre se aspire a conformar unos niveles mínimos éticos, estéticos, ciudadanos y democráticos, por encima del ímpetu del mercado y la ganancia.

De esta forma, Rincón (2006) estipula que el desarrollo de unas culturas mediáticas es irreversible, entendiendo desde ahí que surgen nuevas formas de subjetividad, ciudadanía y comunidad, a partir de otros mecanismos de comunicación y elaboración de metáforas en la sociedad. En esa vía, lo que antes parecía pertenecer a lo estrictamente local o particular, se hace público, y lo anónimo y cotidiano empiezan a obtener un espacio que alcanza para instalarse en el mundo virtual incluso.

La posibilidad de ser descrito y relatado cobra vida. De ahí que la proyección individual y colectiva es posible en las pantallas y en las plataformas, a través de narraciones que, de todos

modos, no buscan la representación de la cultura popular, de las grandes artes o de valores trascendentes, tan solo la exaltación de lo banal, haciéndose así necesaria la interpelación social al medio, al contenido y a la marca.

Hasta hoy, la televisión es el referente de la comunicación social, incluso con la ampliación y complejidad de internet, la televisión continúa siendo la premisa desde la cual se encuentran las grandes masas, que tiene como ningún otro medio, la capacidad de contar historias y atrapar en emociones colectivas.

En esta medida, las aristas que componen la figura compleja de los medios, versan en el entretenimiento que representa y distrae a la masa social con sus orígenes y caracteres. El contar historias, con un sinfín de relatos que identifican y acercan a la población. La industria cultural, como negocio que se funda en la creación de ideas. Y los contenidos, que implican unos modos de narrar y de hacer símbolos sociales a través de una permanente actualización.

Con base en lo anterior, si la interpelación no consiste en la eliminación de los medios, ni del entretenimiento, debido a su función disuasiva, comercial y alienante, pero también a su motivación colectiva, del encuentro que supone y de la creación de cultura; entonces esa acción discursiva implica preguntar a consumidores y propietarios de medios sobre los elementos latentes y manifiestos, que integran lo que circula en los medios: ficción, periodismo y publicidad.

De ahí que valdría la pena preguntar, sobre todo en lo referente a la televisión abierta en Colombia, si existe un hilo conductor que presupone un único discurso en esas tres modalidades de relato, implicando la exaltación del mercado, un aparato ideológico hegemónico que niega o reduce la diferencia, un nivel relativo en lo ético que desborda la deshumanización del sexo, del cuerpo, la guerra, la mujer, la niñez, entre otros. Y si, a fin de cuentas, la velocidad y estimulación de lo que allí circula, minimiza las posibilidades de pensamiento crítico.

Es en conclusión, lo que propondría una verdadera educación en medios, instituida para la validación de la democracia, la participación, la cultura popular en Colombia, la formación política y la posibilidad del disenso, sin anular el entretenimiento, ni la distracción que han posicionado a los medios de comunicación hasta ahora.

Sin embargo, retornando a la premisa que asevera a la sociedad como juez y proponente en lo que circula y se dice en los medios de comunicación, es necesario que sea la primera depositaria

en formación política, pensamiento crítico y educación audiovisual, pues las decisiones del Estado frente a una ley de medios o al control que se debe ejercer sobre estos, no es suficiente si la comunidad no está preparada o simplemente no desea que los contenidos de los medios, se especialicen en otros temas de vital importancia.

Es la sociedad en su conjunto la que debe exigir en la televisión, la radio, la prensa e incluso internet, una interactividad mayormente horizontal para relatar a Colombia y al colombiano, desde unas estéticas que superen el humor racista, el machismo, la violencia cotidiana, la ignorancia política, el estereotipo de pobreza, la deshumanización de la guerra, la defensa del discurso hegemónico, la sexualización de los niños, los regionalismos nocivos, entre otros aspectos.

En los medios deben aparecer dentro de la ficción, la noticia y la publicidad, los relatos de las víctimas de la guerra, la injusticia social, las vivencias de las gentes en la periferia de la ciudad, los relatos de las mujeres campesinas, indígenas y cabezas de hogar, el humor dignificante y crítico, así como la posibilidad de contar al país desde un ánimo objetivo. Nada de esto debería ir en detrimento del negocio, pues es lo que defienden los propietarios de los medios.

1.9 Contra una identidad sin asidero

Esta investigación que, como ya se ha dicho, tiene por objeto configurar la categoría de colombianidad desde aspectos en la historia, la cultura, la sociedad, los medios de comunicación, el Estado y la nación, articulando sus límites y posibilidades, ha de nutrirse también de argumentos y posiciones que la niegan tajantemente, a la vez, válidos y sustentados desde las prácticas sociales y la academia.

Es así como Melo (2006) contradice la idea de identidad nacional, haciendo un preciso recorrido histórico, en el cual plantea el debate desde la inexistencia de tal concepto, hasta la profusa aparición de innumerables acepciones, prácticas, variaciones e incluso paradójicas definiciones de esta en el tiempo. Haciendo hincapié en la falta de precisión y objetivos, en torno a su búsqueda a través de la nacionalidad colombiana.

Desde esta aseveración, el autor recorre los orígenes de la identidad en los albores de la modernidad, que dejaba fenecer la oscuridad medieval y edificaba en los valores de la libertad, la raza y la supuesta superioridad europeas, una justificación de la hegemonía blanca que en la arbitrariedad militar, impondrán un profundo y cruel sistema de aculturación alrededor de la cultura

nacional, puntualmente ejercida por las nacientes Francia e Inglaterra, en la que se opusieron con violencia las ideas de civilización y barbarie.

Aterrizado tal contexto de metrópoli y periferia, Melo (2006) sostiene cómo en el territorio colombiano el desprecio por el mundo indígena y lo que este emanaba; negros, mulatos, zambos y mestizos, generó la idea de la cultura verdadera, europea y conquistadora, sobre la falsa, americana y vencida, conduciendo a dos posiciones igualmente excluyentes y violentas respecto al mundo nativo americano: la conservadora, que extrañaba el mundo colonial heredado por España y la liberal, que proponía estrechar relaciones comerciales y culturales con Inglaterra y Estados Unidos, como adalides de la libertad y el progreso.

Sin embargo, el autor precisa que algunas tendencias progresistas abogaron por la integración de una cultura popular, contenida por todas esas etnias subalternas e invisibilizadas, defendiendo al mestizaje como raza universal e inacabada que sintetizaba todos los orígenes, dando cabida a lo que Melo (2006) llama como el mito de la cultura común y la nacionalidad.

Desde ese momento en el país, surgieron una gama de tendencias y corrientes que erigieron a la identidad, como un derrotero relacionado con la consecución de las ideas de nación y nacionalidad colombiana.

Melo (2006), describe la labor de intelectuales de su época como Virginia Gutiérrez, quien logró establecer a través de un estudio cultural que, en Colombia para ese entonces existían cuatro grandes complejos raciales caracterizados por particularidades en su comportamiento y contexto geográfico: la sociedad cundiboyacense, la sociedad hispanizante de Santander, las sociedades antioqueñas y el complejo costeño fluvial.

De otro lado, reseña a Jaime Jaramillo Uribe, como exponente de los rasgos colombianos a través de la descripción del individuo en un inapropiado y temprano mestizaje, la carencia de extremos ideológicos y la preponderancia de las diferencias regionales; así como en su momento Baldomero Sanín lo hizo con las concepciones vacías, según Melo (2006), de colombianidad y americanidad.

Melo (2006), en su trasegar historiográfico, insiste en evidenciar las imposibilidades de una nacionalidad única u homogénea, pues entre otros factores, es obvio que los regionalismos fueron exacerbados hasta el presente por los imaginarios de linaje, ancestralidad y raza, emplazados a su

vez por las guerras civiles vividas en el siglo XIX y parte del XX, y recreando una insuficiente mitología esencialista, relativa a la nación que pregonaba la unidad ideal, mientras materialmente se despedazaba y se desangraba el territorio.

De otro lado, y aunque los ataques de Melo (2006) se sostienen a través de su disertación, colige en que los pueblos si construyen lazos comunes de diferente índole, que desembocan en un complejo entramado cultural, fundamental en unos casos para facilitar el trabajo del Estado, en su ejercicio de unificar a la nación a partir de unos objetivos políticos, sociales y públicos; o en otros, para resistir frente a la ocupación extranjera y sostener la identidad cuando se está sometido al exilio o a la ausencia de territorio.

De este modo, es pertinente afirmar desde el autor, la plausible emergencia de unas culturas particulares surgidas en los territorios, que en esa vía engendran una historia cultural de los pueblos, base de los afectos y las emociones que conforman el sentimiento patrio, el sentido de pertenecía y en síntesis la identidad popular. Aunque es claro que es imposible hablar de colombianidad, debido a la fragmentación y variación de esos lazos identitarios en el país.

De todas formas, la diatriba de Melo (2006) es sustancialmente contra el concepto difuso y multifacético de identidad, que ha sido mal entendido a través del tiempo, mal aplicado o simplemente enunciado en un confuso divorcio entre lo que enuncia y lo señalado en la realidad.

Melo (2006) recorre los diversos usos y abusos de la noción de identidad, desde la resistencia política, la declaración jurídica, el discurso de gobierno, además de la posición antropológica y racial que colaboraron poco para establecer una concepción paradigmática y forjaron el ideal de la identidad nacional, que en realidad se hallaba fragmentada y regionalizada. Ante ello, el autor sostiene que siempre fue mejor afirmar la experiencia como nación y evitar caer en el error histórico de una identidad ficticia e impuesta, que ha sido funcional para ciertos sectores políticos hegemónicos.

La profusión de la identidad, alcanzó incluso para trasladar el concepto a las esferas del individuo y hablar de esta desde la perspectiva del género sexual, las juventudes, la niñez y otras subjetividades, resultando así que la corte constitucional colombiana protegiera el derecho a la identidad y surgieran hasta la actualidad, múltiples debates sobre las distintas y nuevas emergencias al respecto.

En síntesis, el autor critica no sólo el confuso significado que la identidad ha producido en el tiempo, en el mundo académico, con particularidad en Colombia, sino los vacíos que esta refleja cuando se habla de cultura nacional, cuando es evidente que el problema de la identidad es de asociación, contexto y situación particular.

Cita en consecuencia a García Canclini, que plantea distintos caminos por recorrer sobre la identidad y anota que el reconocimiento hubiera sido una salida más decorosa y fiel a la verdad, para hablar del derecho a la identidad o a las identidades, sin haber caído en el embrollo académico y conceptual de nombrarlas, y usarlas en todas partes sin ningún tipo de contemplación.

Ese esencialismo cuestionado y vapuleado por Melo (2006), ha llevado entonces a plasmar un divorcio entre el discurso y la realidad objetiva de los habitantes, como en tantos otros casos en el país, ha traído consecuencias nefastas, como por ejemplo las consideraciones constitucionales que reconocen la diversidad étnica de la población, sin reflejarse en una necesaria armonía entre las formas occidentales y ancestrales en Colombia. Asimismo, la homogenización burocrática e inefectiva del sistema educativo, de la salud, entre otros, que no reconocen las prácticas diversas y las formas de vivir de culturas periféricas, empobrecidas e invisibilizadas.

Sin el primer paso al reconocimiento de las culturas populares y ancestrales que existen en Colombia, la retórica vacía, como afirma Melo (2006), seguirá vociferando sin contemplación y con cinismo que, si existe una vigorosa identidad nacional en el papel, las leyes y los documentos "legales". Una identidad además que, tan sólo puede decirse en el lenguaje, pero no en la acción cotidiana.

Sin embargo, es claro que el autor no desconoce la necesidad de los pueblos y los individuos de asociarse en lazos estrechos, en torno a hábitos, costumbres y tradiciones que les permiten resistir y protegerse ante la adversidad exterior, las políticas excluyentes, el efecto globalizador o la pérdida del territorio. Aunque las contradicciones internas y la misma hibridación cultural, atentan permanentemente contra la identidad que navega en crueles incertidumbres, y no hacen más que confirmar la porosidad y fragilidad de esta categoría.

La identidad transita sin medida en las líneas de lo local y lo universal, tensionando y enriqueciendo al mismo tiempo el universo cultural, que no permite diluirse en lo global, pero tampoco encasillarse o detenerse en lo particular.

De esta forma, Melo (2006) insiste en la cultura como fuerza inestable, constante e imperceptible movimiento que no puede ser cooptada por categorías como la identidad, pues en esa alimentación sistémica, esta no permite ser catalogada por tradiciones o movimientos que le impidan su desarrollo. Es más preciso aceptar que, las identidades son temporales y que en su transitoriedad surgen unas nuevas.

Asimismo, sería mucho mejor si la acción identitaria se relaciona con el empoderamiento político y ciudadano, que se traduce en la protección de los derechos básicos por parte del Estado y la sociedad, en donde se garantiza el acceso a la cultura, se reconoce la dignidad de las comunidades y se democratizan todos los saberes, por igual, occidentales y periféricos. Siempre es mejor de ese modo, defender la diversidad que la homogenización cultural que sí atenta contra poblaciones e individuos.

De ahí que el ataque de Melo (2006), contra los defensores acérrimos de la identidad, consiste en denunciar una custodia espuria que enmascara otros intereses políticos, económicos o ideológicos, cuando parece ser evidente que la identidad es una entidad que se defiende a sí misma. Lejos de la imposición, las identidades culturales tienen sus propios tiempos para transformarse y abrirse hacia la globalización o para ensimismarse y resguardar sus tradiciones.

No en vano, dentro de las contradicciones internas de la identidad como movimiento, cabría preguntarse si en Colombia es preciso defender una identidad nacional o las identidades regionales, contemplando así gruesas dudas. Por ejemplo, si ha de activarse la puesta en marcha del progreso industrial o la protección de comunidades ancestrales, si ha de respetarse una forma de legislación afro o indígena en contravía de una jurisprudencia constitucional (occidental), cuáles serían los límites y riesgos de defender una pureza étnica o la hibridación cultural, entre otras cuestiones de hondo debate.

Ante tal incertidumbre, Melo (2006) insiste en el ejercicio de la identidad como protección de derechos fundamentales, a saber, el acceso a la educación y la cultura por parte de los sectores populares, que han sido excluidos en el tiempo, para la consolidación e integración de una verdadera cultura popular que, en condiciones de equidad, discuta con las tradiciones hegemónicas y excluyentes. Una tradición basada en una doctrina escolástica y poco constructiva, enquistada en sectores políticos, sociales y académicos por igual.

El autor afirma que, esa defensa escolástica de las tradiciones no sólo proviene de tribunas reaccionarias, sino también de sectores divergentes que temen el intercambio, cuando es claro que de una forma u otra lo universal y lo local, se funden en una incesante dinámica dialéctica. Precisamente el ingreso a la modernidad, permite poner en cuestión los hábitos culturales que naturalizaron el maltrato, el racismo, la desigualdad o la violencia como patrones de comunicación, de ahí que, en el intercambio cultural viene inmerso el progreso moral, ético y político de los pueblos.

Así, existen discursos globales que, colaboraron precisamente a que los estados nacionales protegieran los derechos de pueblos, comunidades o individuos que se encontraban en franca situación de vulnerabilidad y riesgo de desparecer. Organizaciones de carácter global como la ONU, la UNICEF o discursos como el de los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario, son la evidencia de ello. De ahí que endurecer el muro entre lo universal y lo local, no tiene sentido debido a que ambas categorías se funden dentro de dinámicas de lo cultural, lo político o lo social.

Sin embargo, aunque se aceptara que la globalización está en todas partes y que todo lo que fue local ayer, hoy es global y viceversa, es patente también que Melo (2006) olvida uno de los objetivos fundamentales, desde esta perspectiva universal, respecto a la perpetua división internacional del trabajo en el ámbito específicamente económico, afectando como se sabe, las otras dimensiones humanas de la política, la comunicación y lógicamente la cultura.

La libertad comercial, herramienta fundamental de la globalización, no sólo implica la corporativización del mundo, la supresión de los estados como salvaguarda de las naciones, la explotación indiscriminada de los recursos naturales en los países más pobres, la flexibilidad laboral y el neoliberalismo como horizonte único, sino la aculturación y la nueva colonización de territorios y naciones, que no tienen otra opción que subordinarse ante el sistema de mercado.

En este sentido, cabe preguntarse cómo coexisten las posturas periféricas con las hegemónicas en países como Colombia, si estas propuestas ancestrales y subalternas, terminan siendo cooptadas por la globalización comercial y si en últimas, la identidad no es un mero capricho de tradiciones arcaicas, sino la única defensa para resistir un sistema que despedaza todo, en la medida que también se autodestruye.

De todas formas, Melo (2006) propone ese necesario diálogo de saberes, que involucra el pasado de las culturas locales y su protección, así como la necesidad de insertarse en un escenario universal con las otras culturas, una conversación de todos los tiempos y lugares, ese escenario sólo es factible en el lugar físico y conceptual de la biblioteca, donde se guardan todos los conocimientos de las culturas en términos locales y mundiales.

La biblioteca es el lugar por excelencia donde al mismo tiempo, se promueven la identidad nacional y universal, el conocimiento de todo lo que se ha soslayado, pero también de sus últimas fronteras espaciales y temporales, ofreciendo ese vínculo único entre el pasado y el presente, sin preconizar la identidad cultural que impide el crecimiento y la democracia de la cultura.

Colocando a las bibliotecas, desde los estados y las políticas públicas, como eje de comunicación sistémico entre las naciones, las comunidades y las culturas, será más factible, desde la perspectiva de Melo (2006), pasar de la inefable categoría de la identidad a la concreta acción de la memoria cultural. Por tal motivo, se hace imperativo que las bibliotecas abandonen la idea de la identidad y mejor enfaticen la universalidad, estimulando la variedad, la riqueza y la diversidad del conocimiento, pues como ejemplo categórico está todo aquello local que Gabriel García Márquez diseminó en su obra, a través de lo que había aprendido en Faulkner, un escritor distante de la realidad caribeña y que tal vez nunca imaginó ser referenciado por alguien de estas tierras.

1.10 Dos naciones intrincadas: Argentina y Colombia

A partir del esfuerzo por validar y concretar el concepto de la identidad nacional en Colombia, una categoría compleja y profunda, se hace necesario comparar el devenir histórico del país con otras latitudes que han desarrollado, desde entornos académicos y políticos, las nociones de nación, etnia y territorio, pues se intenta así confirmar la identidad nacional, como una concepción con un sustento teórico y metodológico.

De este modo, Laguado (2004) logra colocar en paralelo, un análisis historiográfico que compromete el surgimiento de las ideas de nación, nacionalidad y nacionalismo, desde los contextos colombiano y argentino, en los cuales es preciso anotar algunas similitudes entre ambos procesos históricos, pero también las profundas diferencias relacionadas no sólo con el elemento temporal, sino con características espaciales, políticas, culturales y étnicas de ambos pueblos.

Aunque con raíces distintas, en su formación como naciones, Argentina y Colombia se articulan en su cuestión histórica como repúblicas unitarias y liberales, después de cruentas guerras civiles y una fragmentación política y cultural, que no avizoraba la integración como posibilidad. Laguado (2004) entiende este proceso, como un paso al frente desde el pragmatismo ideológico en Colombia y el voluntarismo en Argentina. Todo lo anterior, en un desarrollo interno de estos pueblos hacia la construcción de nación y nacionalismo.

Sin embargo, es clave anotar que las dinámicas vividas por estos países, hacia el último cuarto del siglo XIX, no se gestan en la espontaneidad o la casualidad históricas, sino que se producen en medio del más extraordinario auge del capitalismo industrial, afectando a los estados imperiales que se afianzaban hasta ese momento y también a los territorios periféricos, que van a servir hasta entonces, como despensa de todas las materias primas básicas para la industrialización mundial.

En este sentido, las incipientes republicas argentina y colombiana, no escaparán a esos tentáculos del desarrollo que implicarán no sólo la aceleración económica, en torno a obras de infraestructura, la complejización del comercio y la explotación de los recursos, sino también la obligada inserción a un mundo "civilizado", que exige el establecimiento de aparatos estatales como la educación, los cuerpos de represión, el ejercicio político y el abandono de las rígidas estructuras coloniales.

Sólo así, es que será posible la transición de viejas castas rurales, que fragmentaron ambos países en feudos inexpugnables, con ejércitos regionales y particulares; a élites urbanas que propiciaron la burocratización del aparato estatal, la sofisticación en el recaudo de impuestos y la emulación de las boyantes democracias europeas, que intentaron ser implantadas en este lado del mundo a rajatabla.

Así, aunque Laguado (2004) asegura que la acción nacionalista o el nacionalismo son más ejercicios populares, que imposiciones elitistas de los nacientes grupos de poder, es claro que esas élites intentaron alinear a las comunidades, alrededor de una actividad que aún no se sabía definir para entonces.

En esa vía y tomando como referente los nacionalismos crecientes de la Europa del siglo XIX, las élites fundacionales de este lado del mundo, estuvieron de acuerdo en alimentar un espíritu

ideológico vaciado en las consignas del progreso, el destino histórico, Dios o quizás la unidad popular, que en síntesis y según Laguado (2004), hallaron en el imaginario, una comunidad política y soberana que provenía del viejo continente, diseñada por los administradores del poder político y económico, pero que aseguraba sustentarse en el pueblo.

Por tales motivos, desde entonces se han articulado en el tiempo, las categorías de cultura pública y privada, pues no es posible la defensa permanente de la nación ni la acción nacionalista, si esta no se introyecta en la conciencia individual, colectiva, familiar y cultural, surgiendo el sentido lógico de la identificación, la pertenencia y la filiación étnica, pues el sentimiento nacionalista se vive incesantemente en la intimidad y en la comunidad de individuos territorializada.

No en vano, esas primeras castas hegemónicas, supieron canalizar los dispositivos estatales de control, dominación y subordinación en la población, a través de las emociones crecientes en torno a la consolidación de la nación y la acción nacionalista, pues con eficacia se extendió la creencia, que distorsionaba al caudillo político como héroe nacional o la obediencia al Estado como amor a la patria. El poder simbólico de la nacionalidad, no sólo convocó a aglutinar las masas humanas, sino que garantizó la figura vertical de la autoridad y el cumplimiento de las leyes.

Laguado (2004) afirma cómo en contextos distintos, pero con una idea común, Núñez en Colombia y Roca en Argentina supieron interpretar el momento cumbre del auge de la nación y el nacionalismo como símbolos de la civilización industrial, pues fueron dando curso a la economía, la unidad social, el desarrollo técnico y la integración cultural, a través de la figura del Estado, sobre todo materializando la concepción desconocida hasta ese momento, de ciudadano moderno.

Ante la narrativa extendida de la libertad republicana, sobre la esclavitud impuesta por la corona, lo que en verdad se produce es la sofisticación de un aparato de dominación, que emerge en sustitución de otro obsoleto. Las estructuras de dependencia van a hacerse menos manifiestas, pero las intenciones imperiales, ahora encabezadas por Gran Bretaña y Estados Unidos, van a ser las mismas, de ahí que la nueva técnica de sujeción será la defensa de la nación, a través del nacionalismo.

Particularmente en el caso argentino, la unidad cultural sustentada en el poder religioso de la iglesia y la entrada en vigencia de una impresionante trasformación económica, basada en la

libertad comercial y la industrialización, permitieron emplazar la idea de la nación argentina con presupuestos como el racismo y la sumisión al europeo, impulsando el exterminio del gaucho, la inmigración masiva y el auge de un supuesto modelo civilizador.

Bajo la pretensión de la unidad férrea, se fueron olvidando las ideas de federalizar el territorio y se consolidó la postura centralista, alrededor del puerto de Buenos Aires, cuyo modelo excluyente influyó hasta el presente, para exaltar los valores de lo blanco y rechazar, sino eliminar, las posibilidades de lo afro o lo nativo. En esa vía, todo lo que representó la Argentina colonial fue suprimido, dándole pasó a un aparente desarrollo liberal, que puso en altercado las ideas del libre comercio versus el proteccionismo, así como lo provincial y lo porteño, conllevando a disputas militares y a guerras civiles.

Así, ese camino significó la imposición del supuesto modelo de progreso, que proveyó poder ilimitado a los sectores militares, alimentando la matanza indígena en el desierto, así como la organización de la naciente banca argentina, la migración como política estatal, el acceso a la educación pública y la salud. A ese auge, también se incorporaron los nuevos movimientos sindicales y sociales que enriquecieron la idea de nación moderna.

De otro lado, aunque las reyertas ideológicas, económicas y en consecuencia militares, también estaban a la orden del día en Colombia, la unificación alrededor de la religión siempre tuvo un lugar preponderante en la consolidación como nación, herencia duradera y adquirida en tiempos de la conquista y la colonia. Sin embargo, los liberales fundacionales liderados por Ezequiel Rojas, mostraron su descontento ante la idea de sustentar el modelo educativo de la naciente república, desde la mirada eclesiástica, intención manifiesta en el ideario de Mariano Ospina, fundador a su vez del partido conservador.

Laguado (2004) confirma que, en esa polarización sectaria que nacería allí y que se sostendría hasta el presente, cada partido político intentó profundizar la división ideológica, sin establecer los adecuados puentes de diálogo y colocando en el centro de la lucha a sectores afines o enemigos de la iglesia. De este modo, en el periodo del liberalismo radical, la compañía de Jesús fue expulsada del país y sus bienes confiscados, a la par que la guerra se recrudecía y se imponía la libertad de cultos, como asunto esencial de la doctrina liberal.

En consecuencia, mientras se radicalizaban las medidas liberales, con el establecimiento nominal de Los Estados Unidos de Colombia, se anulaba el papel de los conservadores de cualquier acción importante de la vida nacional jurídica, administrativa y política; al tiempo que estos enfilaban baterías para retomar el poder y reestablecer los "derechos" perdidos por la iglesia e incorporaban una profunda contrarreforma educativa en el marco de La Regeneración, proyecto político que retornaba al país a revivir la etapa colonial y que consideraba como necesario, activar las políticas más atrasadas y atrabiliarias.

Las guerras civiles por la toma del poder, debilitaron no sólo la supuesta unidad nacional, sino que produjeron una fuerte crisis económica que fragmentó al país hacia posiciones antagónicas y regionales, vulnerando así a los liberales y gestando el arribo de la hegemonía conservadora, que tanto daño le haría al país, aunque quedó claro como en otros tantos hechos en el tiempo, que sólo era posible recobrar la paz y la unidad pérdidas, desde el necesario diálogo entre los partidos y el papel de la iglesia en la reconciliación de los habitantes.

De todos modos, aunque parecía que la confrontación no cesaría en mucho tiempo, debido a posiciones tan opuestas como la forma de administrar la economía, a partir de medidas librecambistas o proteccionistas, la visión laica o confesional y la forma de afrontar la política internacional, representó en Rafael Núñez una visión más sosegada y menos pugnaz, que combinaba elementos de ambos partidos para poder gobernar. En medio de un clima más tolerante, según el autor.

En esa intención, se redactó la carta política de 1886 que no incorporaba un proyecto moderno, sino la nostalgia de un tiempo colonial que se enmarcaba con fuerza en la iglesia católica y su influencia, colocando el espíritu político de la nación en sus manos y confirmando la oficialidad del credo en el Estado y en los habitantes.

A Núñez, no le alcanzaron las buenas intenciones de reconciliar al país, pues las élites reaccionarias que se hallaban en los distintos sectores del Estado, conspiraron para que la educación pública laica pasara de nuevo a manos de la iglesia y que la persecución a las ideas liberales o progresistas, se hiciera cruenta a través de la prohibición del discurso de lucha de clases, la censura a la prensa o la penalización de la diatriba antieclesiástica. De esta forma, La Regeneración fue una dictadura no declarada, produciendo un atraso sin precedentes y gestando un avance dispar,

respecto a las otras nacientes repúblicas del continente, por ejemplo, Argentina, como lo afirmara Laguado (2004).

Simultáneamente, se edificaba un poderoso ejército nacional, que tuvo como misión inicial perseguir los caudillismos regionales y las ideas federalistas, que según Núñez promovían la corrupción electoral, a la vez que reactivó la intención primigenia de suscitar la nacionalidad colombiana, a través de la identidad de un Estado unitario, mientras en la ciudad se fortaleció el sistema bancario que garantizó el control sobre la moneda y el resurgir de una maltrecha economía.

Entretanto, las pugnas políticas socavaron los débiles ánimos de paz que Núñez había logrado solidificar, sobre todo cuando perdió su capacidad de gobernabilidad que Miguel Antonio Caro no pudo sostener. De ese modo, la economía que permitía el acceso al mundo por parte de la población rural y atrasada, generaba algunas actitudes ciudadanas entre la clase obrera y propiciaba un proceso hacia el poder republicano, aunque los vientos de guerra apuntalaban un episodio trágico y sangriento, La guerra de los mil días.

Según Laguado (2004), en el desarrollo de todo este escenario de incertidumbre, ya era imposible detener la inserción del país hacia una lenta pero segura modernización, por lo menos en lo referente a los procesos de industrialización, el crecimiento de las ciudades, su urbanización y la necesidad de una economía emergente que sostuviera tal avance, aunque la cultura política, la capacidad de ciudadanía y el poder del diálogo entre los individuos, hubieran quedado en el ostracismo colonial.

1.11 El origen y las formas de la identidad nacional

Comprendiendo que la identidad o las identidades son categorías y conceptos que varían su significado y su praxis en la historia, se hace crucial revisar el trabajo de Anthony Smith, quien elabora una particular descripción investigativa de la identidad nacional, a través de un recorrido espacial y temporal por diversas comunidades, pueblos, civilizaciones y culturas. De este modo, es útil este estudio en relación a la aclaración de la identidad nacional colombiana y, en consecuencia, la necesaria disertación sobre la colombianidad.

En principio, Smith (1997) demuestra la existencia de la identidad nacional a través de una gama de formas y matices que no se pueden desconocer, pues en una misma comunidad reposan diversas formas de identidad, que por distintas causas se trasforman

y si eso es análogo a la nación colombiana, es vital comprender que es posible hablar de varios tipos de nacionalidad y de nación que confluyen en este territorio.

Es clave dilucidar desde Smith (1997), que el nacionalismo no es un sistema de elementos preexistentes, no es primigenio, ni ontológico, es más bien un tipo de ideología que surge a partir de la cosmovisión de los pueblos que se desarrolla en espacios geográficos determinados, toma forma desde los mitos originarios y se disemina a través de instituciones particulares, que en este texto se van a denominar como nación, identidad nacional y nacionalismo.

Desde esa perspectiva, es necesario comprender que la identidad nacional es un conjunto universal que reúne subconjuntos de tipo cultural, social y psicológico; es decir que la personalidad individual es el primer tipo de identidad que produce a su vez, los otros modelos existentes. El autor asegura entonces que siendo una de las dimensiones fundantes del sujeto, es esta un reto, una búsqueda que se va nutriendo y se va construyendo en el desarrollo del sujeto social e individual, tal como lo sostienen Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000).

En este sentido, las identidades de tipo personal no se oponen a las que se edifican en torno a lo social, más bien se retroalimentan sistémicamente en correlación de fuerzas que permiten múltiples posibilidades conformando el género, lo sexual, lo afectivo, lo familiar y lo íntimo, entrelazándose a su vez, con elementos de tipo religioso, lingüístico, económico y cultural, produciendo las diversas formas de la identidad y alimentando la identidad nacional de los pueblos.

Smith (1997), exalta identidades históricas de tipo religioso, que han sostenido la supervivencia étnica de ciertas culturas en el tiempo como la judía, la cual existe hasta hoy soportando esta bandera para no morir. Ese mismo carácter ha permitido su duración a expensas de imperios, sometimiento, falta de un territorio vital, persecución y sojuzgamiento cultural, aunque en nombre de esa doctrina, se hayan cometido también crímenes raciales contra otros pueblos como el palestino.

En esta medida, la bandera religiosa ha sido hasta hoy un sustento de conjunción en Colombia, un elemento específico que supera diferencias de tipo individual, cultural y geográfico, pero también fue la gasolina que incendió en la historia las violencias más desgarradas de tipo político y social. Sin saberlo, el espíritu sectario de la ortodoxia católica, le ha dado identidad a la

nación, pero es al mismo tiempo causa de sus más hondas desdichas, como ya lo analizó Perea (2009).

Entonces, es necesario explicar desde Smith (1997), cuáles son los componentes básicos de la identidad nacional. Así, se debe definir a la nación como una comunidad política en busca de un Estado consolidado en un territorio, pues en la medida que se conjuguen esos factores, es posible el surgimiento de la patria o sentimiento de filiación ideológica común, y de una voluntad política convergente que toma forma cuando se extiende a los individuos, el carácter a partir de una educación en civismo y la acción de la ciudadanía ejercidos desde el Estado.

Lo anterior es posible cuando se concibe en torno al elemento popular, pues sólo así es más factible una movilización colectiva y comprometida alrededor de los valores de la nación y, en consecuencia, del nacionalismo. En síntesis, el territorio histórico, los recuerdos y mitos colectivos, una cultura púbica de masas, el derecho a la ciudadanía y una economía unificada, son premisas elementales en su constitución, aunque es claro que la nación no es el mismo Estado y que esta es una entidad multidimensional.

Si Smith (1997) tuviera que revisar el caso colombiano, podría confirmar que se practican todas las condiciones del ejercicio de la nación en este país, la cuestión profunda se referiría a la calidad de estos elementos en torno a la instrucción y ejecución pública de la ciudadanía, la capacidad de unificación en el mito colectivo, las características de la cultura pública de masas y si en general, todos se benefician de la economía de mercado que aquí existe.

Así, aunque existe un Estado consolidado en una serie de documentos orientadores, como la constitución política o la división de poderes y en términos generales, se reconoce que hay unos valores básicos enfocados hacia una democracia liberal, es imperativo entender las conexiones entre los sujetos individuales y colectivos con el Estado, cuál nivel de identificación procede y si el compromiso hacia la nación, contempla también la defensa de los valores públicos del Estado. Tanto en los integrantes del pueblo, como en los dirigentes que administran los recursos de ese Estado.

Desde esta posición, es lógico que el ejercicio incesante de la nación, tenga relación con unas funciones exógenas en lo territorial, político y económico que subyace del espíritu de los pueblos, otorgando legitimidad a deberes y derechos ciudadanos. Así como endógenamente el

individuo socializa sus intereses personales, se integra a la cultura y afianza valores simbólicos, reproduciendo fenómenos como la solidaridad colectiva.

Como contracara, en el nacionalismo surgen a la vez, posiciones violentas e intolerantes que dogmatizan ideas en torno a la religión, la raza o el territorio y que, en síntesis, revelan acciones del poder político que derivan en situaciones inciertas, tal como el sectarismo de mediados del siglo XX en Colombia, degeneró en una larga y cruenta guerra civil que ha traído nefastas consecuencias hasta hoy.

Smith (1997), plantea interrogantes que ninguna ciencia social ha logrado resolver hasta hoy, en torno al origen de las naciones y su carácter étnico, concluyendo que el fundamento mítico es en principio, una buena explicación para resolver algunas de esas preguntas.

De esta forma, algunas particularidades elementales de la comunidad étnica, han de ser la asociación a un gentilicio, el mito del origen común, los recuerdos históricos comunes, la inserción a una cultura colectiva, la pertenencia a una patria y el sentido de solidaridad; y es en lo étnico donde el autor insiste, pues en esa categoría surgen los caracteres históricos y culturales de los pueblos, donde el mito es compartido y se conforma una permanente complejidad de unificación y división, de ostracismo y progreso, de continuidad y de uniformidad, produciendo a su vez significaciones cruciales como la comunidad política, los rituales culturales o los héroes históricos que pueden surgir de un contexto religioso o místico, teniendo en cuenta que la unidad étnica posee la potencia de consolidar o destruir pueblos.

En el caso colombiano, como ya se dijo antes, las trazas que generan la idea de comunidad étnica, se hacen presentes de una u otra forma, aunque esa etnicidad prepondera en la búsqueda exterior de referentes significativos, más que en los valores propios, como lo refirió Yunis (2003), pues la ausencia de reflexión e interiorización del mestizaje del que hace parte esta comunidad étnica, genera que sea fácil imponer desde otros sistemas culturales, un derrotero en torno a lo que podría ser esta nación, adicional a la violencia incrustada desde siempre en las más viejas tradiciones, la cual hace frágil la viabilidad de la unidad, lo colectivo y lo solidario.

De todos modos, Smith (1997) afirma que las etnias son dinámicas y se transforman en el tiempo, perdurando el sentido de etnicidad, aunque existan ejemplos en la historia de disolución o extinción como el genocidio, la aculturación o el etnocidio, por ello el nacionalismo cultural o

religioso, alienta la supervivencia y evita la desaparición. Algunos mecanismos de autorenovación se relacionan con la evolución religiosa, los intercambios culturales, la participación popular y la actualización constante de los mitos originarios.

En este sentido, existen naciones que sustentan su base étnica en el cuidado de las tradiciones culturales que se imbrican en la economía, el territorio y el recuerdo histórico, considerándose que se originan en estructuras premodernas que toman cuerpo en la modernidad, así como hay otros modelos que se forman con base en la integración y la inmigración como Los Estados Unidos o la Argentina y casos en los cuales, aparece una etnicidad artificial o la adaptación sociológica a otro modelo étnico.

En Colombia, podría contemplarse el caso de una adaptación sociológica, en donde un profundo proceso de aculturación y mestizaje, dio por sentada una estructura piramidal hispánica que generó un poder político y económico basado en el color de piel, y en el cual el rumbo siempre fue hasta hoy, la hegemonía blanca, aunque es claro que muchos de los imaginarios actuantes en la cotidianidad popular, se refieren a elementos indígenas y africanos que no se reconocen de manera consciente.

Si bien la concepción oficial de nación, surge en la etapa moderna, es preciso también afirmar que en muchos casos su procedencia se encuentra en épocas antiguas y medievales, donde se pusieron en práctica modelos de nación y ciudadanía, tal es el caso de Grecia o Egipto, donde se puso en práctica un Estado étnico y el ejercicio de un nacionalismo basado en la defensa del territorio en tiempos bélicos o de un credo religioso como en el caso de los judíos.

Smith (1997) explica que existen dos tipos de etnias, la lateral y la vertical. En el primer caso, son estructuras cerradas que se basan en el poder único u oligárquico de tipo representativo y aunque conservan cultura y mitos comunes, hibridando aspectos de dominados y dominantes, la consolidación como naciones de estas comunidades fue un proceso lento. En el segundo caso, estas agrupaciones avanzan con mayor decisión, hacia la construcción de estados para conseguir la unificación política y cultural.

En esa vía, fueron las revoluciones burguesas las que finalizaron el trabajo arquitectónico de esas intenciones primarias, pues la revolución económica industrial y la revolución política francesa, propagaron en todas las direcciones el espíritu nacionalista, basado en las premisas de los

derechos del hombre, la libertad, la fraternidad y la ciudadanía, sobre todo en Inglaterra, Francia y Holanda.

Estas revoluciones afirman características en las comunidades, que proceden de la subordinación a la participación política, el ascenso de la comunidad a la patria territorial, la unidad económica y la ciudadanía legal. Todos, como ya se dijo, elementos que se activan en Colombia, bien entrado el siglo XX, pero que se ejercen con exclusión, deficiente calidad y sólo parcialmente hasta hoy.

Teniendo en cuenta que el héroe mítico, fundamento de la etnia y la nación, cobra relevancia y plenitud en estas tierras, sólo si se analiza el fenómeno del sectarismo político que demuestra su violento carácter cultural y su consolidación a partir del caudillo, que surge de la hacienda y el latifundio, no en vano es comprensible que la educación haya girado en torno a ello durante décadas, alrededor del sustento de esta idea para reproducir nación.

En ese orden, las comunidades laterales pueden ser de orden étnico y las verticales de tipo religioso, y reproducir la creencia de su origen natural, aunque siempre sea artificial y sea urgente precisar que, la nación debe contener para su existencia, un código legal unificado, una economía homogénea, territorios compactos y una cultura política. En síntesis, como ya se dijo, la convicción individual y colectiva de pertenecer a unas raíces profundas, de una comunidad que puede llegar a ser nación.

En el caso colombiano, habría que revisar cuál es el papel del Estado en la elaboración de lazos nacionalitarios con sus habitantes, si existe la intención de que el pueblo se identifique y sienta pertenencia a la idea de nación y en consecuencia a la de Estado, si la producción de nacionalismo sirve para mediatizar y desviar la discusión de los problemas graves del país o para generar conciencia de hacer un país viable, y de todas formas, si los habitantes sienten un compromiso ciudadano con su territorio, con su nación y con el Estado o simplemente excluyen de su vida individual y colectiva tales dimensiones, la posibilidad de una historia común que afiance a la sociedad y de un destino al que puedan llegar todos.

Como ya se ha referido, el nacionalismo es una ideología de tipo cultural que reproduce la identidad de los pueblos y que toma forma en la modernidad, a pesar de poseer unas raíces premodernas. Sin embargo, se hace énfasis en esa etapa histórica porque es allí donde surgen los

Estados–nación, que sostendrán a la nación como comunidad política, sistema simbólico, conciencia nacional, doctrina cultural y movimiento social.

No obstante, la ideología del nacionalismo presume una peligrosa ambigüedad, pues sostiene la necesaria identidad exógena y endógena de los pueblos, a través de supuestos como la ineludible división del mundo en naciones, la nación como fuente de todo poder político y social, la intrínseca identificación de los individuos con la nación, y la supuesta libertad y seguridad que se obtiene bajo el abrigo de la nación. Todas las anteriores, causas nobles de tipo cultural y a la vez, origen de deformaciones ideológicas extremistas como el fascismo.

En esa dirección, el nacionalismo se trata de una ideología del pueblo, de la nación y no del Estado, así que no toda nación desea obtener un Estado y ante todo es unidad, autonomía e identidad que lidia con las semejanzas y diferencias culturales de la población, es la materialización del yo colectivo representado en ceremonias, fiestas, lenguaje nacionalista y un territorio histórico, recorrido por la comunidad política. El nacionalismo está por encima de los individuos, los regionalismos y las diferencias políticas.

Desde esa configuración, es importante revisar si quienes han ponderado posiciones radicales negando la unidad nacional en Colombia, porque argumentan que lo regional se opone a un carácter unitario de nacionalidad, no han observado que por encima de esos regionalismos culturales han persistido de forma inconsciente o quizás poco reflexiva, una doctrina cultural que identifica a los habitantes de Colombia, como una nación con múltiples rasgos de semejanza, aunque desde diversas tribunas mediáticas, académicas y culturales, se pretenda levantar un muro insalvable de hondas diferencias sociales y étnicas.

De otro lado, Smith (1997) identifica varios tipos de nacionalismo que implican, como se ha referido en otros apartes, las velocidades con que crecen y se desarrollan las naciones. De ese modo, están los nacionalismos territoriales que edifican un tipo de Estado-nación en reemplazo de antiguos dominios coloniales y que integran diversos grupos para la conformación ideal de una nación plural. Como también los nacionalismos étnicos, que promueven la supervivencia de la identidad, por encima de la consolidación de un Estado.

El autor revisa la matriz cultural del nacionalismo, que revela el auge del aparato estético y letrado como fuentes de inspiración de la nación, aparatos desarrollados en lo general por clases

sociales acomodadas o instaladas en la dirigencia, que se encargan de producir cánones artísticos, literarios y demás. No en vano, la revolución industrial económica inglesa, se articula con la revolución política francesa y con el periodo de la ilustración, origen de todo tipo de vanguardias culturales, estéticas y filosóficas. Surge entonces el epíteto de naciones cultas e incultas, a la par del desarrollo imperial y colonial.

Asimismo, los intelectuales van a ser los interpretes de la nación y van a tejer las dimensiones de la cultura, la sociedad, la economía y el individuo para tocar la sinfonía nacionalista y de esa forma, promover la unidad social a través del arte, la música, la literatura o la filosofía, definiendo desde lo estético hasta lo epistemológico el concepto de nacionalismo a profundidad. Como se relató desde la mirada de Melo (2006), ese trabajo en Colombia lo hicieron intelectuales de la talla de Baldomero Sanín, Fernando González, Gabriel García Márquez o el mismo Fernando Vallejo.

Es claro, desde la disertación de Smith (1997), que la aglutinación de todos los componentes sociales en torno a la acción del Estado, implicará la proyección de la nación, pues en el carácter moderno de la concepción citada, las trazas de la libertad, la autonomía, el progreso y la fraternidad, se harán carne viva en torno al ejercicio nacionalitario. Prueba de ello son Francia, Inglaterra o La Unión Soviética en sus comienzos.

Caso contrario ocurre, cuando las naciones intentan levantarse bajo la bandera de la independencia después de intensos y extensos periodos de colonización, pues a pesar de la mezcla racial de colonos y colonizados, las consecuencias de este proceso quedan manifiestas en posteriores pirámides sociales que conservan caracteres racistas, excluyentes o discriminatorios y que implican la segregación de una parte de la población y la producción de movimientos emancipatorios de liberación nacional. Tal podría ser el caso colombiano, pues la estructura colonial de exclusión y de hegemonía blanca queda intacta en varios niveles de la sociedad, causa de guerras civiles en ambos siglos posteriores a la independencia, de ausencia de equidad, de reproducción de la violencia en todos los sentidos y de fenómenos muy complejos de debilidad institucional, democrática y ciudadana.

De acuerdo a lo anterior, esta blancura cultural y social, es palpable en herencias hispánicas en los ámbitos de administración del Estado, que como se sustenta en otros apartes, implican la burocratización de los cargos y la organización administrativa a partir de supuestos rasgos

nobiliarios, que coinciden con la "pureza" racial y el elemento peninsular, claves siempre en la relevancia de las decisiones jurídicas y políticas, además de la conservación presente hasta hoy, del sostenimiento del poder hegemónico a partir de viejos preceptos del linaje como presunta y primigenia idoneidad para el ejercicio de la administración estatal.

En consecuencia, esta monolítica y permanente organización piramidal se extiende hasta el presente en las múltiples interacciones, territorios y dispositivos culturales que funcionan en todas las clases sociales, regiones y comunidades de la nación. De tal forma que, el bienestar, el acceso a los derechos básicos, y también a los más complejos y contemporáneos; la opción de la riqueza y en este orden, la posibilidad del poder económico y político en Colombia, se sitúa en escalas proporcionales que se refieren a la distancia territorial entre el centro y las periferias nacionales o urbanas, pero coincidentemente, también a las características raciales presentes en los territorios. Así, a mayor presencia indígena o afro en regiones como la pacífica o la caribeña, de menor calidad y cuantía son sus derechos, como también es superior el nivel de conflictividad e inferior la presencia del Estado.

En esa misma perspectiva, se podría considerar que el acceso a las estructuras globales de tipo económico, cultural y político, en torno al capitalismo o la democracia, han ejercido una variación profunda en las jerarquías de tipo racial y colonial, expresadas antes. Sin embargo, es imposible negar que el Neoliberalismo trae consigo, viejas y nuevas formas del colonialismo, el imperialismo y lógicamente del racismo o la aculturación. De modo que, en nombre del dudoso desarrollo se destruyen ecosistemas y hábitats que otra vez ponen en inferioridad legal a las comunidades que antes se citaran, y que trágicamente son sometidas a la extinción, el desplazamiento y la pobreza, a saber, territorios como Tribugá, La Sierra Nevada o Ituango, son ejemplo de ello.

1.12 La fragmentación territorial, cultural e histórica en Colombia

Alrededor de las causas históricas y objetivas que han impedido pensar en una imaginación nacional, constante y establecida, es clave comprender cómo lo regional ha operado con eficiencia en contra de ese objetivo. De esta forma, el ejemplo a observar y tratar, discurre a partir de la historia caribeña, en paralelo con la experiencia del centro neogranadino y colombiano, confirmando algunas tesis ya reveladas por otros autores en este ejercicio, con relación a la fragmentación del país alrededor de distintos regímenes de poder y representación como los

criterios raciales, las hegemonías y castas políticas, la propiedad de la tierra y los regionalismos, como en este caso.

En este sentido, el autor propone una interesante mirada para entender cómo se construye la nación colombiana, que no surge de la integración de comunidades de todo tipo, como las que existían en ese momento en el territorio neogranadino: criollos, mestizos, indios o mulatos; sino de la imposición bélica, además de otro tipo de factores económicos, espaciales e históricos, los cuales no permiten afirmar al naciente país como una comunidad imaginada.

De esta forma, a modo de análisis historiográfico, deja entrever que no sólo es coherente aclarar una ficción nacional, sino una regional, pues lo que hubo desde siempre no fue el enfrentamiento entre poblaciones en aras de una defensa territorial o cultural, sino la pugna hegemónica entre élites con diversos intereses, que no posibilitó hasta hoy pensar en una unidad nacional, pero tampoco en una regional o local.

Múnera (1998), elabora su discurso a partir de la crítica a historiadores tradicionales de la región Caribe, que han defendido algunas tesis sin asidero, contenidas en mitos fundacionales y tendientes a la fábula, sin articularse a hechos fácticos del pasado persistentes hoy. El primero, que La Nueva Granada fue una unidad política; el segundo, la supuesta revuelta independentista contra la corona; y el tercero, que negros, indios y mulatos fueron actores pasivos o intrascendentes en todos los hechos acaecidos, antes y después de la insurrección neogranadina.

En esta medida, esos relatos no han hecho más que legitimar espurios discursos regionales y nacionales, que encubren realidades como la existencia de hegemonías criollas en constante confrontación, que los poderes establecidos en Santa Fe de Bogotá jamás pudieron maniobrar sobre Cartagena o que tampoco hubo una élite protonacional para generar país, además los criollos no tuvieron poder definitivo sobre las distintas etnias existentes y a su vez, estas asumieron un papel decisivo en tiempos de la colonia y la independencia.

Desde este horizonte, es pertinente recordar que la corrupción, la ineficiencia burocrática o la atomización regional, se originan en tiempos remotos ubicados en la conquista y la colonia. Por ejemplo, el establecimiento de las reales audiencias alimentó ese fraccionamiento del poder, en parte por la enorme dificultad geográfica que no permitía una comunicación activa entre territorios, pero tampoco su control, colonización y menos su administración; lo cual generó permanentemente

el aislamiento y el atraso. Sin embargo, culturalmente se iba desarrollando un profundo mestizaje que a la postre, fue el único lazo de identificación entre los habitantes de la Nueva Granada.

El elemento geográfico fue desde el principio, causa de la miseria, la inconformidad colectiva y la ineficiencia para el recaudo de impuestos, que implicaron el auge de fenómenos como la pugna entre las provincias de Cartagena y Santa Fe o el contrabando, única actividad económica que posibilitaba la supervivencia de regiones como la caribeña, Yunis (2003) lo relata también en sus argumentos.

En consecuencia, sin control político y administrativo, además del nulo efecto de las reformas borbónicas para modernizar la estructura colonial, lo que vino fue la concentración del poder en manos de quienes poseían las tierras y el monopolio de las armas, trayendo consigo la perenne latifundización del territorio y la incubación del regionalismo como fenómeno violento y origen del atraso cultural. Así, esa gama de fenómenos benefició a las elites, que vivieron de actividades ilegales como el contrabando y extendieron su poder, capitalizando la fragmentación regional.

Múnera (1998) localiza su mirada en el Caribe colombiano, pues es ahí donde se hacen marcadas estas contradicciones entre región y nación. De esta manera, la pugna con el interior del país tiene orígenes culturales, que edifican la idea de mejores valores morales y un supuesto alto grado de civilización en el hombre andino, teniendo como efecto, el ascenso de complejos que dividen y no implican el diálogo, sino la confrontación en ambos territorios que se recrudece con el imposible intercambio de mercancías, entre el interior y la costa, a causa de las ya renombradas dificultades geográficas.

Adicionalmente, es necesario indicar el constante sojuzgamiento hacía Cartagena por parte de las autoridades españolas, no sólo por la resistencia valiente, sobre todo en capas indígenas, sino porque el contrabando impedía un eficaz recaudo de impuestos, generando la idea de la provincia como carga financiera y militar por su posición en el mar. Lo que no advirtió la corona, fue que esta ilícita, pero tradicional actividad, se producía porque era más fácil comerciar con otras naciones y territorios caribeños que con el interior del país.

Sin embargo, aunque la provincia escapó de los controles monárquicos, con ello tampoco hubo avances en su ciudadanía, ni tampoco un movimiento ilustrado que influyera en las masas

populares en favor de la independencia. Más bien, el desorden social, el pillaje, la corrupción y la ilegalidad, fueron la norma ética en estos tiempos.

Múnera (1998) advierte que el constante caos caribeño, particularmente en Cartagena, posee raíces más extensas ubicadas en la conquista. De este modo, al ser un puerto próspero para el tráfico de mercancías y esclavos, al tiempo vivía asolado constantemente por los ataques de la piratería internacional, lo que implicó grandes inversiones militares con la construcción de murallas, a la par del empobrecimiento de sus gentes y la ausencia de infraestructura. De igual forma, hubo esclavos libres y cierta integración racial, que hizo de esta provincia un caso particular en los reinos coloniales.

En esa vía, los productores mulatos fueron etnia y a la vez, una clase social que tuvo protagonismo en tiempos previos y en el desarrollo de la independencia. No en vano, el progreso arquitectónico estuvo a cargo de un sector de artesanos ilustrados, así como su ascenso a cargos públicos, políticos y académicos. Asimismo, los valores culturales y carnavalescos africanos, fueron un elemento omnipresente en el modo de vida del cartagenero.

No obstante, prácticas de relajación moral, el escándalo público, la prostitución, actos violentos y la constante amenaza en contra de la autoridad hispánica, por parte de indígenas y mulatos, configuraron un orden siempre en riesgo de desbordarse. A ello, Múnera (1998) le llama un espíritu de la americanidad presente por encima de la hispanidad, que en efecto desataría vientos de cambio en torno a ideas liberales e ilustradas, como también el irreversible proceso de la independencia, un movimiento liderado persistentemente por las élites blancas, que en el fondo siempre despreciaron a las otras etnias.

De otro lado, algunos españoles que estaban en desacuerdo con la forma como se administraba hasta ahora el puerto, en unión con las élites criollas, pretendieron reformas tendientes a la modernización, más que reemplazar el poder colonial, creándose un consulado en la provincia para generar mayor autonomía, aunque tal acción avivaría las disputas entre Santa Fe y Cartagena, pues el comercio entre ambas regiones se debilitaría aún más, ahondando la crisis en torno a la necesaria unidad. El ejemplo patente y causa fundamental de discordia, fue la importación de harina de trigo de otros países por parte del puerto, resultando mucho más barato que traerla de Bogotá, a causa de la falta de caminos e infraestructura.

De todas formas, el contrabando parecía imposible de combatir, prohibiéndose de nuevo el comercio internacional por parte de la corona, sin influir de alguna forma en ejercicios que se practicaban desde hacía siglos y agravados por la propia crisis del imperio en Europa, impidiendo otra vez el control sobre la población y el territorio, admitiendo de nuevo la idea de que Cartagena no ofrecía nada al desarrollo colonial, pero a la vez, que si era una intensa carga económica y militar.

Múnera (1998) afirma con elocuencia que, la lucha política por la autonomía cartagenera, no tenía asidero en raíces culturales en principio, sino en la discriminación padecida a manos de la corona centralizada en Santa Fe primero y luego por parte de los líderes criollos, que desconfiaban del puerto e hicieron todo cuanto estuvo en sus manos para someterla a sus designios. De tal forma que, denuncia la gruesa equivocación histórica al culpar únicamente a Cartagena, de la debacle denominada como Patria Boba.

En este sentido, ambas provincias lucharon a su modo por ser la cabeza de una independencia fraudulenta y sin la fortaleza necesaria para resistir el contrataque español. En consecuencia, la idea de nación era imposible y ajena, tanto como la necesidad de tejer lazos de progreso. Por el contrario, el futuro republicano se tranzaría alrededor de guerras civiles, aupadas por la mezquindad de terratenientes y poderosos de un lado y otro.

Sin embargo, el autor reconoce que las condiciones especiales del puerto caribeño, originaron el deseo en criollos y mulatos por buscar un acuerdo conveniente entre la colonia y la corona. Lejos estaban las élites de Cartagena, de propiciar una inútil independencia que traería mayores incertidumbres, mientras del lado andino, se forzaba un futuro estado centralista, que pretendió desde siempre doblegar la región caribeña.

De todas formas, ante el pragmatismo ambiguo de las elites costeñas, negros y mulatos precipitaron la independencia, que colocaría otra vez a la provincia entre varios fuegos. En primer lugar, las intenciones revolucionarias de los más vulnerables por siglos se hicieron patentes; de otro lado, el juego perverso de conveniencias de la élite cartagenera, los puso en pugna con mulatos y negros; y finalmente, el asedio español se hacía cada vez más fuerte en ciudades cercanas como Santa Marta, en aras de la reconquista. A pesar de todo lo anterior, Cartagena era de las pocas capitales libres a esta altura en el continente.

Dentro de tal caos, la ciudad pereció ante la retoma española, en absoluta desprotección y abandonada por los que debieron ser sus aliados en otras regiones, siendo el escenario dantesco de la venganza de Morillo y en un estado moribundo, a causa del sitio que padeció durante meses.

En síntesis, sólo el avance cruel de la guerra y la ventaja que sistemáticamente iba obteniendo Santa Fe, fueron los únicos medios para doblegar a Cartagena y sumergirla en una república de papel, que no había sido imaginada y mucho menos edificada con base en lazos económicos, políticos o culturales. Al pasar de los años y en la necesidad racional de unificar La Gran Colombia, el único resultado fue su disolución, la fragmentación de sus provincias y el aislamiento que reproduciría el atraso y la pobreza por décadas durante el largo siglo XIX.

1.13 ¿Es Colombia una nación imaginada?

Como ya se ha visto, existen vestigios concretos y otros no tan claros, sobre cómo la nacionalidad colombiana se halla manifiesta en múltiples aspectos de la vida común, aunque para estudiarla es imperativo un análisis integral e interdisciplinar. Así, la obra de Anderson (1993), es referente clave para reconocer esos componentes e indagar con mayor profundidad, en la categoría de la colombianidad. De esta manera, es vital complejizar un asunto fundamental, su verificación como conjugación de la identidad nacional.

Desde ese lugar, se debe decir que el concepto de nación busca ser una consideración científica, a partir de elementos materiales, y a la vez, soporte de la teoría de los imaginarios. De ahí que el autor insista en el desarrollo de las naciones como avance de las comunidades imaginadas, incorporando en estas, componentes psíquicos, sociológicos, antropológicos, lingüísticos, políticos e históricos como ya se afirmó.

En esa medida, no es plausible insertar a las naciones dentro de ideologías hegemónicas o totalizantes, pues cada proyecto nacional, posee unas inclinaciones y actitudes infinitamente particulares.

Así, Anderson (1993) asevera que en la modernidad aflora no sólo la posibilidad de los Estados-nación, como consolidación de una organización racional y jerárquica de las sociedades, bajo el pacto de repúblicas y constituciones, sino que al tiempo se atenta contra sus bases, pues el proyecto moderno posee intenciones homogenizantes y globales, que las naciones se resisten a asumir e incorporan en su argumentación una genealogía cultural, articulación histórica, desarrollo

social, político y económico; y ante todo, la velocidad inmanente y singular de la idea de progreso que cada pueblo posee.

Es a partir de esos matices, que es pertinente aceptar como diferentes a los pueblos asiáticos, africanos o europeos, pues incluso sus movimientos geoespaciales producen desarrollos tan disimiles y contrapuestos, así sea transversal la imposición modernizadora europea y la idea imaginaria de nación los afecte a todos, en sitios y épocas distintas.

Por ello es tan vital, investigar los elementos primigenios que allanan el camino por convertir este territorio, en el lugar donde nace y se desarrolla una incipiente nación colombiana, que no por destacar unos componentes tan violentos, primitivos y aparentemente opuestos, impide el convertirse en una comunidad imaginada que aglutina la cultura colombiana, como lo establece Anderson (1993). Es deber de toda la sociedad, reconocer esos componentes comunes que construyen pueblo y en consecuencia nación.

Desde lo anterior, es claro que, siendo conservadores, liberales, progresistas o indiferentes políticos, por ejemplo, hay líneas profundas y transversales que identifican actitudes sectarias, agresivas o unidimensionales como elementos comunes en la comunicación y debate ideológicos, como lo mencionaba Perea (2009). Del mismo modo, mujeres y hombres de todas las clases sociales y regiones, sienten fascinación por las características del extranjero, sea cual sea su procedencia, manifestándole incluso mayor solidaridad que a su paisano, y al tiempo expresar "pena" por su ancestro indígena o mestizo, como lo demuestra Gutiérrez (1966).

El imaginario se inserta en el silencio de la inconciencia del colombiano, haciéndose latente en diversos escenarios que implican la solemnidad, la diplomacia o las buenas maneras que requieran ofrecer prácticas políticamente correctas, pero emerge con toda su potencia en el anonimato de la calle, la familia y la cotidianidad. Colombia es una comunidad imaginada que sobrelleva con desfachatez la doble moral denunciada por Yunis (2003).

Sin embargo, sería un cruento error de subestimación cultural, aseverar que Colombia es la única nación que ejerce tan profundos vicios, extendidos a toda su estructura social, bien lo enuncia Anderson (1993), a través de diversos ejemplos en el tiempo y el espacio, pues esos imaginarios de nacionalidad no sólo revelaron prácticas intelectuales y estéticas de un alto nivel y trascendencia, sino las más crueles guerras locales e internacionales en la defensa de los símbolos

de patria, religión, raza o superioridad histórica, develando que a fin de cuentas, el asunto de la nacionalidad no surge en las raíces racionales, sino en los orígenes pasionales, primitivos y emocionales.

Ante tal situación, el autor señala algunos principios sociales que surgen como orígenes de los pueblos particulares: epitafios, cementerios, templos religiosos, monumentos a la memoria de los caídos, estatuas de héroes nacionales, entre otros; revelan la necesidad del recuerdo y la memoria como dispositivos constantes de generación de nacionalidad. No en vano, la narrativa fundacional de las religiones milenarias, apela a las figuras del antihéroe y el héroe para dar significado a la lucha espiritual y material, basada en el martirio o la salvación; tal como ocurre en las crónicas de los próceres de la independencia nacional en Colombia, relatos adulterados y manipulados con fines específicos de tipo ideológico y que influyen en la sociedad como estructuras de larga duración.

En ese orden, Anderson (1993) admite ese ascenso del lugar o el objeto de memoria, para activar el patriotismo o la nacionalidad, al parecer cada sujeto individual y colectivo necesita de una épica próxima que le permita obtener sentido en su existencia. El peligro histórico se advierte, cuando esos aparatos se imponen para ejercer una memoria oficial o dinástica, que necesita de la anulación o invisibilización del contrario para erigirse como versión única y verídica, como ya ocurrió en la Europa medieval, en la América colonial, entre otros ejemplos.

De esta manera, se obtienen como únicos modos de nacionalismo y nación, aquellos que se funden desde el atrio del poder político, las armas y la religión, quedando por fuera la narración del vencido y el condenado como una interpretación olvidada, un relato opaco o silenciado. En Colombia, estos aparatos de la memoria oficial funcionaron con toda potencia, cuando se hizo oficial que solo los criollos libraron la independencia, el bipartidismo era la respuesta al sujeto político, los caídos válidos fueron los que lucharon a favor del Estado en el conflicto armado o cuando el mestizaje se hizo el único modelo racial-cultural existente.

Respecto a los conflictos bélicos globales y la imposición de imaginarios en la memoria colectiva, es crucial comprender cómo desde distintas dimensiones: cultural, mediática y académica; se difundió en el mundo occidental, la teoría del “glorioso” ejército norteamericano como único vencedor de la Segunda guerra mundial y liberador absoluto de Europa, ante el embate monstruoso del fascismo-nazismo. De ahí que, el comunismo ruso es anulado en su papel

primordial para contener al enemigo y en las representaciones actuales, incluso se distorsiona impunemente con las ideas totalitaristas de Hitler o Mussolini.

En Colombia, desde sectores retardatarios, poderosos y encargados de administrar el Estado en las últimas décadas, se ha pretendido caminar contra le evidencia de un conflicto armado sanguinario, que tiene unas raíces profundas y que se gesta en la mezquindad política, la debilidad democrática, la injusticia social y la violencia más criminal. Afirmar que no hubo una guerra civil no declarada, implica imaginar la tesis dualista de la amenaza terrorista, legitimar los crímenes de Estado, legalizar las tierras que se obtuvieron a sangre y fuego, y de paso, aplazar la concreción de una real y radical democracia.

Con relación a Anderson (1993), lo dinástico se fundamentó en los principios del linaje y la religión para producir nación, siendo pertinente aclarar si en Colombia, aún los dogmas extremistas del catolicismo de la Contrarreforma, en conjunción con los herederos de la tierra que fuera administrada por España, aún ven a los otros pobladores de estas tierras como súbditos malhablados o han avanzado hacia la idea de comprenderlos como ciudadanos republicanos.

La nación imaginada por las élites terratenientes y citadinas, que han administrado el Estado y los recursos del país, choca de muchas maneras con la que surge de forma opaca en las periferias y en las culturas mestiza, mulata, afro e indígena. Sin embargo, aún ha sido poco explorado que, unos imaginarios y otros se funden en diversos escenarios que dan forma y vida a la identidad nacional en Colombia, como ejemplo, los rasgos religiosos que quisieron ser universales desde el Vaticano fueron trasformados en este contexto, afectando por igual y hasta hoy, a todos los habitantes del país. No se podría negar entonces, que el catolicismo cimentó las bases de una precaria democracia, en la cual el dogma estuvo a la vanguardia sobre la razón y la teoría política.

Fue evidente también para las ciudades y los pueblos, para los ricos y los pobres, que la modernidad se aplazó durante al menos un siglo en Colombia, pues en todos los sectores sociales hubo una nostalgia soterrada por los tiempos coloniales, que retrasaron demasiado el avance de la infraestructura, la educación y el Estado. De todas formas, como alega Anderson (1993), surgieron fuerzas que alimentaron no solo la modernización de las mentalidades y las sociedades, sino que permitieron el ascenso de la nación como comunidad organizada: la novela, el periódico y la lengua, fueron elementos capitales en ese desarrollo.

De ahí que personajes como Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo, José Asunción Silva, Jorge Isaacs, entre otros, hayan contribuido con su narrativa, no sólo a describir el paisaje de costumbres en Colombia, los días de la hacienda o el mercado, sino la necesidad de enlazar las ideas de libertad que ya devenían de la elite criolla, y el asentamiento de un territorio que servía de cuna a la nación.

En esa vía, la novelística colombiana y en general la literatura, no sólo enmarcan la comprensión de la transición de la monarquía, hacia una incipiente república, sino que describen la lucha de una larga Edad Media americana, denominada como colonia, en la cual surge una batalla dialéctica entre campesinos y patrones, colonos e indígenas, elite y periferia o entre naturaleza y ciudad. El recurso del novelista en la Colombia posindependentista, facilita la representación de los imaginarios que se desplazan en aguas profundas y superficiales, desde la colonia hasta nuestros días.

Particularmente con la Contrarreforma instalada en América, como respuesta al avance intelectual, económico y filosófico del protestantismo, cabe reseñar que el filtro religioso en la educación, estuvo profundamente marcado en torno a evitar las influencias de la Europa Occidental. De ahí que la nación colonial, fue la base fundamental del progreso en América y Colombia hasta bien avanzado el siglo XIX, en articulación con un periodo que permitió el nacimiento de la universidad pública, los periódicos nacionales de masiva circulación y la extensión de un pensamiento laico, que siempre estuvo en la mira del viejo pensamiento inquisidor.

Es importante anotar que, mientras el francés, el inglés o el holandés produjeron la más rica diversidad lingüística y de ese modo, la complejidad de poderosos Estados-nación que promovieron la educación pública, el arte y el desarrollo de la cultura popular con base en un pensamiento secular y si se quiere democrático, por estas latitudes, el culto al castellano fue materia de los descendientes del criollaje, que creían ser los únicos capaces de desarrollar la comprensión y divulgación de la lengua, a través de una oratoria y literatura farragosa, impregnada del barroco clásico, que implicó hasta hace muy poco la demostración de actitudes racistas y discriminatorias.

Anota Anderson (1993) que, en términos políticos, los criollos fueron los únicos capaces de desarrollar la confrontación con la corona y en consecuencia, el ejercicio de una nación, pues contaban con apoyos internacionales revolucionarios, el sustento económico y el conocimiento cultural y territorial que les permitía imponerse a los colonos españoles, pero también a los

mestizos, mulatos e indígenas que debían aportar a la causa, sin amenazar el protagonismo de estos, pues su mayor interés se basó en la constitución de repúblicas cimentadas en el orden y progreso, inspirados en Francia, pero administradas exclusivamente por los herederos criollos.

Esto último, a pesar de contener aún el imaginario colonial y emplazar un sistema político tan inoperante y burocrático, son quienes desarrollan las muy rusticas bases de una modernidad tardía que se sustenta en reconocer el paisaje, extender un sistema de educación pública, revitalizar el castellano y hacerle comprender a los otros grupos culturales y raciales, que existen derechos del hombre y una constitución política.

Es a partir de ahí que, en una vasta y atrasada nación colonial, administrada precariamente por España y suspendida por los nuevos tiempos republicanos y liberales, empiezan a darse los primeros atisbos nacionales a lo largo del continente. Si bien es cierto, el castellano es el idioma omnipresente, también lo es que se matiza en cada región en torno a unas características espaciales, gastronómicas, económicas, raciales, religiosas, entre otras.

Bien lo destaca Fuentes (2016), pues los rasgos marcadamente indígenas, europeos, afro o mestizos, se evidencian con particularidad en cada región y nación del continente. En Colombia, sin duda el patrón racial predominante es el mestizaje, que se articula al mismo tiempo con las variaciones idiomáticas y étnicas que aquí surgen.

Anderson (1993) colige en que las castas dinásticas y en consecuencia los imperios, difunden su poder y control a través de la lengua; Japón, Inglaterra y Rusia son claros ejemplos. De esa manera, el imperialismo es una forma de nacionalismo extremista, donde los modelos lingüístico, educativo y racial son fundamentales en el proceso de aculturación, control territorial y expansión militar. Sin embargo, las contradicciones entre nativos y colonos, afloran en la medida que dicho nacionalismo es excluyente y violento, produciendo hondas tensiones entre lo ancestral-popular y lo hegemónico-imperial. En efecto, las oleadas independentistas en Asia, África y América, suponen un levantamiento de tipo popular y reivindicativo.

En el caso americano y colombiano, las dinastías criollas impusieron un sistema social que contenía avances formales de tipo jurídico, político y económico, en el tratamiento a las otras etnias que habitan el territorio. Sin embargo, la exclusión cultural implicó hasta hoy, la discriminación de su tejido social, sus cosmovisiones, el aislamiento en la periferia y el desconocimiento de sus

derechos a la tierra y a sus prácticas ancestrales, lo que denota la extensión racista de la pirámide colonial hasta el presente.

De otro lado, aunque se piense que en el país la cultura dominante proviene de lo blanco-criollo, la teoría de los imaginarios y las comunidades imaginadas demuestra que son múltiples las influencias de las otras culturas, que parecen tan distantes en el espacio y el tiempo. Los valores indígena y afro, permean el quehacer de la cotidianidad colombiana en el actuar, la interacción, el lenguaje y las formas de ser.

En síntesis, el autor concluye que la producción de nación y nacionalismo a largo plazo, implican no sólo el orden republicano y en él lo jurídico, lo estatal, lo territorial, la educación, lo constitucional, entre otros; sino que también consiste en la incorporación de todas las expresiones de la cultura popular, su integración y la aplicación de sus derechos y reconocimiento, manifestadas en la escuela, la alfabetización, las cátedras universitarias, la investigación y la promoción de su dimensión estética y ancestral.

Sin esa integración cultural, y sin el ejercicio real de la democracia en todos los aparatos de difusión mediática y funcionamiento del Estado, se considerará siempre que los indígenas del Cauca o Casanare, por ejemplo, no tienen derechos milenarios sobre las tierras que reclaman y se concluirá que detienen el desarrollo minero o petrolero. Se imaginará una nación mestiza en la que se esconden expresiones afro, solo útiles en eventos folclóricos o deportivos y se ampliará hasta el final de los tiempos, que el valor de lo blanco contiene el verdadero poder civilizador.

1.14 De las mediaciones comunicativas a la producción de identidad nacional y cultural

Contrario a lo que se pueda pensar o afirmar equívocamente, los medios de comunicación y todo su aparato técnico, cultural, tecnológico, ideológico y económico revisten hoy una importancia fenomenal en el mundo actual. Desconocer su incidencia en la configuración de la ciudadanía, la democracia, la historia y el desarrollo del mundo, sería un error de enorme ceguera mental. De tal forma que, en la construcción de identidad nacional o mejor, en la comprensión de las categorías de nacionalismo, identidad cultural e identidad nacional, es crucial el papel profundo de la comunicación y los medios de comunicación.

Desde esa visión, si bien es cierto que el universo mediático es la arista principal de la industria cultural, en términos de extender el impulso neoliberal del sistema de mercado, también lo es que hoy en día esa es una visión simplista y pobre de todo lo que provee y hay por aprender sobre la comunicación y su aparato mediático. De hecho, el mundo interactivo de la Internet y los nuevos medios, rebasan sin lugar a dudas la otrora intención por ampliar a todas las dimensiones del sujeto el consumo y la reproducción infinita del mercado, pues a esa acción inicial se sumaron al mismo tiempo otras formas de leer, de educarse, de relacionarse políticamente y de ser individuo en sociedad.

De tal forma, el mundo se halla en el dilema paralizante de pertenecer a una realidad física cada vez más porosa o a una realidad virtual con limites cada vez más borrosos. Y es ahí que Schlesinger (1989) es categórico, al afirmar que cualquier intento de nación y en efecto, de identidad nacional o identidad cultural, debe pasar por el filtro de los medios de comunicación, quiérase o no.

Su discurso es crítico ante los errores intencionados desde sectores del poder, por posicionar el asunto de la identidad nacional más como una estrategia política y no como discurso científico y académico, dejando claro que todo está por hacerse, indagarse y lejos de concluirse con relación al origen de las identidades, particularmente las que tienen que ver con la nación y la nacionalidad. En esa dirección y en paralelo con lo dicho por el autor en su momento, los medios hoy no sólo avasallan a las sociedades del mundo, sino que son claves en la producción de nuevas posturas culturales y en la comprensión de otras tradicionales.

De esta manera, Schlesinger (1989) se centra en la necesidad de articular algunas líneas conceptuales, capitales para la elaboración de una identidad europea, en momentos en que la integración y unidad son necesarias en medio de un peligroso mundo globalizado, económica y culturalmente. La definición de territorio, historia, identidad, diversidad y singularidad son claves, sobre todo si la plataforma para su comprensión es la de los medios de comunicación, que en ese momento histórico alcanzan únicamente la potencia de la televisión, la radio y la prensa. Aún no existe Internet.

Desde esa perspectiva, describe la necesidad de una investigación realmente profunda en la que no se discurra desde la mezquindad política y económica, sino desde el verdadero impacto que implica una apertura a la producción cultural corporativa, que en ese momento ya es monumental

o la supuesta defensa de una identidad europea que debe generar sus propios contenidos, a partir de unos valores autóctonos y europeos. De tal forma que cuestiona cuál es el alcance real de los programas de televisión, propios o extranjeros, hasta qué limite modela o destruye elementos propios e inocula otros.

En su reclamación sustenta que, instituciones multilaterales como la UNESCO, propenden por la defensa de unos valores, sin distinguir las particularidades de lo cultural y lo nacional e infiriendo que esa dimensión cultural no contiene fronteras y se alimenta de todo lo que le rodea.

De este modo, solicita un debate más profundo que obliga a comprender que prohibir o censurar no tiene sentido, (mucho menos hoy) teniendo en cuenta la poderosa difusión de los medios, pero tampoco es posible la imposición de unos componentes culturales sobre otros. Es mucho más pertinente que sean los sujetos a motu proprio, quienes definan qué ven, cómo se entretienen o cómo profundizan en los medios, aceptando la constante tensión entre posiciones cerradas y abiertas. En síntesis, la comunicación intercultural y la valoración de lo propio son fundamentales en la constitución de identidades.

En el caso colombiano, como ya se dijo antes a través de Rincón (2006), los ciudadanos tienen la obligación de reflexionar el consumo pasivo de lo que las pantallas mediáticas le proveen, vaciando su existencia en una identidad modelada, recreando su devenir cultural en conexión con los contenidos de la industria cultural. Como Rincón (2006) y Schlesinger (1989) confirman, los sujetos sociales son quienes, a fin de cuentas, definen qué circula por las diversas plataformas produciendo identidad nacional, como también identidad cultural.

Sin embargo, que los niveles de estética, ética y alcance político sean pobres en la ciudadanía y por tanto en los programas mediáticos, no implica que allí no habite identidad, pues si se incorporan los imaginarios que, como nación se han generado a través de la colonia y en los siglos posteriores, el resultado es una gama de hábitos, sueños y representaciones tendientes a lo primitivo, lo violento y lo visceral como ya avizoró Gutiérrez (1966).

Es entonces que, redireccionar esos imaginarios no les corresponde estrictamente a los medios, a la publicidad o a las plataformas de información, sino a una colosal inversión educativa que permita comprender una historia colombiana sangrienta, abyecta e inserta en una espiral corrupta, no sólo en las esferas del poder, sino en cada rincón anónimo de la cotidianidad general.

Sin embargo, una ficción y una información que no difunde la intimidad y la lucha del afro, el indígena o el campesino, conduce inevitablemente a la ignorancia violenta del individuo y la sociedad.

Las identidades culturales y nacionales se ejercen, cuando los intereses de los individuos se relacionan con los colectivos, incorporando las necesidades de mayorías y minorías con relación a todos los grupos culturales: campesinos, afro, indígenas, obreros, homosexuales, mujeres y muchos más, elaboran su propia identidad colectiva, desde su individualidad y al tiempo aportan a unos intereses generales de identidad nacional.

En Colombia, la perpetua injusticia social y el reconocimiento apenas teórico de diferencias culturales, minorías y grupos que no tienen el poder de manifestarse, implica que los niveles de identidad nacional se hallen tan dispersos o envueltos en los intereses de los grupos mayoritarios. De esta manera, los imaginarios invisibilizados o subalternos como definen Castro y Restrepo (2008), terminan subordinados o diluidos en otros hegemónicos que se caracterizan por una supuesta blancura patriarcal, urbanizados e inmersos en estereotipos violentos por lo que se considera diferente e inferior.

A fin de cuentas, son esos imaginarios los que se reproducen sin cesar en los medios y las plataformas de difusión, y que se hacen extensivos en infinidad de sitios cotidianos y anónimos: la escuela, la familia, la calle, el transporte público, entre otros. Y es ahí donde el supuesto Estado social de derecho se reduce al papel y su doctrina, se reserva a los discursos y a una oratoria siempre falaz.

Pese a ello, la comunicación que es un derecho humano y surge a pesar de todo como lo afirma Schlesinger (1989), se hace viva en la gran gama de medios alternativos, que el autor no describe en su artículo y se vuelve potente en el ejercicio de las nuevas ciudadanías que hoy resisten y hacen gala de una colombianidad diversa, étnica, pacífica y que debe enlazarse conscientemente con aquella intolerante, en apariencia blanca y hegemónica.

Schlesinger (1989) apela a una serie de autores fundamentales, en el desarrollo de la teoría de la nación, para sustentar su tesis sobre comunicación e identidad cultural. De ese modo, Gellner, quien sostiene que los proyectos de nación se basan en el auge de la industrialización y en efecto, el origen de un aparato educativo nacional, el desarrollo de la lengua y la organización de

sofisticadas estructuras políticas, coincide en lo expresado hasta ahora, pues a la par de esos procesos modernizadores, debe incorporarse una compleja estructura comunicativa que procree cultura colectiva.

De esa forma, sin establecer la censura como lo hacen otros autores de corte marxista, que desconfían del papel masificador y enajenante de los medios masivos, dudando siempre de sus contenidos e intenciones, Gellner sostiene que lo fundamental es establecer una educación en medios de comunicación para comprender socialmente, cómo se figura la relación entre consumidores y productores de contenidos en la televisión y los otros medios, sobre todo en lo referente a identidad nacional y nacionalismo.

Del mismo modo, lo harán Anderson y su teoría de las comunidades imaginadas que se robustecen e integran nación a través de la lengua, la novela y fundamentalmente, de la divulgación ejercida en los periódicos, medio de comunicación vital en la edificación de la comunicación social, anónima y diaria. Giddens afirma que la comunicación produce la posibilidad de generar una conciencia social y nacional reflexiva, pues esta integra, consensua y moviliza sentimientos identitarios. Hobsbawn, cree que se promueven los estudios de historiografía, memoria popular y tradición oficial, mientras que Bollati intuye que la comunicación implica la formación de discursos nacionales, que a la larga pueden ser peligrosos y violentos.

En conclusión, y estudiando las distintas falencias y aciertos que los autores asumen sobre la interrelación entre comunicación e identidad nacional, Schlesinger (1989) asegura que debe existir una intención expresa por investigar en la relación y el resultado de estas categorías conceptuales, sobre todo en lo relativo a la identidad cultural, el nacionalismo y los espacios audiovisuales, pues funcionando aisladamente como ocurre hasta ahora, muy poco se puede decir sobre el papel de los medios en la producción de cultura nacional.

En el caso colombiano, los medios de comunicación tradicionales y hegemónicos se hallan en un tremendo declive, debido a varias causas, por un lado, el avance vertiginoso de Internet que sintetiza con mayor fuerza el sonido, la imagen, el texto y sobre todo la interacción en tiempo real, surgiendo así plataformas potentísimas que atentan contra los modos en que están dispuestos estos medios clásicos. Así, la radio, la televisión y el periódico han mutado a las redes o los portales que permiten verificar, comparar y opinar.

De otro lado, la infinita gama de fuentes y libertad de contenidos, hace que el sesgo o el control de la información que se sostenía en dichos medios, se ponga en entredicho y que los consumidores prefieran la amplitud de Internet, aunque el poder omnímodo y manipulador de la televisión aún se mantenga.

Finalmente, la pobreza creativa o la repetición de estereotipos culturales, que circulan en los contenidos de los medios clásicos como noticieros, realityes, programas de humor, telenovelas, entre otros, genera que esas comunidades imaginadas e invisibilizadas puedan hacer circular sus productos en medios como Internet y que la verdadera riqueza política, cultural y social de una identidad nacional diversa pueda establecerse esta vez. De ahí que, el mundo y en particular el país, se encuentren en medio del más espectacular y colosal auge de plataformas alternativas digitales, que transitan entre el énfasis del modelo radial a través del podcast, la interacción abrumadora de las redes sociales, que incorpora lo virtuoso y deleznable a la vez; los contenidos audiovisuales independientes, regionales y comunitarios; o la proliferación de blogs de análisis cultural, político y social, unos de mejor calidad que otros.

No en vano, ese desarrollo vertiginoso del mundo virtual, ha permitido no sólo que se visibilice la identidad cultural de territorios y comunidades marginadas, sino que se logren denunciar y elaborar modos de resistencia ante embates sistemáticos contra el páramo y los líderes sociales o evitar masacres de inocentes, así como hilvanar la opinión política de quienes nunca han sido tenidos en cuenta. Todo un profundo aparato de identidad cultural, imposible de emplazar en los medios de comunicación corporativos y hegemónicos

CAPITULO II

2. LA NACIÓN IMAGINADA Y REPRESENTADA. LOS HALLAZGOS DE LA ENCUESTA

La presente descripción, es un esfuerzo por establecer algunos elementos de la identidad colombiana a partir del análisis y ejecución de una encuesta abierta. En consecuencia, entender hasta qué grado los sujetos de este territorio viven la experiencia de hacer parte de una nación, unificados por ciertos rasgos, actitudes y valores; aunque también atomizados por fenómenos que ellos creen, impiden vivir con plenitud la nacionalidad colombiana.

En dicha perspectiva, fueron de mucha importancia metodológica los planteamientos de Jean-Claude Abric, en torno a la metodología interrogativa que se propone para la investigación de las representaciones sociales. Abric (1994) plantea que son la entrevista y la encuesta, las dos variables fundamentales de esta metodología. La encuesta es para el autor, el instrumento de investigación más importante e interesante para capturar emociones ligadas al nosotros colectivo, que están implícitas en las representaciones de los sujetos acerca de la identidad nacional de su país.

De esta forma, como confirman Castro y Restrepo (2008), el instrumento de la encuesta permite dilucidar algunos regímenes de representación del colombiano, con relación a imaginarios que provienen de tiempos remotos y que simplemente se actualizan en las dinámicas presentes, a su vez asumidos e introyectados en campos de lo inconsciente como revela Castoriadis (2007), pero también extendidos en la violencia, la pasión y la emoción a través del vehículo patriótico o nacionalista.

De este modo, y planteando unas preguntas suficientemente abiertas, claras, comunes y aparentemente simples en su resolución; aproximadamente se indagaron a 160 personas de diferentes orígenes regionales, edades, géneros, ocupaciones y diversos grados de escolaridad. Así, y con la intención de posibilitar a los sujetos encuestados la veracidad de sus respuestas, la convicción de lo que piensan, pero también la amplitud de sus ideas; no se cerró el instrumento metodológico a ciertas categorías, sino que se permitió su extensión a todas las posibilidades que los indagados quisieron, al tiempo que se garantizó su anonimato.

En este orden de ideas, fueron bastantes las entradas conceptuales y las categorías que generaron los encuestados para comprender su sentir sobre la experiencia de la identidad nacional

y, ante todo, surgieron líneas discursivas sorprendentes respecto a las relaciones que descubrieron y produjeron, a partir de fenómenos como la violencia política, la corrupción, la pobreza o el bienestar; estas articulaciones desvelan que aún los colombianos sobreviven en medio de posiciones dualistas, que no sólo apuntan a una sempiterna polarización política como analiza Perea (2009), sino a la persistente prevención y fragmentación ciudadana, abrigada como se dijo, por el sentimiento regionalista, la desconfianza por el que es diferente y la conservación de unas castas sociales que navegan en la exclusión o en tradiciones discriminatorias .

Su resultado asombra, pues en estas entradas conceptuales, la relación entre estos lastres históricos con sus causas objetivas y argumentadas, se presenta distante, distorsionada o a veces nula; lo que da cuenta de una negación sostenida o quizás la confusión de ciertas realidades como denuncia Gutiérrez (1966), pero también la carencia de imaginar la nación y sus integrantes como un todo en correlación constante, bien afirma Anderson (1993), condición indispensable para producir comunidades imaginadas.

Ahora bien, Abric (2014) advierte la dificultad o distorsión que puede existir al elegir un método de recolección de datos como la encuesta abierta, fundamento de la metodología cualitativa, y su consecuente análisis de resultados, pues el desequilibrio entre los tres elementos principales del estudio de las representaciones sociales, puede ser un obstáculo epistemológico que impida, como en este caso del ejercicio de la identidad nacional, comprender sus relaciones y el sentido que estas producen. Así, la mala interpretación, el sesgo ideológico o la invisibilización podrían ser consecuencias de una pobre correlación de fuerzas, entre la identificación del contenido de la representación, el estudio de las relaciones entre elementos, su importancia relativa y su jerarquía, y la determinación y el control del núcleo central; aristas de la representación social.

De este modo, al elegir esta técnica en los términos de menor control y mayor libertad posibles en los entrevistados, se acude desde la propuesta de Abric (2014), a elaborar análisis de contenidos que apunten a producir un análisis del discurso sobre lo que se percibe como región, nación, país o territorio, adicionalmente que se desglosan las respuestas en categorías conceptuales que, a petición de la investigación, presuponen el espíritu consciente e inconsciente de la colombianidad.

2.1 Análisis de resultados

2.1.1 ¿Qué factores nos identifican como colombianos?

2.1.1.1Ética individual y social: En este contexto, a partir de una cantidad numerosa y reiterativa de entradas conceptuales esbozadas por los encuestados, en las que se establecieron conductas de tipo individual y social en el ser colombiano, teniendo en cuenta que la ética es la ciencia que estudia estos comportamientos en torno a rasgos culturales, principios morales y características sociales, surge en el rastreo de la colombianidad esta categoría, que navega a través de ideas que se relacionan con el trabajo, la creatividad, la puntualidad, la alegría, la laboriosidad, el esfuerzo, el optimismo, la solidaridad, la amabilidad e incluso la felicidad.

Así y desde las posturas de Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000), los colombianos parecen edificar en sus relaciones afectivas inmediatas, una gama de actitudes que comprometen los insumos básicos de la nación; una cultura personal que podría anclarse a la identidad nacional y colectiva, pero sin otras condiciones imprescindibles desde una modernidad que no se efectúa todavía a plenitud, como bien describe Beissinger (2000) y que persiste en su pobreza en aspectos como la ciudadanía, la cultura política o la conciencia nacional incluyente.

En este sentido, la felicidad subyace como una idea bastante singular, pues en un país con unos estándares de desigualdad, violencia y corrupción públicas tan profundos aún, al mismo tiempo se manifiesta y se insiste en sostenerla como acto cumplido o posibilidad cercana, dentro de un territorio con fenómenos tan agresivos. Sin embargo, habrá que profundizar cuál es el contenido de esta noción y cómo se asocia con otros aspectos vitales de la cotidianidad de la nación, tal como exige Gutiérrez (1966) en su obra, y que parece implicar otra vez su opacidad, sin objetivos a largo plazo, y sumergida en la inmediatez de placeres anodinos y muchas veces violentos.

En esta vía, otros indagados plantean que la definición del sujeto colombiano no surge de aspectos tan generales tendientes al carácter moral del individuo y mejor optan por observar ese quehacer en actividades materiales, más cotidianas y anónimas si se quiere, basadas en un modelo originado en tiempos remotos y que se ha posicionado históricamente en los medios de comunicación, como lo referencia Rincón (2006), basada en la destreza para regatear en los mercados y obtener ventaja, la sagacidad para llevar a cabo negocios de todo tipo o la capacidad

de la persuasión con diversos fines inmediatos. Los anteriores, aspectos a estudiar con relación a una ética normativa y que es agudamente deconstruida por Yunis (2003) en su obra.

Por tal motivo, esta ética cotidiana también permite reflexionar en otros indagados, que el ser colombiano se ve representado en acciones negativas y oscuras del sujeto, en los cuales la indiferencia, la violencia para resolver los conflictos, la envidia, el egoísmo, el conformismo o una infausta tendencia a ser corruptos, demarca la contracara de un excesivo optimismo que la mayoría de encuestados se esfuerza por afirmar en principio.

Asimismo, otras actitudes habituales como llegar tarde, hacer trampa, mofarse constantemente de cada situación usando el humor negro y deshumanizado, entre otros, también revelan un carácter primitivo que confirman no sólo conductas primarias, sino nociones de ciudadanía, civilización o civismo demasiado precarias o distorsionadas, y formas de la personalidad colombiana consignadas en las tesis de Gutiérrez (1966).

De este modo, se contabilizaron 43 entradas relativas a las categorías de trabajo, laboriosidad, creatividad, manufactura y producción; demostrando que este aspecto de la identidad nacional en el país, se ha edificado a partir de la dedicación y la capacidad tradicionales e innegables que tienen los sujetos colombianos en los diversos aspectos de la vida. Así, sin que los encuestados lo expresaran explícitamente, estas afirmaciones terminan articulándose con otras como la inventiva, la recursividad o el rebusque, esta última generalidad, consecuencia de la supervivencia de la que se jacta el colombiano y del abandono por parte del Estado, y de quienes lo han administrado durante dos siglos, alimento permanente de la cultura ladina que denota Yunis (2003) en sus aseveraciones.

El trabajo, como categoría económica, demuestra una configuración medieval y desajustada de las necesidades del desarrollo, la modernidad o el bienestar, así como termina articulada con los fenómenos de la violencia política, pues al tiempo que no se considera aún una legislación laboral que contemple la necesidad de la formalización, el progreso y la generación de riqueza por parte del trabajador en toda la nación; los esfuerzos obreros a partir de la movilización o el sindicalismo, han sido criminalizados o aplazados en el tiempo, reproduciendo la brecha de la desigualdad que todos los días es más amplia y que enmarca la nación en una democracia espuria, como bien lo plantea Robledo (2005).

En consecuencia, la interpretación que este ejercicio hace del pundonor colombiano para trabajar, se relaciona con la informalidad laboral que es escandalosa y en esta medida, la capacidad para soportar las condiciones más oprobiosas dentro de la formalidad, develando el conformismo que se enuncia como carácter del colombiano también, así como el miedo a la exigencia de los derechos, siendo así, la consolidación de unos imaginarios instituidos, como refiere Castoriadis (2007), desde tiempos coloniales y que se arrastran y se niegan en el anonimato.

A fin de cuentas, esta inventiva, creatividad o recursividad parecen alcanzar mínimamente para supervivir en unas condiciones de inequidad profundas y no reproducir la capacidad de demandar nuevos derechos laborales, que acerquen al colombiano a niveles más altos de bienestar e intentar sostener los que ya existen, so pena de perder el empleo, padecer persecución o reavivar el temor por solicitar demandas obreras mínimas.

Por último, dentro de lo mencionado por los indagados, se comprenden expresiones dialectales como la "verraquera" con relación a la distorsión de la valentía, soslayando la resistencia hacia fenómenos como la injusticia, el hambre o la violencia. Más bien, aceptando que la fuerza bruta, la obediencia y el silencio cómplice hacen íntegros al sujeto colombiano, sin oposición a la arbitrariedad del Estado o a las formas de la pobreza que le han impuesto. Al revés, discurren los encuestados, se es "verraco" para trabajar en lo que sea así no se sepa mucho, se aprende en el camino, más que recursivo improvisa y asume las leyes que lo condenan como divinas e inmodificables.

En esta tónica, el colombiano pervive en una lucha diaria que se relaciona con la obtención de recursos básicos para vivir o sobrevivir en la mayoría de los casos, de ahí la creatividad referida, pero también la urgencia de no quebrar una economía de la inmediatez y que se sostiene con valores morales relativos, por ejemplo, las manías tramposas en los negocios simples del día a día, pedir "ñapa" (o adición por el mismo precio en una compra) y en su defecto, requerir rebaja si el dinero no alcanza, recreándose el mundo picaresco de la colonia que describe Yunis (2003).

Además, dentro de la inmediatez referida y precaria, la recursividad se extiende hacia el engaño, la actitud ladina o el pequeño fraude, representados en la especulación comercial, el contrabando, la inflación artificial, entre otras formas de un dudoso ingenio que ha trascendido al mundo con el narcotráfico, la falsificación o la estafa. En esta disposición, la cultura popular entiende como "verraquera" este tipo de ejercicios afiliados a su vez con una hipermasculinidad

agresiva, que toma fuerza en iconos del caudillismo político o social como Pablo Escobar, Laureano Gómez o Álvaro Uribe.

Sin embargo, es preciso afirmar desde 65 entradas conceptuales, cómo los indagados aseguran que otros rasgos éticos del orden personal y colectivo, reafirman al colombiano como un sujeto enmarcado en la solidaridad, la alegría, la colaboración, la amabilidad, la inteligencia, el optimismo o la calidez, elementos que permiten configurar otras formas de fortaleza afectiva e individual, lejos del objetivo de construir ciudadanías potentes o movimientos sociales que puedan estimular mejores condiciones de vida, mayor oportunidad de negociación al definir las reglas del poder y al final, concretar aquello que es letra muerta, la democracia participativa o si se quiere, la potencia de ciudadanías activas que se pretenden desde las líneas de Perea (2009).

En este sentido, la alegría o el buen humor que caracterizan al colombiano, parecen referirse a la naturalización de sus tragedias en los diversos órdenes, así como a una superflua posición política que termina por producir el chiste negro en torno al dolor de la guerra o la corrupción, la resignación respecto a las formas del ejercicio criminal del poder, y en últimas, el ser cómplices de las más abyectas representaciones que han quedado de la cultura de lo rápido, fácil y efectivo, alrededor de prácticas asociadas a la viveza, el pillaje y la violencia, originadas en el tronco común del narcotráfico. Todos los anteriores, elementos que posicionan a la nación siempre en la disyuntiva de la barbarie o la civilización, como describe Rojas (2001).

No obstante, estas prácticas afectuosas y cercanas, revelan a la familia como estructura de salvaguarda moral en los momentos más complejos de la historia anónima y cotidiana de los sujetos, y cualquier pretexto surge para reunirse, hacer fiesta o demostrar cariño a los propios y extraños, como se verá más adelante.

Los imaginarios sociales del colombiano entonces, se extienden en torno a lo inmediato, no sólo en términos de una economía del rebusque y del eterno presente, ante todo en capas bajas y medias, sino también en términos de la organización colectiva que surge en medio de la "rumba" o el jolgorio, este orden tiene unos límites demasiado próximos y alcanzan a activarse en medio del espectáculo deportivo, gastronómico, religioso o consumista, siempre acciones presionadas por la propaganda mediática que ejerce una profunda influencia como lo demuestra Rincón (2006).

Tal es así, que el constructo de la felicidad, categoría tratada antes y renombrada e insistida desde diversas tribunas como carácter inherente a la colombianidad, surge con numerosas entradas en esta encuesta y se confirma como un objetivo más que se avizora en un horizonte contiguo, sin mayores complejidades y compuesto otra vez por placeres sencillos, concretos y fugaces, en relación perenne con la celebración, respecto a triunfos pírricos que siempre se han sobredimensionado desde las hegemonías del poder. A saber, las victorias deportivas, la proyección psicosocial en símbolos de la industria cultural, los supuestos descubrimientos científicos o el consuelo del café como el más excelso del mundo.

En síntesis, estos placeres que son el camino expedito a fines más abstractos como el bien común, son carentes de mayor diversidad, con lo cual el conformismo, un carácter reiterativo y mencionado antes, emerge como cota final en la construcción de deseos más ambiciosos y, en consecuencia, aspiraciones más complejas para un bienestar totalizante, colectivo y duradero se aplazan o desaparecen. En efecto, una construcción de representaciones que se origina en la colonia y que de allí no ha podido salir al parecer, tal como lo advertía Gutiérrez (1966).

Ante la ausencia de un pensamiento crítico y consistente, dirigido a las estructuras externas que en principio producen nación, como el Estado, la cultura, la educación, la memoria, entre otros; y aún peor, en la ausencia de la conciencia del papel como sujetos, individuos, ciudadanos y componentes sociales, se hace muy difícil remover viejos vicios para promover una ideología colectiva y una productiva identidad nacional, al parecer negada con sobrada razón por Melo (2006).

Finalmente, ante un cumulo de 10 entradas, apenas el 20% de todas las anteriores, sobre los valores y las prácticas negativas éticas del colombiano, algunos indagados comprenden estos rasgos alrededor de la indiferencia social, la tendencia al individualismo y otras acciones más graves relacionadas con el delito, con lo cual admiten preocupación por la forma en que la nación es vista e interpretada desde afuera.

Además de esos caracteres nocivos, se hallan el egoísmo, la envidia y el olvido, este último, rasgo que devela la imposibilidad de construir entre todos, una memoria social que permita la reparación, la verdad y la no repetición de tanta barbarie que se renueva una y otra vez, como insiste Rojas (2001) en su obra, respecto a la urgencia de un verdadero aparato de memoria histórica.

2.1.1.2 Entradas conceptuales

Pedir rebaja

Llegar tarde y pedir rebaja

Pedir rebaja para todo

Nuestro carisma, nuestras ganas de trabajar y hacer las cosas mejor

Trabajadores

Las ganas de hacer las cosas

Trabajadores

El trabajo constante

La capacidad de superación a nivel económico

Trabajadores responsables

El trabajo

Emprendedores y creativos

La producción

La buena mano de obra

Lo trabajadores

El no rendirnos ante las dificultades

El cumplimiento y buen trabajador

El hecho de que nos preocupemos por nuestro país

El tiempo de trabajo

Recursivos

Capaces de hazañas y grandes logros

Trabajadores

Que somos colaboradores unos con los otros

El hecho de que trabajan demasiado aún si les pagan un miserable mínimo

La producción

El desempeño que le ponen a nuestros asuntos

Lo trabajadores y el rebusque para poder traer comida a la casa

El esfuerzo

Trabajadores

La más importante por la cual nos identifican es por ser trabajadores

Siempre sacar la familia adelante

Somos recursivos

La verraquera

La creatividad y las ganas de querer avanzar cada día

El que siempre intentamos hacer todas las cosas hasta sin saber cómo se hacen

Nada nos queda grande, siempre hacemos de todo y si alguien nos reta a algo no se nos da nada y lo hacemos

Lo trabajadores

El don de ser muy trabajadores

Las ganas de seguir día tras día luchando por el país

Lo trabajadores

Ser únicos en la creatividad y ver más allá que cualquier otro

Flojera que, aunque esté presente, no es usada como excusa para no cumplir con los quehaceres diarios

Que somos recursivos

Buenos trabajadores

Creatividad

La alegría

Amables

Nuestro estilo de vida y pensamientos e ideologías

La perseverancia y la solidaridad

La alegría

La afectividad y la espontaneidad

La búsqueda por el bienestar, el cubrimiento de las personas que nos rodean ante cualquier adversidad

La solidaridad, lo amigables y la igualdad de género

Pedir rebaja por algo que vamos a comprar

Somos felicidad, somos recursivos, tenemos valores y sentimientos, somos muy alegres, amables y solidarios

El colombiano se identifica por ser una persona alegre, solidaria y yo pienso que algunos factores por los que nos identifican son:

Inteligencia, buenas personas y entusiastas

Los valores que practicamos

Alegría y esperanza

Hay muchas cosas que nos identifican tanto buenas como malas, las buenas levantan el nombre de Colombia

Nuestra solidaridad, nuestra unión frente a crisis como la que estamos pasando

Como colombianos siempre se nos ha caracterizado por ser personas amables, alegres, colaboradoras

Nuestro orgullo, ese es el factor principal que nos identifica como colombianos.

El carácter de los colombianos

Nuestra idiosincrasia

Lo echados para delante, la solidaridad con nuestros compañeros, la sonrisa que siempre tenemos

Aspectos elegidos: mis amigos, mi trabajo, mi pareja. Somos personas cálidas, bondadosas, etc.

La familia

En general somos personas de buena energía, nos gusta compartir, ser amables, el comportamiento, el porte, amables

Tropicalistas, exagerados en triunfos y derrotas

Ser hospitalarios

La calidez

Solidarios con quién lo necesita y una de ellas socializar con la comunidad, y ante todo de forma respetuosa y la alegría de cada colombiano

La alegría

La forma de ser de nuestra gente, la amabilidad del buen colombiano.

Somos personas con buenas energías

Los factores que nos identifican como colombianos son cosas como: la solidaridad, la amabilidad

El factor de siempre tratar de mejorar las cosas, así a veces no salga como el pueblo quiere, pero siempre está la intención.

Nos identifican con que somos personas de buen ambiente, los amistosos que somos. La alegría, la solidaridad

La alegría, pensamientos y somos personas cálidas, saludamos con cariño y estamos pendientes de las personas que queremos

La alegría, el buen humor, alegres, solidarios, etc...

Somos cariñosos, y amables

Nuestra forma de ser

A los colombianos los identifican por muchas cosas, pero creo yo que las alegrías

Somos muy sociables

Nuestro optimismo y alegría

La alegría, la solidaridad

La alegría

Lo solidarios

Los factores que nos identifican como colombianos son: el cómo podemos ser agradables, somos personas alegres, también nos caracterizamos por ser unidos en diferentes formas, este llega a distinguirse de que somos el país más feliz del mundo.

La alegría

Amables y el compañerismo, y además de muy alegres

Principalmente, la alegría que le ponemos a las cosas y nuestra verraquera cuando estamos en malas situaciones

Nuestra alegría

Las ganas de ayudar a los demás

El honor, el orgullo, la amabilidad

Uno de los factores es que somos personas cálidas, saludamos con cariño y estamos pendientes de las personas que queremos

Nuestra actitud, creo que no hay otro país que tenga el segundo puesto entre los países más felices, y también la hospitalidad

Nosotros como personas

Cálidos, el ser muy positivos, etc.

La felicidad, orgullo por nuestro país
Alegres
Que somos personas muy alegres y amables, creativos, solidarios
La calidad de personas
Pedimos rebaja cuando compramos algo, el pedir ñapa y servirle a los demás
Lo compincheros
Recocha
La desconfianza con la que vivimos
Execrables delitos
Dejar todo para el último momento
Las malas cosas generan xenofobia y racismo por parte de otros países hacia el pueblo colombiano.
El conformismo, la indiferencia a la vez y el olvido.
El egoísmo, la envidia, y la indiferencia

2.2.1.3 La Cultura en torno a la gastronomía, el baile, la fiesta y la música: Con relación a la anterior categoría que, permitió comprender algunos aspectos de la identidad alrededor de una sustancia ética, individual y colectiva, es claro que la reproducción de la cultura colombiana a través de sus variadas manifestaciones, también revela cómo se perciben grandes objetivos humanos como la felicidad, el amor, la nación o la familia, pues así lo estipulan Smith (1997) y Anderson (1993), respecto a los modos de la nación y la nacionalidad.

De ahí que esta espontaneidad de imaginarios sociales como la fiesta, la celebración o la alegría, demuestran que estos valores trascienden sobre otros claves y que se discutieron en la categoría anterior, por ejemplo, la formación política, la ciudadanía o la movilización social, estos últimos, aspectos que dejan a Colombia siempre como una nación inmersa en una modernidad aplazada y fracturada como lo admite Perea (2009).

Al parecer, los colombianos se reúnen y comparten alrededor de actividades, que más allá de su puerilidad, indican un punto de inflexión en el cual se articulan los lazos de la identidad nacional y, ante todo, la posibilidad de una imaginación nacional, como lo solicitan Múnera (1998) y Anderson (1993). En consecuencia, el mestizaje cultural requiere de estudios mucho más

profundos para confirmar desde la investigación que, las raíces hispánicas se envuelven en raíces africanas e indígenas todavía invisibles y además emergen inconscientemente en el baile, la afectividad, la música, la sexualidad, el abordaje de la enfermedad, entre otros aspectos.

Así, la gran diversidad cultural del país que se desglosa en una gama de aspectos como el folclor, la rumba, los instrumentos musicales, los festivales y carnavales regionales, los sonidos característicos, además de concepciones tan particulares como el "sabor" colombiano, con un múltiple valor semántico, enmarcan estos escenarios que implican la relación intrínseca con la religión católica y el sincretismo con prácticas paganas y naturalistas que se desbordan a través del ritual de la fiesta, pero que desde la conquista se mimetizan, se invisibilizan o generan vergüenza en el plano de lo consciente y lo social. Un fenómeno distinto que dará cuenta del ingreso del país a la civilización por otra ruta, como lo indican Elias y Dunning (1992). El número de entradas fue de 75, demostrando el valor que los encuestados le dan a la cultura y sus relaciones.

Entonces, las influencias típicas del licor, la música y el baile en la celebración colombiana, afloran estas raíces ancestrales en la espontaneidad y el encuentro; sin olvidar que los movimientos, los sonidos y los símbolos se han hibridado con elementos de tipo global en síntesis con la tradición del acordeón, la guacharaca, la ruana, el sombrero vueltiao, la chiva y otros signos materiales que reafirman las coyunturas y las diferencias regionales.

En cuanto al sabor, como se mencionó, posee distintos significados, y extiende una amalgama de momentos, elementos y relaciones que van desde la comida y su color, pasando por las cadencias del baile festivo en dirección a la compenetración con la música, la sexualidad y la naturaleza. Como en otros casos, emerge en el instinto y necesariamente requiere mayores análisis como categoría de la identidad nacional, al respecto, algunas preguntas podrían ser resueltas en los terrenos del estudio de lo inconsciente en la cultura, realizado por Freud (1988) o Castoriadis (2007).

De tal forma que, esta disposición cultural reproduce un aparato de costumbres y tradiciones que refieren los indagados, como principal en la identidad colombiana, desplegándose hacia las infinitas muestras gastronómicas que como en otros casos, también confirman las articulaciones y las fronteras de lo regional. Sin olvidar el valor simbólico y costumbrista de bebidas típicas como el café o la aguapanela que, efectivamente insisten en los imaginarios de la energía vital a través

del trabajo, la persistencia, el madrugar y además dibujan la transición de la vida rural hacia la urbana que refiere Palacios (2015).

La alimentación en Colombia indica estas formas múltiples del sujeto, de acuerdo a su ubicación geográfica, desvelando también la necesidad de la abundancia, los excesos de grasas, harinas y carnes que no vitalizan una dieta balanceada, sino la idea de la energía que ya se mencionó, adicional a la ansiedad de quedar "llenos" como ya refirió Gutiérrez (1966) y que La Redacción del Tiempo (2016), argumenta como un rasgo de la pobreza de la nutrición en Colombia.

El exceso en la fiesta, la alimentación o la rumba podrían confirmar a partir del pensador colombiano, la anulación de metas a largo plazo y con mayores ambiciones, y tal como se concluyó en el aparte anterior, el colombiano vive en una economía del presente y al parecer su cultura también se edifica en la inmediatez, sin ahorro y sin medida.

Sin embargo, la cultura colombiana es tan diversa y múltiple que aún hoy se hacen cruces e hibridaciones que la enriquecen en términos del mestizaje, de la globalización y de la confirmación de viejas costumbres y tradiciones que aún persisten en el tiempo, tesis que exige Melo (2006) en su relato. Al tiempo que la configuración de lo mestizo reproduce una riqueza incalculable, como lo refiere Vasconcelos (2003) e implica revalorar lo afro, lo indígena y lo hispánico, no sólo en el factor ritual, festivo o espontaneo, sino como reparación a los incontables crímenes que se han cometido en contra de etnias condenadas a la marginalidad.

Reconocer toda la configuración cultural del colombiano desde lo mestizo, requiere una descolonización del territorio, la economía, la política y el Estado, pero también del lenguaje y el pensamiento, pues lo indígena y lo afro deben escapar de la borrachera, la taberna y la verbena, para apropiarse de los derechos negados durante siglos.

2.1.1.4 Entradas conceptuales

Rumberos
Diversidad gastronómica
Símbolo de baile
La música
La música
La comida

El café, la ruana y la chiva rumbera

La cultura, las ferias y fiestas

La comida

Los diferentes platos típicos

Las culturas

El café

La gastronomía

La comida y los platos típicos

Nuestros trajes típicos y la cultura

La cultura

La cultura

La cultura

Cultura

El folclor y la gastronomía

Diversidad cultural

El café

La cultura

Folclor y comidas deliciosas

Música, la gastronomía y el baile

Nuestra cultura

Las costumbres

Nuestros rasgos característicos como acentos, formas de expresarse y de llevar la vida cotidiana.

Costumbres, acento, tradiciones y cultura.

Nuestras costumbres y tradiciones

Un colombiano se identifica por su cultura tan marcada y sus rasgos de criollos

La diversidad de cultura

La gran capacidad que tenemos para generar arte

Nuestras costumbres

Nuestra cultura

La ruana, la panela, el café, el sombrero vueltiao y el acordeón

Hay muchos factores, uno sería el factor cultural: los bailes, las costumbres, las comidas, la música, etc.

Nuestras costumbres

Nuestra diversidad gastronómica

Cultura: Danzas Nacionales como La Cumbia, La Carranga, El Joropo

Bandeja Paisa, Tamal, Ajiaco

Nuestra cultura

Gastronomía

Bueno, yo creo que nuestro sabor

Los hábitos, costumbres

La cultura en general

Multiculturalidad

Comida, música, bailes típicos

Las costumbres alimenticias, el folklore, la cultura en los pueblos

Nuestra cultura y gastronomía

Bandas nacionales de rock, aterciopelados

Nuestra cultura

La comida, la cultura

Las costumbres

La ruana, el sombrero vueltiao

Folclor

El vestuario, las comidas, la danza y tradiciones

Yo pienso que la ropa, los instrumentos y la comida

Nos caracterizan objetos como la ruana y las mochilas wayú o la comida

Sus costumbres

El uso de ruanas, la producción y consumo del café, tamales y panela, el uso de las chivas, las comidas colombianas como el corrientazo, bandeja paisa, el ajiaco, la arepa y la changua, las festividades de algunos departamentos

Café

Una de las cosas que identifican a los colombianos es nuestro café, ya que el café colombiano es uno de los cafés más deliciosos

La cultura y la comida

Los ritmos afrocolombianos y la cultura

La variedad de comida y el regionalismo.

Las costumbres, la cultura, la vestimenta (en ciertas partes del país) etc. pero el factor que más nos identifica como colombianos es el hecho de que hayamos nacido precisamente en un país que se llama "Colombia"

Nuestra cultura y costumbres

El café, la ruana la orquídea y el arequipe, esos son los factores que logran identificar como colombianos

La comida que hay en nuestro país es fabulosa

Las costumbres

Gustos

La cultura y la comida

Tenemos buen suin para bailar, también por el ajiaco la bandeja paisa, la changua, etc...

El café, las comidas típicas de cada región, el sombrero y el poncho.

Los campesinos y la ruana

La diversidad cultural y el café

La comida

La panela, el café y la chiva

Nos identifican por costumbres regionales como la danza, símbolo de sabor

Bailamos de todo

La cultura, la pesca, los trajes típicos, la música, la comida y los carnavales

La ruana, el sombrero de acordeón, las mochilas wayú, el Carriel, la panela, el café, la chiva y la marimba de chota

El arequipe

Una olla en el río, un asado en fechas importantes, mariachis para los cumpleaños y un tío loco

En forma artística tenemos mucho sabor

El vallenato

El arequipe

Usar ruana, tocar acordeón, tomar agua panela, la chiva y el arequipe

Gastronomía

Nuestra cultura

2.1.1.5 La Identidad nacional y regional con relación al territorio, la geografía y la raza: Tal como lo han referido Rosas, Bellelli, y Bakhurst (2000), las identidades individuales se perfilan desde las relaciones íntimas en la familia y en ese orden, las identidades colectivas que devienen nación, se edifican en las relaciones con el espacio y el territorio, a su vez, provocando nuevos rasgos culturales.

Desde esta perspectiva, y a partir de las hegemonías que han ejercido el poder político en Colombia, se ha diseminado en las instituciones escolar, mediática y cultural que, el territorio colombiano es privilegiado por factores de tipo ecológico y por la infinita gama de recursos naturales que van desde la ubicación geoespacial, pasando por la pluralidad de climas, pisos térmicos y productos agrícolas, hasta la influencia de esos factores naturales en la constitución del sujeto mestizo colombiano, tal como lo creyeron Francisco José de Caldas o José Celestino Mutis.

Así, aunque este tipo de caracteres físicos y biológicos del territorio parten de la certeza, hoy se pone en franca duda que el disfrute de tantos y diversos recursos pertenezca a todos sus ciudadanos por igual. Aún peor, cuando la barbarie de esas hegemonías se ha recrudecido en el tiempo, a través del neoliberalismo económico y la transacción de las riquezas naturales ofertadas a precio de saldo. En efecto, promoviendo el desplazamiento de las poblaciones, las masacres, el asesinato de líderes ambientales, y trágicamente, esquilmando de las entrañas de su suelo el carbón, el petróleo y ahora el agua, hechos que reflejan la imposibilidad de una imaginación colombiana que se materialice en el territorio, como atestigua Múnera (1998).

Entonces, como en los aspectos analizados antes, los colombianos en su mayoría parecen deslindarse de tan brutal desventura, y aún hoy persisten en reafirmar que los mares, las montañas y los climas diversos les pertenecen; confirmando las contradicciones profundas de su estructura identitaria, pero al tiempo corroborando la fragmentación social, regional y política que se entiende en la interpretación que de la realidad, hacen campesinos o habitantes de la periferia y la que hilvanan los pobladores de las grandes urbes centrales, corroborando el choque de representaciones sobre las ideas de nación que se postulan con Castro y Restrepo (2008).

Sin embargo, los encuestados a partir de 23 entradas consideran que esta afiliación al territorio, a partir del hecho fortuito de haber nacido acá, los identifica como colombianos, generando imaginariamente una marca registrada que será indefectible y permanente. De esta forma, la etnicidad se hace inmanente al ser individual y colectivo que se representa en abstracciones vetustas como la bandera, el himno nacional o el escudo, los cuales se defienden desde el sentimiento patriótico, tan indeterminado y peligroso, pero articulado a una primitiva imaginación nacional como aclara Anderson (1993).

En estas relaciones tan emocionales y dogmáticas, los emblemas referidos se blindan contra cualquier sentido crítico que elabore interpretaciones sobre las imágenes que habitan el renombrado escudo, el origen político de los colores de la bandera o la necesaria exegesis de las letras de un himno caduco, inmerso en una métrica barroca y divorciada de contexto. No es absurdo que algunas generaciones sientan de suyo tales insignias, al tiempo que otros grupos sociales, en las escuelas o universidades, experimenten completa desafiliación con estos contenidos, originando así otra disrupción en los lazos de la imaginación colombiana que se describe también en las afirmaciones de Smith (1997), respecto a la movilidad espacio-temporal de la identidad nacional.

De acuerdo a lo anterior, los recursos naturales que, en otras 22 entradas, enorgullecen a los encuestados como metáfora de la identificación con el territorio, permanecen intactos y perennes como las ilustraciones del escudo o la poesía del himno nacional. En ese modelo de patria, ni la plataforma marítima se ha reducido por la abyección de los dirigentes políticos, ni el petróleo ha sido drenado por las multinacionales, como tampoco los páramos o las fuentes hídricas se han secado por el efecto de la industrialización, o se han desviado para construir hidroeléctricas que defenestran comunidades de sus territorios.

Al parecer, gran parte de los colombianos consideran que los recursos permanecen allí sin ser así, y reafirman un relato virtual de nación, sin la dependencia de un imperio al norte, sin la corrupción pública y sin la complejidad de la devastación ecológica que se ha padecido con mayor fiereza en las últimas décadas. Consideran los indagados la orquídea, el cóndor, la riqueza agrícola y la diversidad faunística como factores de la membresía que los afilia con Colombia, excluyendo o quizás, evitando incorporar en el discurso que, la tierra se usa para cultivar palma africana y, en consecuencia, para la producción de biocombustible, o que hace mucho los campesinos están quebrados y tuvieron que irse a la ciudad, pues los leoninos tratados de libre comercio destruyeron

su posibilidad de progreso, tal como insiste Yunis (2003) sobre la expoliación del territorio colombiano .

Ese sospechoso optimismo del colombiano, el cual le impide activar con fuerza su capacidad autocritica, termina por conformarse, como ya se anotó, con los triunfos de otros que incluso se fueron del país hace años y que cantan por el indio o el negro sin creerlo demasiado, exaltan el territorio sin conocerlo y a veces les hacen creer que sus triunfos personales le pertenecen a la nación, desde una incesante ficción narrativa que se reproduce en los medios, descansa en la sociedad y regresa de nuevo a la irrealidad publicitaria como decanta Rincón (2006).

2.1.1.6 Entradas conceptuales

Étnica

Nacimiento

Es la identidad que tiene cada persona

Nuestra maravillosa diversidad ecológica

La cosecha el ganado y la exportación de alimentos

Los símbolos patrios

Geografía

La bandera

Tenemos una exquisita diversidad de flora y fauna

Haber nacido en algún sector colombiano y tener nacionalidad colombiana

En el país el patriotismo está muy presente en todos los colombianos, independientemente de si se encuentra en su país o en el extranjero

Iconos instaurados: la bandera, el himno, la nacionalidad, el documento de identidad

El acta de nacimiento

Entornos ancestrales, los símbolos patrios (escudo, himno, bandera) y nuestra actitud

El color de piel

La orquídea

Que vivimos en un país que tiene mucha diversidad con variedad de fauna y flora, tenemos mucha tierra para realizar cultivos de cualquier tipo de fruta y vegetal

La nacionalidad, registro civil, el haber nacido en Colombia

Lo más importante, que tenemos marcada nuestra región

Porque nacimos en Colombia

Mares y su variedad en especies

Nuestro amor por la patria y unión por el deporte

La bandera, el escudo y el himno

El clima, la fauna y flora

Flores

La orquídea

El cóndor

La bandera

La orquídea

Nacer en Colombia

Deportistas que nos representan a nivel internacional: James Rodríguez, Falcao García, Mariana Pajón, Katherine Ibarguen, Nairo Quintana

Nuestra bandera

Podríamos hablar sobre nuestro territorio, como lo pueden ser nuestra variedad de aves, como nuestra gran producción de esmeraldas, como la variedad de climas que en estos territorios se presentan

Toda nuestra fauna y flora

Siento que nos identifica como colombianos un documento o un registro civil

La nacionalidad obviamente

La biodiversidad

La nacionalidad

Razas múltiples

Nuestros rasgos étnicos

2.1.1.7 El Lenguaje con relación a la Comunicación, Expresión, Dialectos y Formas de decir: En la consolidación de los factores que configuran al colombiano, es clave comprender el lenguaje, que al igual que otras aristas capitales, ha sido muy poco estudiado o no ha tenido la suficiente divulgación la investigación que se haya realizado al respecto. Como se ha expresado en otros momentos, la violencia política y el conflicto armado civil, han sido los elementos de la piedra

angular para estudiar al país, desviando o invisibilizando otros aspectos cruciales, sobre todo para comprender la cultura colombiana.

Lógicamente, las formas de comunicar, significar y dialogar, se articulan a los anteriores momentos relativos a la ética del sujeto, el territorio, las formas culturales y se suman a la descripción de la identidad como base de la imaginación social en Colombia, de modo que los viejos arquetipos coloniales para nombrarse a sí mismo y a los otros no desaparecen, tal como lo explicita Deas (1993) en su descripción del lenguaje en Colombia. Así, estos discursos y expresiones se adaptan y mimetizan a nuevas formas que tienen que ver con la interconexión global, la violencia política y social, los modos de ser de las clases sociales y la extensión de la cultura narco, entre otros fenómenos.

Al tiempo, traen consigo los modos de discriminación surgidos desde la hegemonía criolla, establecidos en la pirámide social colonial y que encarna los complejos cultuales más profundos, exaltando sin medida la bondad de lo blanco-católico y desdeñando con violencia el valor de lo afro-mestizo-indígena-pagano, tesis confirmadas por Yunis (2003). Una posición vertical que se refuerza en el lenguaje a la vez patriarcal y racista, desatando la nostalgia por lo hispánico y reinventando la leyenda de lo criollo, como mediación entre lo europeo y americano, disquisición resuelta en la obra de Anderson (1993).

De ahí y confirmando que, la influencia agresiva de la religión siempre ha producido el surgimiento de otros imaginarios sociales, políticos y culturales en la disposición de la identidad nacional, las formas lingüísticas en Colombia transitan a través de simultaneas rutas que incorporan aún el tabú, el pecado, el castigo, el miedo y la culpa, herramientas poderosas del aparato religioso como refiere Perea (2009). Un aparato que se activa, ante todo, en la oralidad del lenguaje y se hace patente en la doble moralidad de los diversos discursos públicos, íntimos, cotidianos o anónimos.

Este carácter típico del sujeto colombiano, se revela en el uso de la hipérbole ante algún evento asombroso y la minimización u ocultamiento cuando de rendir cuentas se trata a través de los diminutivos; el oxímoron, expone la contradicción que lo habita; la metonimia sexual, asigna un múltiple sentido para tramitar el tabú o el pecado; la sinécdoque, configura en la discusión, complejos de inferioridad o superioridad, y además está la ofensa, que daña a través de la

animalización o la cosificación, develando aquel comportamiento primitivo y violento común que también denuncia Vallejo (2007).

En ese orden, a partir de 29 entradas relacionadas, los indagados consideran que los acentos, las variantes dialectales, los chistes, las frases típicas, el desparpajo, los dichos populares, entre otros, son el signo clave para identificar a los colombianos y reproducir el imaginario nacional, unas extensiones lingüísticas que deben observarse y describirse a partir de la cotidianidad anónima de los sujetos, en el objetivo de obtener la mayor veracidad posible. No en vano, la doble moralidad que refiere Yunis (2003), se desplaza hacia todas las dimensiones humanas del sujeto colombiano que implican los discursos, las conversaciones y la comunicación.

En cuanto a estos modismos y tropos que se elaboran en la oralidad, y que además se diseminan inconscientemente, es importante recalcar el origen rural del colombiano, con lo cual advierte Palacios (2015), la vida en la ciudad es la recreación del campo para una gran cantidad de sujetos, incorporando la oralidad, inmerso en refranes y citas que se corresponden con la incesante relación entre la naturaleza y el hombre.

Es preciso anotar que, en las variantes dialectales y acentos, surge con toda potencia la demarcación de las fronteras regionales, una fragmentación omnipresente en la historia del país con orígenes remotos y que, al parecer, no parece alivianarse o resolverse en el tiempo. El regionalismo en Colombia presupone la invención de una nación y la imaginación de una cultura que no aglutina a todos sus componentes, a pesar del paso inexorable del tiempo y que se concreta en las observaciones de Múnera (1998) con respecto a la Costa Caribe.

En esta medida, tal como se confirma históricamente con las mezquindades de los criollos ubicados en Bogotá, desde tiempos de la conquista hasta hoy, se ha reproducido la ruptura del territorio no sólo a causa de la geografía, sino de la discriminación, la aporofobia y una supuesta superioridad política del centro del país.

Los regionalismos, formas primitivas y violentas de la cultura en la nación, se despliegan a través de las múltiples representaciones lugareñas del lenguaje, en articulación con la tierra, la naturaleza y los elementos comunes de los paisanos en cada territorio, como lo sostienen Castro y Restrepo (2008), confirmando el atraso educativo, el abandono estatal, la nefasta relación entre

centro y periferia; además de corroborar que en la nación los intereses de unos ciudadanos se imponen sobre los del resto.

El regionalismo refiere un peligro inminente, expresado en los fenómenos descritos y otros factores deleznables, como el control de algunas zonas por parte de grupos armados, la presencia de un Estado débil y hostil ante sus habitantes, los corredores actuales para el narcotráfico en las fronteras, la minería ilegal y la balcanización del país en aras de reforzar la corrupción y la violencia, acciones que han habitado a Colombia desde la conquista misma alrededor de una modernidad negada y aplazada, como lo exige Beissinger (2000) para producir nación .

2.1.1.8 Entradas conceptuales

Los acentos
El habla, nuestras expresiones y acentos
Los diferentes acentos
Cálida a la hora de entablar conversación con alguien más
Lingüística
La forma de interactuar con otros
Los acentos
Los memes en todo tipo de situaciones
Acentos variados
Frases y palabras como "SU MERCE" "PARCE" "MARICA"
Expresiones
El idioma
El hablado
Típicas frases
El tratar
Algunas actitudes o dichos
Su forma de hablar
La variedad de acentos y jerga en los municipios y departamentos
También se nos identifica por nuestro particular acento paisa
Nuestras expresiones
El acento

Nos gusta sacarle chiste a cualquier cosa que nos pase, ya sea algo bueno o malo
La forma de hablar
Inventamos varias palabras las cuales nos representan
Le sacamos el chiste a todo
Dichos
El dialecto
Nos identificamos con características muy divertidas las cuales nos hacen ser como somos
Los acentos
Formas de hablar
El dialecto
Los dichos

2.1.1.9 Memoria histórica, política y social: Esta categoría, como una de las que menor cantidad de entradas arroja, específicamente 10, reafirma las hipótesis planteadas en un principio, tanto en la estructura teórica como al deconstruir el instrumento de la encuesta abierta.

Esta confirmación indica que, las preocupaciones de los colombianos respecto a su devenir político, económico, histórico y social son muy nebulosas aún, inexistentes o complejas de asumir, frente a la claridad que se debe tener alrededor de una profunda formación política, una educación apropiada y consistente en ciudadanía, como lo exigiría Zuleta (1995) y la obligación colectiva que habría de existir para formar nación, simultáneamente con el crecimiento de la democracia participativa en términos del respeto a los derechos y su comprensión, la conformación de una potente movilización social (precisamente desde los diversos movimientos sociales) y la elevación pública de una verdadera cultura política.

En este sentido, tradicionalmente la política local se ha sincretizado con posturas religiosas que avivan las emociones y la visceralidad más que la racionalidad, contradiciendo uno de sus principales fines como la actividad del pensamiento más profunda que explica Foucault (1983), desde el estudio de las relaciones de poder. Sin embargo, en el devenir de la nación, la simbiosis entre violencia, el sectarismo confesional y la acción primitiva, ha significado su distorsión y en esa medida, ha terminado funcionando en favor de las élites hegemónicas una subordinación

colectiva, que ha impedido el ingreso y la vigencia de la modernidad para el total de la sociedad en el territorio.

De ahí que las élites regionales, como ya se dijo, han tenido un poder imperante y avasallante sobre la población en términos de la organización social, pero también cultural; se han adaptado y mutado en el tiempo para hacer del ejercicio público una actividad deleznable, inmersa en la corrupción y tendiente a la configuración mafiosa; En ese orden, la discusión del poder en Colombia, se ha tranzado a través de prácticas verticales, violentas y de supresión de los derechos elementales. Claro está, de manera más agresiva en la periferia que en el centro del país, como siempre ha ocurrido en los ya mencionados regímenes de representación que se confrontan desde siempre, como indica la investigación de Castro y Restrepo (2008).

De tal forma que, es simple acudir a la inmediatez de la historia, donde se revela esta complicidad en doble vía entre poderes hegemónicos y sujetos sociales, tal como es patente en las guerras civiles del siglo XIX, donde afloraron los poderes caudillistas, la ola de violencia en la primera mitad del siglo XX o el sempiterno conflicto armado de las últimas décadas.

Así, lejos de la imaginación nacional que exigen Múnera (1998) o Anderson (1993), los pobladores hicieron parte de ejércitos personales o regionales que dibujaron en su paisano al enemigo a vencer o matar, alrededor de la defensa de un color político o una ideología que, por demás, siempre ha sido ajena o carente de contexto.

Al tiempo, en esta fragmentación geográfica, popular y política referida también desde Perea (2009), las ideas de un Estado unitario y progresista que coincida con los efectos de una imaginación nacional, siempre fueron distantes o inexistentes para las comunidades de los territorios marginados en particular.

De esta forma, las grandes obras de infraestructura se han desarrollado sin erradicar las penurias típicas de la corrupción pública, la mediocridad o la insuficiencia y el beneficio siempre parcial para la gente de los territorios. Ejemplos de la actividad precaria para el desarrollo del Estado en Colombia son muchos, desde la perdida de Panamá, la desventajosa y siempre asfixiante deuda externa, los tratados leoninos de libre comercio; pasando por los “elefantes blancos” para el deporte, los servicios públicos o la educación.

La conciencia de Estado en Colombia ha sido tan débil para sus habitantes comunes como para sus dirigentes, la mayoría en el tiempo, herederos de las caducas prácticas coloniales, nostálgicos de la obediencia a la corona, propietarios de tierras improductivas, apegados a una estructura feudal económica o rapaces ante los derechos populares, juicios planteados en la obra de Yunis (2003). A la vez, insisten en mantener en el atraso general a una nación que, en su indiferencia, subordinación y miedo permanentes, aseguran por mucho más tiempo el control mafioso del aparato administrativo, político y territorial sin mayor oposición.

Tal como la pobreza intelectual y académica en las masas es manifiesta, también lo es la discusión cotidiana en relación con las causas que motivan su pobreza, la violencia, la injusticia o la corrupción; precariedad que se causa en la doble moralidad, la capacidad de disimular y evadir como refiere Gutiérrez (1966), o en la "creatividad" de pensar sólo en el trabajo. Esas carencias se originan también en la condescendencia que el ciudadano en Colombia tiene con el mafioso o el criminal, tal vez en el fondo lo admira; en la verticalidad que lo atraviesa para aceptar hasta el final de los días que unos mandan bien o mal y el resto, simplemente obedece, como también en la imposibilidad de desprender el dogma religioso de la racionalidad del debate y su aporte a la diversidad.

Asimismo, esa insistencia en el olvido y en la castración de la memoria colectiva, antítesis letal de la resiliencia, configura la capacidad de los colombianos de repetir y rediseñar sus tragedias afectivas, sociales y políticas, quizás porque "eso es lo que hay" y en consonancia con la falta de complejidad en el placer, en la estructura deseante que plantean Deleuze y Guattari (2010), la necesidad de otra dieta y la ausencia de una utopía trascendente, consideran que deben soportar las mismas estructuras de poder desde tiempos inmemoriales, permitir la humillación por otros siglos más, resignarse al castigo del padre que abusa y abandona, como metáfora del Estafo fallido, sin derecho a la sublimación que sostiene Freud (1988) y desde las sombras de la caverna, conformarse con los tenues destellos de luz que despide un futuro imposible.

Sin la acción consciente y sin el diálogo interno de sus habitantes, la nación evita confrontarse a sí misma y opta por culpar a los enemigos que desde la hegemonía del poder le han configurado. Los sujetos sociales en Colombia odian a sus contrarios, porque los regímenes de representación construidos por las élites les han enseñado cómo hacerlo, les han construido un discurso que se reitera en las tribunas mediáticas y anónimas, y sin la autonomía requerida en

mayores de edad como parte de ciudadanías auténticas, han permitido que los manipulen y los apacienten, desde el caudillismo retrogrado al cual tan solo pueden adorar.

De todas formas, en la educación como aparato moderno, cada vez más extenso en la tecnología, en el alcance de la información y en la globalización que ya no es neoliberal únicamente, sino emancipadora y liberadora, el nuevo ciudadano colombiano ya no entiende de sumisión y religiosidad política, comprende que, si nada le dejan debe luchar por arrebatar el poder a una élite envejecida y criminal, encargada de dictar la desesperanza como forma de vida.

A fuerza de dolor y de ver repetir la barbarie una y otra vez, en todas las dimensiones de la vida nacional, múltiples sujetos reconstruyen la identidad nacional desde la participación que les ha sido negada, a partir de la unidad necesaria que reúne viejos y nuevos objetivos, y, ante todo, imaginando una utopía que se pueda soñar colectivamente, como reclama la particularidad de los pueblos que describe Castoriadis (2007).

2.1.1.10 Entradas conceptuales

El país más corrupto
El narcotráfico
Marginalidad
La corrupción
Corruptos
Otro de los factores es el político (el sistema político de Colombia es dirigido por un presidente y se divide en senadores, congresistas etc.)
La gran ignorancia a la que estamos condenados, porque somos manipulados por los grandes dueños de este país
La economía, la corrupción y el narcotráfico

2.2.1¿Se siente más identificado con su región o con el país?

Esta pregunta, se desprende como consecuencia obligada del primer interrogante formulado a los indagados, pues teniendo clara la conclusión sobre la fragmentación del país en todos los sentidos: social, económico, geográfico y cultural como describe Perea (2009); es evidente que efectivamente se carga con el lastre de los regionalismos, caracterizados por su desarrollo endógeno y por un hermetismo cultural que no ha permitido entre otras cosas, la consolidación de una

imaginación nacional que resista tal atomización y en esa medida, se pudiera producir un proyecto de nación con una identidad diversa y popular que reclamara Múnera (1998) en su obra.

De otro lado, ante una dificultad tan compleja en el tiempo y el espacio, poco dilucidada y originada desde el momento mismo del desembarco invasor, es clara su incidencia en el atraso de la nación, tanto en términos económicos a partir de una vieja y nociva centralización que ensancha la brecha social, entre urbes cosmopolitas y periferias rurales; sino también del anquilosamiento social, atado a tradiciones que se reconocen como válidas, sin conversación con otras posturas y sin el debate que implica la apertura a otros mundos posibles, frente al ingreso real a la modernidad que describe Beissinger (2000) en sus líneas y que exige Melo (2006) en su ensayo contra la identidad.

Bien cierta es la tesis que afirma al país y sus regiones como fotografía del aplazamiento del progreso general, a raíz de una geografía imposible, pero también porque la nación no estuvo expuesta a flujos migratorios que, si fueron persistentes en otras latitudes del continente como refiere Laguado (2004), lo cual la mantuvo encerrada en sí misma y la condenó a creer, sobre todo en ciertos territorios, que lo que ocurría allí se compadecía con lo que pasaba en el resto del mundo.

En síntesis, la tensión entre campo y ciudad, periferia y centro o entre globalidad y localidad, enmarcada en el fenómeno de las regiones y el regionalismo, propone comprender las aparentes imposibilidades de la imaginación y la identidad nacional, así como podría volverse una alternativa para empezar a edificarla o interpretarla si ya existe, como ya se analizó en los resultados de la primera pregunta y que se debate insistentemente en el texto de Melo (2006).

2.2.1.1 Identidad de país: De acuerdo a lo anterior, y a las 65 entradas conceptuales, en las cuales los indagados manifiestan sentirse más identificados con la concepción de país, es clave comprender que la cifra es paritaria respecto a las dos tendencias planteadas por la pregunta. Así, y con relación a otros aspectos ya referidos en las respuestas anteriores, no existe una mayoría contundente que perciba la idea de país como la categoría que lo abrace como sujeto colombiano.

Asimismo, es probablemente cierto que esta identificación se refiera a la afiliación con el territorio, así como lo afirman Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000), pues una gran cantidad de encuestados, reconocidos en principio con la primera categoría, describieron una relación estrecha con los recursos naturales, los símbolos identitarios materiales, los imaginarios sobre fiesta,

alimentación o patria. Correspondiendo esta gama de ideas con la estructura de país y que tiene una intrínseca articulación con el espacio y el territorio.

En esa dirección, la categoría de país también se refiere a una extensión de la territorialidad, hacia el sentir de la cultura en los nacionales colombianos en términos intangibles, es decir, a partir de las tradiciones y de ciertos valores ancestrales, que como se dijo, se viven en la experiencia cotidiana común o en la solemnidad del acontecimiento importante. Esos valores persisten contra la fuerza del tiempo y poseen orígenes diversos que se sintetizan en lo mestizo, como valor cultural intrínseco que define Yunis (2003).

De este modo, insistir en la relación con los secretos de la naturaleza como lo hace el mundo aborigen, habitar la musicalidad y la rítmica africanas o acudir constantemente a la narrativa religiosa monoteísta, herencia hispánica por excelencia; demuestran la vinculación que el sujeto colombiano tiene con la geografía y en consecuencia con el imaginario de país, muy potente y superior en cuanto al imaginario de nación que exige Múnera (1998), pues difícilmente los paisanos en general de las diversas regiones del territorio, sienten el suficiente nivel de conciencia para comprender que, al sur, al oriente, al centro, al norte o al occidente, se hallan sus congéneres culturales, políticos y sociales, una ceguera cultural instalada desde hace mucho y que describen Castro y Restrepo (2008).

En ese orden, los regímenes de colombianidad que proponen los autores mencionados antes, terminan pugnando contra la posibilidad de una imaginación nacional que supere los ya referidos regionalismos, sin elaborar en una conversación amplia y convocante, la elevación pública y consciente de la necesidad de una nación, y en efecto de una imaginación nacional hacia el futuro que implican las tesis de Smith (1997) y Anderson (1993).

Es así que, esta investigación pretende confirmar los nexos, signos y claves de una colombianidad que se invoca en múltiples sentidos ya expresados, pero que no alcanza a convertirse en discurso, memoria histórica y movimiento social. Haciendo necesaria entonces también, la construcción del imaginario de Estado y en este sentido, lograr finalmente el acceso a la democracia real, la acción del poder republicano de la constitución, la materialización de los derechos y el negado acceso al bienestar general.

Sin embargo, es interesante que algunos de los encuestados expresan equipararse con la idea de nación, la cual se ha discutido ya como difusa y distante, a partir de la experiencia y el sentir de los mismos indagados, aunque no deja de ser un objetivo siempre plausible. Del mismo modo, alrededor de 7 entradas refieren que su identificación es próxima a ambas categorías, por lo cual se interpreta una mirada más amplia y consecuente con la búsqueda de la colombianidad y su relación con la identidad nacional.

Finalmente, 3 entradas afirman que no los interpela las ideas de región o país y, de hecho, revelan sentir desazón e infortunio al poseer la nacionalidad colombiana. De tal forma que, más allá del cuestionamiento a sus afirmaciones, esta investigación analiza con interés las posiciones divergentes a las categorías de patria, nación y Estado como aportes claves, pues configuran otra forma de percibir la apropiación de las subjetividades e identidades del colombiano.

2.2.2.2 Entradas conceptuales

Con el país
Con mi país específicamente me encanta mi cultura nacional.
Con mi país
Con el país
Con el país
Con el país
País
Identificarnos como nación
Con el país
Con el país
Sí, ya que amo mi país natal, amo su biodiversidad, amo su flora y su fauna, por esta razón me identifico con mi país
Sí, yo me siento orgullosa de ser colombiana
Por mí país
Con mi país
Con las dos
Con el país

Con mí país

Con el país

Me siento más identificado con mi país porque parte de la región que comprendo tiene pedazos de todo el país, es algo integral y eso también me hace ser integral en mis conocimientos y enseñanzas.

País

Pienso que tengo rasgos característicos de mi región, pero siento que abarcó más el entusiasmo y las ganas de salir adelante del colombiano

Creo que, con ninguna, no me gusta mi país por muchas cosas (estoy respondiendo respetuosamente, no lo tome a mal por favor

País

Con Colombia

Con mi país

Con el país

CON EL PAIS

Mi país

País

Con el país

País

Con el país

Con mi país

Con el país

Con el país

Con el país

Considero que, con mi país, porque considero que a mi región le falta un poco de humanidad, se ven inseguridades ante los ciudadanos y hay muchas más regiones hermosas y que realmente cuidan su lugar, ya sea uno de los factores como el medio ambiente.

País

Me siento más identificada con el país en general

Con el país

Con el país en general, ya que me siento identificada con pequeñas cosas de diferentes culturas del país

País

El país, todo en general es un poco de lo que somos

País

Con país ya que representa a todos los que viven en él

Con mi país, ya que vemos cómo es hermosa y tenemos una biodiversidad grandiosa, algo que no encontramos en otros países, la gente, el ambiente es genial.

Con el país

País

Ambas

En este caso pluralizamos ya que todos y cada uno de nosotros nos identificamos por nuestro país y no por la región

Con el país

Con ambas

Con el país. Porque me representa a nivel mundial con sus maravillas ecológicas, culturales y deportivas

País

Me siento identificado con ambas porque es casi lo mismo dependiendo en donde estemos situados

Con el país

Con el país.

Con mi país

Con el país.

Con el país

Con el país

Colombia

Con el país

Me siento identificado con mi país

País

Con mi país

Con los dos

Con el país

Con el país

Con el país, independientemente de que cada región tenga sus costumbres, en el fondo cada uno de sus habitantes carga consigo ese poco de colombiano que mencioné antes.

Si me siento muy identificado con mi país Colombia

Con el país, Colombia es ríos, valles, bosques, belleza, arte, pero se desperdicia muy tristemente

Con mi país, porque es lo que nos identifica muchas culturas diferentes

Me siento más identificado con mi país

País

Con el país

País

A nivel mundial me siento más identificado con el país directamente, pero acá en Colombia me siento más identificado con la capital

Con el país

2.2.1.3 Identidad Regional: En este caso, respecto a la apropiación del territorio alrededor de la región, el número de entradas de los encuestados que aseveran sentirse más cercanos a esta categoría es de 65. Sin embargo, es pertinente aclarar que, muchos poseen su residencia en Bogotá como ciudad capital que les provee el sustento laboral, la posibilidad de prepararse académicamente o como en muchos otros casos trágicos, los acoge porque han sido víctimas del desplazamiento, el empobrecimiento en sus territorios o por amenazas de grupos armados que revelan en lo concreto, la imposibilidad de la paz social que exige Rojas (2001) en su trabajo investigativo.

No obstante, se resisten a ser absorbidos por la capital e intentan reavivar el espíritu folclórico que potencia su pertenencia a otras latitudes de la geografía nacional. De suerte que, en muchos casos, desde los encuestados y otros sujetos anónimos, a pesar de ser recibidos en la ciudad, experimentan hostilidad o indiferencia por parte de otros millones de sujetos que están

arrinconados en este espacio urbano como muestra de la ausencia de planeación y atropello que padecen los otrora campesinos y ahora citadinos que describe Palacios (2015).

Así, la resistencia al régimen de verdad enunciado por Castro y Restrepo (2008), que intenta imponer la ciudad a sus forasteros, versa en múltiples acciones afines con la conformación de núcleos familiares herméticos, como ya se indicó, y que conservan gran parte de sus tradiciones folclóricas dentro de sus hogares, pero que de vez en cuando se extienden a barrios y comunidades cuando surge el encuentro con nuevos paisanos, venidos a la ciudad por circunstancias similares.

Entonces, una ciudad como Bogotá termina conteniendo distintas comunidades culturales que provienen de todos los rincones del país y por causa de la hostilidad urbana, el abandono estatal o la discriminación (aporofobia) pasan a convertirse en guetos. Así ocurre en megalópolis como Nueva York, Barcelona o Paris y sus inmigrantes de otros continentes periféricos, mientras en Colombia, estas comunidades se distinguen por dos factores en el frio de la ciudad: por un lado, la necesidad de cerrarse en sí mismas a riesgo de ser violentadas y, en segundo lugar, su precariedad económica constante, habitando los extramuros de la capital y aumentando las cifras de pobreza y miseria.

Bajo el signo del estigma social, también racista, machista y violento, en las lomas de Bogotá habitan comunidades del Chocó, la Costa Atlántica, los Llanos o el Eje cafetero, que en lo general no vinieron de paseo o por voluntad propia y así como los factores de la guerra, la corrupción o el desastre ecológico los atropellaron y expulsaron de sus territorios, en la ciudad ocurre con el transporte público, el acceso a la recreación, a la salud y demás derechos negados.

De este modo la gran urbe, conteniendo millones de sujetos del resto del país, no logra reunir los mínimos valores para edificar una cultura nacional o una imaginación nacional, al contrario, con mayor hacinamiento o densidad poblacional, menor posibilidad de conversación intercultural, interacción de elementos civiles y, en consecuencia, un sentido de pertenencia respecto a un país que se reduce a la patria chica de donde vienen, identificándose con sus paisanos del territorio y desconectados de la vida republicana que un Estado espurio les prometió. En las regiones o en Bogotá, la mayoría de colombianos viven sometidos a la vulnerabilidad como destaca Yunis (2003).

Sin embargo, se preguntan cínicamente en los medios de comunicación, en el inactivo mundo académico y también quienes dirigen el Estado, cuál es el origen del regionalismo y sus defectos, qué falta para conectar a los sujetos y sus territorios, y por qué Colombia parece apenas una enunciación.

Esta investigación entonces, se anima a afirmar que los regionalismos son apenas mecanismos de protección de los lugareños y sus comunidades, no sólo contra una modernización que aún no les trae la prosperidad ni el desarrollo, o que es negada para las mayorías como refiere Múnera (1998), y en consecuencia condenándolos a un atraso perpetuo, sin derechos cumplidos respecto a elementos básicos como el trabajo, la alimentación, la educación o la vivienda.

Asimismo, reniegan de la nación y del Estado, porque los impuestos no se invierten desde sus locales centros de poder, sino desde el gran centro capitalino, como en tiempos coloniales o en su defecto, sus dirigentes políticos nunca hicieron real el ejercicio de la democracia y aún celebran el simbolismo monárquico y autocrático, donde la caridad enmascara el ejercicio de lo público, los privilegios pertenecen a las castas hegemónicas, la corrupción es la forma cotidiana de convivir y quien no atienda a estos valores nefastos, debe atenerse a las secuelas de la intimidación, la amenaza o el asesinato.

En síntesis, esa es la cotidianidad de muchas regiones que expulsa a sus más vulnerables a la capital o somete con crudeza a los que allí se quedan, y en efecto, son parte de los motivos sociales, políticos e históricos que configuran la ausencia de unos imaginarios de nación y Estado, potentes y masivos, sino también la crónica de una tragedia que no cesa a pesar de vivir tantas guerras civiles, varios procesos de paz y los más infames crímenes contra la población.

2.2.1.4. Entradas conceptuales

Sí, con la región, en el caso de Bogotá es la mezcla de todas las culturas mezcladas, muy raras pero que nos hace colombianos
Región
Región
Región
Con mi región, aunque vivo en Bogotá, mi raíz caucana está muy marcada
En este momento me siento más identificada con la región
Con la región porque cada región tiene su hablado y sus características

Región

Región

Con mi región

Región

Colombia es muy extensa y por ende hay diferentes tipos de culturas y no estaré de acuerdo con todas, entonces diré que con mi región

Región

Con mi región

Con mi región

Con la región porque hay muchas culturas en el mundo que yo la verdad no he visto ni vivido

Con la región

Con mi región

Región, por mi ubicación geográfica

Región

con mi ciudad natal Neiva

Con la región

Región

Región

Con la región, debido a que el país engloba muchos más problemas y mentiras con las que no estoy de acuerdo

Con la región

Región

Región

Con mi región, ya que casi todos vivimos diferentes a las personas de las demás regiones como la amazónica

Con mi región

Si me siento identificado con la región

Región

Región

Con mi región

Región

La región

Con la región porque compartimos cultura y creencias.

La verdad, hay colombianos con los cuales me siento identificado pero la mayoría de veces me siento diferente de los demás

Me siento identificado con ambas, pero más por la región, ya que es el regionalismo del rolo, las comidas más típicas de aquí, etc.

Región

Yo creo que con la región. Porque me atrae más conocer la cultura y la historia de la región andina que la de otras regiones del país, sin embargo, no puedo dejar de sentir un afecto hacia el resto del país. pero en sí, me siento más identificado con la región que con el país

Región

Con mi región

Con mi región

Región

Región

Con mi región, la naturaleza, la vegetación, clima y etc.

Con mi región

Con mi región

Con la región

Con mi región

Me siento más identificada con mi región

Región

Con mi región, el país tiene muchas y cada una tiene su cultura

Con mi región por las costumbres, por lo que ya expliqué claramente en la primera

Con mi región

Con mi región

Región

Con mi hermosa región Majagual Sucre.

Con mi región

Región

Con mi región

Con mi región

Región

Con la región

Región

Con la región, por nuestra forma de vivir y cómo hacemos las cosas cada región tiene una forma de hacer las cosas

Región

Región

Con la región

CONCLUSIONES

Identidad y alteridad nacional

Estableciendo como origen de la identidad, la claridad que cualquier individuo construye sobre sí, en torno a sus rasgos personales, su aparato de recuerdos edificados desde la memoria como lo pretenden evidenciar Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000), las estructuras familiares y espaciales, además de la consolidación del sujeto de derechos que cualquiera debiera asumir para ejercer ciudadanía; es evidente que la identidad colombiana se enriquece de diversos valores descritos desde lo cultural y lo territorial, pero se hace opaca cuando se trata de la acción social con relación al ejercicio de la ciudadanía o la cultura política, las anteriores, categorías intrínsecas para asumir una verdadera y consecuente Modernidad que traslade a la realidad fáctica una Constitución liberal como la de 1991, se garanticen los derechos básicos de la población y se respete con carácter sagrado el componente de la sociedad civil, que sólo tiene sentido en tanto exista la movilización social .

La identidad cultural en Colombia es infinitamente diversa y se envuelve en un ambiente multicolor, proporcionado por la identidad territorial, palmaria en el reconocimiento que los colombianos encuestados realizan de ambos aspectos. Así, independientemente del devenir histórico, sociopolítico y socioeconómico, es potente el sentido de apropiación que existe frente a los recursos naturales o a patrimonios inmateriales, enmarcados a su vez en la conmemoración, la fiesta, el carnaval, la danza y la música.

De tal manera que, en esas representaciones persistentes y edificadas en la larga duración, que surgen de lo instintivo y lo inconsciente, fuente natural del imaginario radical como afirma Castoriadis (2007), se evidencia de numerosas formas la identidad nacional y los entresijos que le corresponden, a raíz de las marcadas diferencias y matices causados en el mestizaje y en la complejidad de un territorio escarpado. Sin medida, la pirámide social que proviene de la colonia y que funda la más abyecta arbitrariedad como denota Yunis (2003), se diluye en el jolgorio de fiestas como el Carnaval de Barranquilla o el Festival de negros y blancos, incluso recurriendo a la parodia racial, al aplazamiento de la exclusión, la exhibición de la típica gastronomía y a la exaltación por igual de todos los elementos particulares de la mezcla ancestral, que atraviesa el territorio.

Desde la ambigüedad más compleja, las características de los regímenes de verdad que expresan Castro y Restrepo (2008), tan rígidos y violentos, desaparecen temporalmente en una horizontalidad que refuerza sin serenidad ni racionalidad, unos imaginaros de país, expresados en distintas tribunas y que se reavivan cíclicamente en una hermandad primitiva entre obreros, ricos, niños, viejos, mujeres y hombres de todas las consideraciones regionales; siempre en la fiesta que se materializa a través del licor, la comida y el folclor; y movilizado por instituciones más globales como el deporte y los medios de comunicación.

Sin embargo, y con rasgos muy obscuros de lo que se considera una nación, la identidad colombiana fenece al vaivén de la violencia que se cimienta en la perpetua injusticia, la corrupción o la desigualdad que, si bien se apacigua en la dimensión cultural, allí mismo se naturaliza y advierte el rasgo de deshumanización, con lo cual la dureza de la discriminación en las regiones, la inexistencia del Estado para la mayoría de la población y la normalización de crímenes de todos los pelambres, en principio el de la agresión simbólica; anuncian en la penumbra medieval que las ciudadanías modernas aún tardan en llegar, y que la democracia francesa y sus consecuentes derechos liberales, existen en su uso y abuso para una élite hegemónica que se niega a compartir el triunfo republicano de los criollos hace dos siglos.

En ese orden, sin optar por el imaginario de nación, es imposible establecer el de Estado, y sin esas aristas fundamentales, se debate la identidad nacional en el dilema cruel de la riqueza profunda multicultural versus el atraso inadmisible de las estructuras que garantizan los derechos públicos y que pretenden instalar al país, en un nivel aceptable de civilización.

De ahí que, los habitantes sin hallar el valor de una profunda identidad nacional, lejos están también de la alteridad que les permita establecer las diferencias, los matices y las ideas de los otros como valiosas y como insumo imprescindible de la intersubjetividad, el diálogo que permita los pactos sociales, la reconciliación general y los universales inamovibles de una nación viable para la verdadera pacificación.

Los imaginarios de la violencia en Colombia

Es constatable que, a partir del atraso recurrente que padece el país en todos los sentidos, pero enfáticamente en el ingreso tardío a una Modernidad necesaria, en materia de la consolidación de los imaginarios de nación y de Estado, es vital promover una extensa y compleja identidad nacional, que abrigue todas las dimensiones y sujetos del territorio, siendo pertinente comprender también que en gran medida ese estancamiento, se causa en la violencia que ha sobrellevado la población, prácticamente desde su origen republicano.

Desde esa perspectiva, es vital observar que esa categoría se imbrica en unos imaginarios de largo alcance en el tiempo, que justifican, naturalizan y entronizan la fuerza y la agresión como impulso de la supervivencia, la comunicación, la convivencia y el establecimiento de los órdenes jurídico y público en el territorio. Siendo así, es insuficiente plantear que la violencia tiene unas raíces geopolíticas, sociales o económicas únicamente, es mejor afirmar entonces que a esas causas se articulan otras de origen psicosocial, cultural, antropológico e incluso afectivo.

Por tales motivos, el estudio de Gutiérrez (1966) es concluyente al establecer que, en la organización de las emociones, los deseos y los temores del colombiano, habita una estructura aún muy primitiva que no ha logrado realizar el recorrido que propone Freud (1988), entre naturaleza y cultura, alrededor de sublimar los dolores y complejizar el placer. En ese sentido, las distorsiones en la interacción, la doble moralidad que acusa al colombiano o la represión emocional que se libera negativamente entre la fiesta y el licor, confirman la necesidad de una consecuente cultura política, articulando al mismo tiempo la educación sexual y emocional.

En medio de tal afirmación, es comprensible que, junto a la violencia estructural del Estado, ejercida desde las hegemonías del poder con diversos fines como el control y administración de los recursos públicos, para fines privados y mezquinos, la intolerancia frente a otros discursos ideológicos alrededor de la idea de país, la discriminación de etnias que no han logrado la participación democrática o la presencia del Estado en los territorios a partir de su aparato de represión únicamente; también sea palpable la complicidad de los habitantes con sus mismos victimarios y ejerzan esos modos de agresión con sus paisanos y familias.

Así, la violencia simbólica, reproductora al tiempo de los imaginarios de la fuerza, el machismo, el racismo, la discriminación y la aporofobia; se articula en las acciones que justifican secuestros, masacres, feminicidios o abuso sexual; a la vez que el aparato estatal funciona inmerso en una democracia de papel, que contiene la institucionalidad solicitada en una república liberal, sin garantizar los mínimos aceptables de ejecución de los derechos básicos y fundamentales, al contrario, prolongando la arbitrariedad a través de la burocracia, el abandono, la corrupción, la impunidad, entre otros fenómenos de la mencionada violencia estructural.

Asimismo, a la ausencia o cercenamiento de derechos públicos que confirman la inexistencia de los imaginarios de Estado y nación, mayoritariamente la población recurre al consuelo religioso que evidencia la dificultad para acceder a lo republicano, donde los parámetros de justicia o reparación se asignan al favor divino y, en consecuencia, la sumisión hacia la arbitrariedad reconduce al perpetuo conformismo y a la doble moral, caldo de cultivo del desgreño estatal y acto cumplido en la cotidianidad anónima donde el que “peca y reza empata”.

En síntesis, los imaginarios enunciados, no sólo se funden en la cotidianidad insoportable del transporte público, las riñas callejeras, la fiesta que finaliza en tragedia y las diversas formas del abuso, sino que potencian todas las violencias ejercidas desde las hegemonías del poder y que, a fin de cuentas, normalizan todos los vejámenes del conflicto armado o deshumanizan y revictimizan a quienes han padecido el dolor, de los diversos modos de agresión pública o intima.

Ante tal escenario, es perentorio no sólo finalizar de una vez por todas la guerra sociopolítica en Colombia, sino emplazar un profundo programa educativo alrededor de una nueva y vigorosa formación política, como se dijo en la conclusión anterior, además de establecer la puesta en práctica de ciudadanías incluyentes que procuren la práctica de una democracia radical y de modo mucho más complejo, acercar la salud pública como derecho, y no como negocio, particularmente con relación a la sanación del trauma de las múltiples formas de la violencia y con ello, comprender los viejos imaginarios como origen y obstáculo de la civilización nacional, y en ese orden, la producción de unos nuevos para el futuro sustento de la nación.

La nación desde la cultura popular

Todo el anterior bagaje teórico y metodológico, que implicó indagar lo que piensan un conjunto de colombianos sobre su país, significó hablar de sí mismo en modos de la identidad personal y cultural. De ahí que los procesos de rehabilitación social después de la guerra, de educación para la civilidad y la ciudadanía, y en términos generales, de reconciliación para superar los viejos vicios engendrados en la violencia y el atraso, deben construirse y sostenerse desde la autenticidad y localidad de los habitantes de la anhelada nación.

De tal forma que, esa educación en identidad nacional, formación política o ciudadanía ha de activarse desde las complejidades y diversas aristas que se extienden en la cultura y la geografía colombiana, siempre teniendo en cuenta la tentación que surge con el regionalismo y sus particularidades insalvables; la consideración con las culturas aborígenes y afrocolombianas ancestrales que proponen otras filosofías y formas de ser; la comprensión y superación de formas tradicionales tan rígidas y agresivas, basadas en el machismo, el racismo o el sectarismo; las mediaciones entre campo y ciudad que revelan las violencias tratadas antes; el dialogo de saberes entre campesinos, jóvenes, clase obrera, infancias y los múltiples modos de ser mujer que existen en Colombia; la integración de todos los actores de la guerra a la discusión de nación incluyente y pacífica; y todos los otros elementos que se escapan y que de una forma u otra, activan el ejercicio de la colombianidad como concreción de la nacionalidad.

Sin embargo, y antes de dar rienda suelta a propuestas que navegan en la ilusión, la utopía y la ingenuidad, es clave desplazar de las hegemonías de poder a las élites que durante siglos han administrado el Estado y la función pública, pues su responsabilidad en el origen y desarrollo de todas las violencias viejas y nuevas es demostrable, desde la sumisión a otros poderes globales que han defenestrado los recursos naturales y humanos del país, además de sostener en el atraso y la desesperanza a las mayorías que reproducen esas conductas aberrantes y que simplemente aceptan en la docilidad la tragedia que les correspondió en suerte.

La emancipación de la cultura popular entonces implica, que la administración del Estado se lleve a cabo por uno de sus componentes y no por las fuerzas políticas enquistadas desde siempre, impidiendo la transformación de una vieja pirámide social que surge en la colonia y que establece el valor de lo blanco como supremo, al tiempo que desprecia lo mestizo y que añora

conservar su hegemonía, aunque sin creerlo mucho, pregone las bondades de una democracia espuria.

No obstante, ese conflicto que debe ser resuelto en el diálogo y proponerse desde una potente cultura popular que se apropia de los imaginarios de país, Estado y nación; debe madurar en aras de evitar otra vez la confrontación armada, el sectarismo político y la fragmentación regional, que tanto daño le ha generado al país. Las élites no renunciarán al poder, pero en el futuro deben convencer a la gente de sus bondades, sin recurrir a la violencia estructural, a la corrupción o a la manipulación que surgen desde tiempos inmemoriales.

La nueva cultura popular que emerge de la conciencia nacional, debe edificarse en la escuela, reproducirse con todos sus valores en los medios de comunicación, reflexionarse en el anonimato público e íntimo y fortalecerse en los escenarios académicos con la conversación constante entre imaginarios tradicionales y modernos.

BIBLIOGRAFÍA

Abric, J. (1994). Prácticas sociales y representaciones. Coyoacán. Ediciones Coyoacán. Recuperado de: Jean-Claude Abric - Practicas Sociales y Representaciones | Sociedad |Comportamiento (scribd.com)

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F, Fondo de cultura económica.

Beissinger, M. (2000). *Estado y nación: Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*. Madrid, Cambridge Unisversity Press.

Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tusquets Editores.

Castro, S. y Restrepo, E. (2008). *Genealogías de la colombianidad: Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Deas, M. (1993). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia política y literatura colombianas*. Bogotá, Tercer mundo editores.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2010). *Mil Mesetas, Capitalismo y esquizofrenia*. Madrid, Pretextos.

Elias, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México D.F, Fondo de cultura económica.

Foucault, M. (1983). *El sujeto y el poder*. Bogotá, Carpediem Editores.

Freud, S. (1988). *El malestar en la cultura*. Madrid, Alianza Editorial.

Fuentes, C. (2016). *El Espejo enterrado*. México, Penguin Random House Grupo Editorial.

Gutiérrez, J. (1966). *De la pseudoaristocracia a la autenticidad*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

Laguado, A. (2004). *Pragmatismo y voluntad: La idea de nación de las élites en Colombia y Argentina, 1880-1910*. Bogotá, Ed. Unibiblos.

Melo, J. (2006). Contra la identidad. Revista El Malpensante. (84). Recuperado de: https://www.elmalpensante.com/autor/115/jorge_orlando_melo

Múnera, A. (1998). *EI fracaso de la nación: Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*. Bogotá, Banco de la República. El Áncora Editores.

Palacios, M. (2015). *Colombia. Tomo 3 1880/1930. La apertura al mundo*. España, Fundación Mapfre.

Perea, C. (2009). *Cultura política y violencia en Colombia: Porque la sangre es espíritu*. Medellín, La Carreta Editores.

Redacción Vida. (2016, febrero 15). Cuatro de cada diez personas en el país están mal alimentadas. El Tiempo. Recuperado de: https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16511172

Rincón, O. (2006). *Narrativas mediáticas o Cómo se encuentra la sociedad del entretenimiento*. Barcelona, Editorial Gedisa.

Robledo, J. (2005). *Democracia de papel. Fraudes, mentiras y negociados en Colombia*. Bogotá, Intermedio editores.

Rojas, C. (2001). *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia en el siglo xix*. Bogotá, Editorial Norma.

Rosas, A., Bellelli, G y Bakhurst, D. (2000). *Memoria Colectiva e Identidad nacional*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.

Schlesinger, P. (1989). Identidad nacional: una crítica de lo que se entiende y malentiende sobre este concepto: Estudios sobre las Culturas Contemporáneas vol. II, núm. 6, 1989, pp. 39-98 Universidad de Colima, México.

Smith, A. (1997). *La identidad nacional*. Madrid, Ed. Trama.

Vallejo, F. (2007). *La Puta de Babilonia*. Madrid, Editorial Alfaguara.

Vasconcelos, J. (2003). La raza cósmica: Misión de la raza Iberoamericana. Biblioteca Virtual Universal. Recuperado de: https://somacles.files.wordpress.com/2018/06/josecc81-vasconcelos_la-raza-_cocc81smica.pdf

Yunis, E. (2003). ¿Por qué somos así?: qué pasó en Colombia?: análisis del mestizaje. Bogotá, Ed. Bruna.

Zuleta, E. (1995). *Educación y Democracia: un campo de combate.* Bogotá, Editorial Corporación Tercer milenio.